

INTRODUCCIÓN

Carlos Sambricio

En octubre de 1969 Secundino Zuazo finalizaba la redacción de unas *Memorias*, hasta ahora inéditas, que titulaba *Madrid y sus anhelos urbanísticos*. Contaba en ellas, de acuerdo con el título, cuál fue, hasta 1936, su aportación a la transformación de la ciudad y describía sus propuestas, los problemas y las dificultades a las que hubo de enfrentarse. Pero también explicaba, al posible lector, las causas —que no razones— por las que quien mayor presencia tuvo en el panorama arquitectónico del Madrid de la preguerra fue abandonado tras la misma por clientes e ignorado por compañeros. Porque, tras la contienda y privado por el nuevo Régimen del papel protagonista que todos le habían reconocido, Zuazo vivió —hasta su muerte, y ello es lo que refiere en las *Memorias* que siguen— en un voluntario y largo exilio interior.

Concebidas con idea de verlas publicadas algún día —y no como ejercicio íntimo—, Zuazo utilizó desde la primera página expresiones como “deseo explicar al lector, joven o viejo”, “deseo ser considerado”, “sólo aspiro situarme” o “deseo situar al lector”, con lo que evidenciaba su intención de que las mismas pudiesen, un día, ser leídas por futuras generaciones. El texto que sigue no es un relato de lo cotidiano ni tiene el carácter pormenorizado que caracteriza a los diarios. Explica, por el contrario, cuál fue su actividad profesional antes de la guerra y cómo —en sus proyectos para Madrid, Sevilla, Bilbao o Zaragoza— planteó intervenir en la ciudad, y refiere los contactos que —por motivos profesionales— mantuvo con los políticos de aquellos años. Es cierto que el texto que sigue no se concibió como diario, pero tampoco es un documento donde se dé noticia de los debates arquitectónicos de la época, donde se opine sobre la arquitectura madrileña de aquellos años o donde se comenten las actividades y criterios de otros profesionales. Son sólo recuerdos sesgados, grito de quien buscó ser coherente consigo mismo y topó con la revancha y la envidia. Son testimonio de quien fue capaz de arriesgar su vida durante la guerra —escon-

diendo en su casa religiosos perseguidos— y rechazar—decidida la contienda— las prebendas que le ofreciera Pedro Muguruza, enviado personal de Franco y desplazado expresamente desde Burgos para visitarle en su exilio en Francia, siempre y cuando expresase su adhesión al Gobierno rebelde.

Redactadas por quien se declara testigo de excepción de cuanto sucedió en el transcurso de más de cincuenta años (“he trabajado durante generaciones”), desde la primera línea su autor reclama haber sido, a lo largo de su vida, un técnico independiente. Sin preámbulos inicia su reflexión sobre la ciudad, sorprendiendo al lector no sólo lo firme de sus convicciones, sino lo radical de su actitud. A lo largo del texto proclama reiteradamente su convencimiento de cómo el arquitecto—o el urbanista— debe interesar con su idea al capital inmobiliario, ya que entendía que hacer viable la idea es más importante que el propio diseño. Desde este pensamiento describe cuáles fueron, en aquellos años, las *coulisses* de la gestión urbanística, cuál el papel que él mismo jugó y cuáles sus contactos, cuáles las contradicciones de una Administración enfrentada entre sí o cuál la actitud y criterios de los técnicos contrarios a sus opiniones.

Son *Memorias* de quien se quiso empresario—convencido de la posibilidad de desarrollar así un mejor trabajo profesional—topando durante los años de la Dictadura de Primo y de la República con la intransigencia de algunos dirigentes obreros—Besteiro o Largo Caballero—y después, tras la guerra, con banqueros que, pese a haber confiado en él durante décadas, no dudaron en darle la espalda, sumisos a las consignas impuestas por el nuevo Gobierno. Las páginas que siguen detallan su colaboración con Indalecio Prieto en proyectos urbanísticos concretos, y en ellas se expresa el aprecio y respeto que el político le mereció, reclamando gallardamente su amistad, al tiempo que testimonia su enfrentamiento con las otras facciones del PSOE; son testimonio de quien, en la dura posguerra, se declaró “liberal” antifranquista—lector y admirador de Churchill—, expresando su confianza en la victoria militar de los aliados sobre el Eje. Es el texto de quien reclama con rabia su papel en la Historia y de quien reivindica la originalidad de sus propuestas para Madrid—el desarrollo de la Castellana y el eje subterráneo Norte-Sur—, ideas que, tras la guerra, serían ridiculizadas por la misma prensa servil (el fácil chiste sobre el “tubo de la risa”) que al poco ensalzaría—complacientes acólitos que fingían ignorancia, adulando al Régimen con patéticos elogios— las mismas propuestas, presentadas esta vez como reflejo del saber franquista.

Ni pretendió Zuazo con el presente texto reordenar los recuerdos del entorno familiar —su infancia y juventud en aquel Bilbao que Unamuno describiera, al hablar de su mocedad— ni se preocupó en opinar sobre la arquitectura de su tiempo. No cita siquiera la fecha de su nacimiento (21 de mayo de 1887) ni comenta haber obtenido el título de arquitecto el 31 de enero de 1913. Nada cuenta de su paso por la Escuela de Arquitectura —de la opinión que, pasados los años, guardaba de sus profesores— y nada dice tampoco sobre la arquitectura europea de aquellos años, ignorando, como si no le interesase, la actividad profesional de sus compañeros. Por ello, quien busque la opinión de Zuazo sobre el joven Le Corbusier, quien en 1928 visitó Madrid, o comentarios sobre otros integrantes de la vanguardia europea (Gropius, Van Doesburg o Mendelshon) que en los mismos años también estuvieron a la capital, quedará tan decepcionado como quien busque mención a la labor de Mercadal, Lacasa, Blanco Soler, Torroja o Sánchez Arcas. Nada aparece, porque el Zuazo que al final de su vida redacta el presente texto minimiza voluntariamente su propia aportación a la arquitectura —a la historia de la arquitectura, podríamos precisar—, olvidando tan singulares y excepcionales edificaciones como son la Casa de las Flores, el Frontón Recoletos o el conjunto de los Nuevos Ministerios. Y es que en lo que machaconamente insistirá es en describir su aportación a la construcción de la ciudad, sus reflexiones sobre el ensanche Castellana y sobre el ferrocarril subterráneo que une Atocha con Chamartín, reiterando su idea de cómo la obra proyectada debe concebirse buscando interesar al capital privado que es, en definitiva, el que financia el proyecto con su inversión.

Convencido de que debía ser la Administración quien planificase y el sector privado quien llevase a término su ejecución, las *Memorias* parecen escritas con el único objeto de testimoniar de qué manera toda su trayectoria profesional se planteó desde este criterio, importando poco que algunas de sus obras se concibieran para Primo de Rivera, otras para la banca y otras más para la Administración socialista. Por ello clamará contra las injustas sanciones que, tras la guerra, le fueron impuestas con el falaz argumento de haber colaborado con gobiernos socialistas, sin que nadie comprendiera —sin que nadie se preocupase en comprender— que, por encima de la arquitectura, su vocación fue la gestión del proyecto. Porque, y recordémoslo, tras la contienda Zuazo fue objeto de doble sanción: por haber aceptado los encargos profesionales que le hiciera el ministro de Obras Públicas, Indalecio Prieto, le fue abierta *Causa por Responsabilidades Políticas*, cuya consecuen-

cia fue la “residencia forzosa” (eufemismo que el Régimen utilizaba para disfrazar la más explícita de “deportación”) que le fue impuesta, debiendo afincarse obligadamente en Las Palmas de Gran Canaria durante tres años; un segundo expediente –de depuración profesional– le fue incoado por la Dirección General de Arquitectura, derivándose del mismo su inhabilitación profesional para el desempeño de cargos públicos, directivos y de confianza.

Sabíamos de estas *Memorias* por las referencias que aparecen en alguna monografía sobre Zuazo, pero no existía ningún comentario sobre su contenido o sobre sus características. Redactadas en el último año de su vida, de este texto se hicieron tres copias: una se encuentra hoy depositada –junto con los planos y documentos que a su muerte estaban en el estudio– en la Biblioteca Nacional de Madrid, formando parte del generoso legado que la familia hizo a la institución en la esperanza de que la memoria del arquitecto ni quedara desperdigada ni se perdiera. Una segunda copia fue entregada, a finales de los años sesenta, a Carlos de Miguel y Juan Daniel Fullaondo, cuando visitaron a Zuazo con el objeto de recabar material inédito que pudiera editarse en el monográfico que *Arquitectura* pensaba dedicar a su obra. La tercera, entregada por Zuazo a García Mercadal en los últimos meses de su vida, es la que ahora aparece.

En 1968 Carlos de Miguel (director de *Arquitectura*, la revista del Colegio de Arquitectos de Madrid) y Juan Daniel Fullaondo decidieron preparar varios números sobre quienes, en décadas anteriores, fueran maestros de la arquitectura madrileña. Con tal objeto visitaron a Zuazo, buscando documentación gráfica que facilitara componer el número y, tras conversaciones, supieron por el propio Zuazo que desde hacía meses éste venía redactando un texto autobiográfico. Después de varias entrevistas, además de la anhelada documentación gráfica, consiguieron un original de dicho escrito, así como el compromiso de Zuazo de redactar, para lo que era un número de homenaje, un breve resumen sobre cuál había sido su trayectoria profesional¹. Publicada la monografía (lo que se quiso homenaje en vida acabó siendo número necrológico), aquel apunte biográfico apareció junto con una entrevista firmada por un Fullaondo que se había documentado en la lectura de las *Memorias*. Posteriormente, en el prólogo a la edición facsimilar de la *Reforma viaria parcial del Interior de Bilbao* realizada por el Colegio de Aparejadores de

Vizcaya, Fullaondo retomó párrafos enteros del texto entregado por Zuazo: en una entrevista que decidió hacerse a sí mismo (Fullaondo preguntaba y Fullaondo respondía), largos párrafos de las respuestas dadas por el entrevistado coincidían, literalmente, con los largos párrafos del texto original que recibiera en su día. Pero lo que nunca precisó Fullaondo es que la biografía redactada por Zuazo que apareció en *Arquitectura* fue censurada por Carlos de Miguel al suprimir los párrafos que cuestionaban el comportamiento de quienes, tras la guerra, fueron los nuevos jerarcas de la arquitectura.

Creía Zuazo que, a los treinta años de haber acabado la guerra, ciertas opiniones podían formularse espontáneamente, olvidando la fidelidad que Carlos de Miguel había mantenido con los prebostes arquitectónicos del nuevo Estado. Al contrastar el texto entregado con el sacado a la luz advertimos cómo el director de *Arquitectura* decidió no ya “aligerar” el texto sino censurarlo directamente, eliminando sólo las referencias a Pedro Muguruza, aquel que en el Gobierno de Burgos recibiera de Franco el nombramiento de director general de Arquitectura. Las referencias de Zuazo a Muguruza para nada eran gratuitas: si las sanciones que se le impusieron tras la guerra lo fueron —como aparece en el Expediente de Depuración que se encuentra en el AGA— por haber trabajado profesionalmente para el ministro de Obras Públicas, recibiendo (sin que mediara concurso) el encargo de los Nuevos Ministerios, los párrafos eliminados por Carlos de Miguel eran aquellos en los que Zuazo explicaba cómo otros recibieron igualmente grandes encargos por vía directa sin luego haber sido depurados, razón por la cual era injusto castigar a uno y premiar a otros por un idéntico hecho. Porque sin dar nombres, obviamente Zuazo se refería a López Otero (autor de la Ciudad Universitaria) y a Muguruza, colaborador de Indalecio Prieto en la urbanización de la alicantina playa de San Juan.

La preparación de aquel número llevó largo tiempo, y Zuazo no sólo alcanzó a ver —antes de morir— la maqueta del mismo sino a saber que su texto había sido censurado. Irritado, comentó el hecho y entregó una tercera copia de las *Memorias* a García Mercadal, antiguo colaborador en su estudio antes de la guerra, quien —buscando ser elegido académico de Bellas Artes— frecuentaba de nuevo al viejo maestro, retomando antiguos contactos. Según Mercadal me refirió —un Mercadal “depurado” tras la guerra, lo que truncó su trayectoria profesional—, ante la censura de Carlos de Miguel, Zuazo tuvo que contener su rabia y limitarse a preparar una se-

gunda parte de sus recuerdos. Años más tarde, y editada ya la monografía como número 141 de *Arquitectura*, al entrevistarme con Mercadal en su vivienda de la calle Marqués de Villamejor –buscando información para un estudio sobre Luis Lacasa– fue cuando éste (dolido con Fullaondo por no haber editado el número de *Forma Nueva* en el modo en que él quería) no sólo me regaló el “número alternativo” que sacó a su costa, sino que me entregó (junto con otros dos o tres libros y diversos papeles que Zuazo le diera) la copia del manuscrito que Carlos de Miguel se había atrevido a censurar. Y es ésta la copia que ahora aparece. Desgraciadamente, el Legado Zuazo de la Biblioteca Nacional no está disponible para el estudioso, si bien debo agradecer a la Biblioteca Nacional que me haya permitido cotejar esta copia con la que allí se conserva.

Las entrevistas que Fullaondo mantuvo con Zuazo y que luego hizo públicas son claves para aproximarse al estudio del arquitecto. En ellas daba la referencia de más de trescientos proyectos realizados (numerados del 1 al 278, muchos de ellos con numeración “bis”), junto con otros 45 con el incorrecto encabezamiento de “anteriores a 1922”, aunque muchos –Ensanche de los Remedios, en Sevilla; Frontón, en Sevilla; Casa de Correos, en Madrid, o Casa de Correos, en Bilbao– fueron redactados con posterioridad a la fecha. Por razones que desconozco, la mayoría de ellos nunca han sido ni citados ni estudiados, y por razones que tampoco alcanzo a comprender, aspectos que en las *Memorias* se evidencian como fundamentales en la vida profesional de Zuazo sólo fueron mencionados de pasada por Fullaondo. Nada sabemos, en este sentido, de la figura de Zuazo como promotor inmobiliario, ni nunca se comentó cuál fue su asociación con Manuel Mañas, abogado de formación e interventor general en el Ayuntamiento de Madrid. Desconocemos también cuáles fueron las relaciones político-profesionales que mantuvo con Chapaprieta, Azaña, Santiago Alba, Lerroux, Prieto o Cid; la colaboración de otros arquitectos (españoles, alemanes o austríacos) en su estudio de Madrid; sus relaciones intelectuales con Ortega y Gasset, José María Sert, Madariaga o Marañón; sus contactos con Prieto y su enfrentamiento con el resto del PSOE; sus comparecencias en el Congreso con el objeto de explicar sus ideas para Madrid; sus estudios sobre Herrera y El Escorial, antes de la guerra y después, durante su exilio en Canarias; su actividad en Francia durante los años de la Guerra Civil; los contactos que el Gobierno de Burgos mantuvo con él en Francia, invitándole –a través de Muguru-

za— a “sumarse al Alzamiento”; las prebendas y favores que le fueron ofrecidos, en el caso de que decidiera unirse al franquismo; sus contactos con la banca extranjera en Francia, tratando de establecer cuáles debían ser, tras la guerra, las bases de una reconstrucción financiada por el capital internacional; las propuestas que tuvo, de los gobiernos de Venezuela y Colombia, para exiliarse en aquellos países y los estudios urbanísticos que realizó para Caracas; los “argumentos” utilizados por el franquismo para “justificar” su depuración profesional o la “Causa por Responsabilidades Políticas” cuyo resultado fue su extrañamiento a Las Palmas de Gran Canaria hasta 1943. Tampoco sabemos nada de su actividad en Canarias, profesional e intelectual; de su aislamiento y soledad tras su vuelta a Madrid; de su primera actividad como promotor de viviendas bonificables; de su actividad de hombre de empresa, participando primero en sociedades como *Obras Públicas, Mejoras y Construcciones, S.A.*, la sociedad constituida junto con Mañas, y más tarde en otras como la *Compañía Internacional de Obras y Construcciones* (CIOC), la *Sociedad Europea de Estudios y Empresas* (SEDEYSE), JACARISA, URBANOR, SAMGI, NEFSA, SAVI, *Sociedad Inmobiliaria Zuazo-Barreta*, VIRELSA, FOGAR y SACI o, posteriormente, como responsable de la empresa suiza *S. I. Conde Duque*. Nada de esto, digo, ha sido planteado por sus biógrafos, y entiendo que una reflexión sobre estas cuestiones ayudaría a comprender la plural personalidad de Secundino Zuazo.

Las *Memorias* de Zuazo se articulan en dos bloques bien distintos: uno, pronto para ser impreso —el texto que facilitó a Carlos de Miguel y Juan Daniel Fullaondo—, va de 1919 al final de la Guerra Civil; el segundo —redactado tras su enfado con De Miguel y Fullaondo— se inicia con los recuerdos de su deportación a Canarias y llega hasta poco antes de su muerte; si el primer bloque era un texto “cerrado”, el segundo se compone únicamente de notas inconexas, recuerdos deshilvanados, cabos sueltos o ideas dictadas a medias o redactadas a vuelapluma. En la primera parte del texto Zuazo trató de presentar sus proyectos para Bilbao, Sevilla, Zaragoza o Madrid como una reflexión coherente en la que su preocupación consistía en explicar cómo intervino en la construcción de la ciudad. Poco a poco las referencias técnicas pierden intensidad y el documento deviene más personal, adquiriendo un tinte dramático que culmina con la guerra y el exilio, cuando relata la situación de quien se quiere leal a la República pero es incapaz de vivir en el Madrid republicano (amenazado como presidente de la inmobiliaria propietaria del edificio de la Casa de las Flores) siendo obligado a dejar la ciudad, relatado co-

mo quien colabora con la banca internacional en los estudios sobre la reconstrucción pero se ve incompatible con el Gobierno sublevado. Liberal en el sentido más amplio del término, Zuazo creará y confiará en las ofertas que le hacen durante su exilio en Francia —algunas como las que plantea un Muguruza enviado expresamente por Franco para entrevistarse con él— sobre su actividad al término de la contienda, sin imaginar lo dramático que sería su retorno, cuando el rencor de un personaje menor —Valdés Larrañaga²— inste no sólo su depuración profesional sino que también fuerce la apertura de “Causa por Responsabilidades Políticas” que tuvo como consecuencia —a pesar de cerrarse favorablemente (!)— su deportación y confinamiento en Canarias desde 1940 hasta septiembre de 1943. Frente a ello, la segunda parte de su escrito sólo está parcialmente redactada, y refleja su situación en una España que se divide entre “Ellos” y “Nosotros”: “Y yo formaba parte de la desvalida casta de los ‘Ellos’, no participando del acogedor y tibio ‘Nosotros’. Notas tristes, en ellas relata cuál fue la realidad de la situación y cuál el abandono vivido por antiguos colaboradores, viejos clientes y, en muchos casos, amigos queridos”³.

Si los datos que relata en el texto que ahora se publica abren una nueva perspectiva sobre su figura, los que aparecen en la segunda parte testimonian el drama de quien vivió el exilio interior, coartado por aquel Imperio de la Ley que le impidió rehacer su vida. En la primera parte, Zuazo —protagonista indiscutible en la construcción del nuevo Madrid— refiere sus esfuerzos para, como agente privado, liderar la operación financiera que hubiese posibilitado la edificación del eje Castellana; durante su confinamiento en Las Palmas, privado casi por completo de encargos profesionales —y subsistiendo sólo gracias al apoyo que encontró en el obispo de Canarias—, dedicará su tiempo a estudiar la arquitectura popular insular y a reflexionar sobre el clasicismo en Juan Bautista de Toledo y la obra de El Escorial. Y cuando en 1943 el Gobierno le autorice a volver a Madrid, verá cómo sus ideas sobre la gestión de la ciudad habían sido ignoradas precisamente por quienes colaboraran con él, mientras que sus propuestas formales fueron recuperadas de forma bastarda.

Es cierto que muchos de los arquitectos represaliados recuperaron, tras la contienda y pasado el tiempo de las sanciones profesionales, la práctica profesional, trabajando para clientes privados. Pero Zuazo era urbanista y gestor inmobiliario, y ante el vacío que la Administración creó en torno a él pudo ver cómo a su

idea de ciudad liberal se oponía otra, antagónica, basada en un concepto “orgánico” donde no sólo la idea de los cinturones verdes de Bidagor era únicamente una interpretación reduccionista y simplona de sus esquemas, sino que los “tiempos” y fases en las que se definió la reconstrucción nada tenían que ver con las formuladas durante su exilio francés. En un momento en que los Nuevos Ministerios los desarrollan otros y la ordenación de la Castellana se programa desde criterios distintos a los que él había planteado, las esporádicas visitas que algunos de sus antiguos ayudantes, llegados al poder (Bidagor o Laguna), pudieron hacerle, fueron especialmente crueles, al ver cómo sus observaciones eran reiteradamente ignoradas⁴ pese a ser sus ideas el punto de partida del nuevo proyecto, como irónicamente señala en las *Memorias* al comentar cómo, a su vuelta a Madrid, había encontrado en su estudio archivos, correspondencia y planos, añadiendo: “Si algunos faltasen estarían prestando contribución a las obras que tanto me interesaban”. Y si añadimos el desánimo que pesó sobre él al ver que sus contactos con la banca habían quedado rotos, podremos comprender hasta qué punto su ambición intelectual forzó la reaparición del Zuazo promotor inmobiliario, del hombre de empresa que siempre buscó ser desde que, joven arquitecto, interviniera como concesionario en el segundo tramo de la Gran Vía madrileña.

Técnico liberal, como él mismo se define, hombre de empresa, consejero de numerosas sociedades inmobiliarias y promotor ligado no sólo a la banca nacional sino también a contactos con la extranjera, las notas elaboradas para la segunda parte de las *Memorias* reflejan la angustia de quien ve cómo su labor anterior es desdibujada, cómo su nombre es marginado y cómo sus trabajos son presentados como el esfuerzo intelectual de otros. Él, que durante su exilio en Francia estudió los criterios para la reconstrucción de la Francia destruida durante la Gran Guerra⁵, verá que no sólo se le impide aportar su conocimiento —al marcar la DGRD los criterios de reconstrucción en los núcleos rurales—, sino que además contemplará, testigo mudo, cómo el joven Bidagor —quien poco antes fuera “su empleado en el estudio”—, convertido en factótum del nuevo urbanismo, desarrolla en Madrid los esquemas de un saber próximo al de la Alemania nacional socialista. Y es por ello que el Zuazo aliadófilo, el hombre que políticamente admira tanto a Prieto como a Churchill, rechazará la ciudad surgida de la posguerra señalando: “Lo que entonces debió ocurrir, no ocurrió. No teniendo imaginación para crear y vivir el momento histórico, debieron apoyarse en cuanto ha-

bíamos elaborado Zuazo y Jansen, y cuyas partes más importantes unas estaban proyectadas y otras ejecutándose”.

La lectura del texto que sigue abre puertas a una nueva valoración de Secundino Zuazo en el contexto arquitectónico y urbanístico madrileño, y por ello conviene presentarlo con una breve anotación introductoria. Es evidente que existen pequeños lapsus en las citas, fruto de haber sido redactadas a los treinta años de haber acontecido cuanto se relata o por apoyarse en exceso en la “bibliografía” (la edición de Arrarás de los *Papeles Íntimos* de Azaña, el texto de Gil Robles, los escritos de Bravo Morata sobre Madrid o textos como los de Serrano Suñer y Castro Delgado) que ingenuamente maneja. Incluso, en ocasiones, confunde datos o trastoca deseos con realidades, deslizándose pequeños errores, como cuando señala su visita, al llegar a Marsella en 1937, a la obra construida por Le Corbusier. Errores sin importancia que nada añaden ni modifican, y que en nada desmerecen lo expuesto; frente a ello, es necesario destacar cómo la redacción de las presentes *Memorias* supuso afrontar los problemas del pasado desde lo subjetivo de un momento posterior, abriendo la posibilidad de reinterpretar, imaginar, confundir o, incluso, justificar actitudes y posiciones que nunca se dieron.

Sorprende, al leer el texto, la renuncia de Secundino Zuazo a situar sus primeros recuerdos en el Bilbao de comienzos de siglo o, incluso, a referirse a sus años de formación académica. Nada dice de cómo decidió su vocación, de cuál fue su vida en la Escuela, cuáles fueron sus profesores o cuáles sus compañeros. Ni siquiera comenta haber nacido en mayo de 1887 ni señala haber terminado sus estudios de arquitectura en enero de 1913. Sabemos, sin embargo, que tras cursar los dos primeros años de sus estudios en la Escuela de Barcelona —donde conoció a Domènech i Muntaner, a Gaudí y a Puig y Cadafalch— Zuazo se trasladó a la Escuela de Madrid, siendo alumno de Velázquez Bosco, Esteve y Lampérez, y donde serían sus profesores de proyectos Moya, Aníbal Álvarez y López Salaberry. Durante sus años de estudiante trabaja eventualmente como delineante de Emiliano Amán —participa en el proyecto para la “Sociedad La Bilbaína”, en la avenida de Navarra—, estableciendo un primer contacto con la realidad profesional, siguiendo paralelamente los estudios que realiza en la Escuela: es allí donde conoce a Antonio Palacios (joven ayudante de Antonio Flórez que acompaña a los alumnos en un

sorprendente viaje en el que visitan El Cairo y Alejandría), y es ésta, comentaría más tarde, la que orientaría su vida.

Requerido por Palacios, apenas terminados sus estudios, para colaborar en la segunda contrata del edificio de Correos y Telecomunicaciones, traza primero algunos elementos simples en la obra, diseña poco después algunas de las escaleras del edificio y en un determinado momento –por la premura de la obra, comentaría años más tarde– se le encarga resolver el Patio de Cartería. Por vez primera se enfrenta Zuazo a un auténtico problema de arquitectura y, concluida la obra, al ver cuánto su propuesta desagradó a Palacios, comprende cuánto aquella arquitectura era distinta de la concebida por quien poco antes fuera su maestro. Pese a admirar la soltura con la que Palacios es capaz de resolver problemas y dibujar una solución para el mismo, Zuazo rechazará “que no usara la goma”, que no dudara, que no corrigiera y perfilara propuestas concebidas sobre la marcha. “Antonio Palacios era un hombre creador, amante de defender ideas de las que nunca dudaba, de las que nunca rectificaba. Porque nunca dudó sobre si las cosas podían rectificarse o mejorarse”. Veía y comprendía, por vez primera, cómo las formas arquitectónicas definidas por Palacios no se correspondían con las formas estructurales con las que había iniciado la gran mole en construcción. Contrario a tales supuestos, su crítica apuntaba una idea que le acompañaría a lo largo de su vida profesional: “Yo buscaba la verdad arquitectónica y ésta estaba ausente en Correos”, añadiendo: “Creo en la arquitectura como servicio y he sido hombre amante de la verdadera arquitectura”.

Pese a las dudas que aparecen tras su colaboración en la obra de Correos, Zuazo continúa como ayudante de Palacios, primero en el Banco del Río de la Plata y, luego, en el proyecto de la propia casa del arquitecto, en la madrileña calle de Nicolás M.^a Ribero; y tras haber proyectado solo el gran caserón edificado, en 1917, en El Escorial (obra que muchos han considerado emblemática de forma lacónica señalando Torres Balbás, por ejemplo, cómo “la obra queda vinculada a la lógica constructiva”), Zuazo rompe definitivamente con Palacios. “Palacios usaba el lápiz y yo la goma” dirá en cierto momento, comentando igualmente: “Palacios proyectaba con un 4B y a escala 1:500 y yo lo hacía con un 2H y a escala 1:50”⁶.

El caserón edificado en El Escorial, concebido en 1917, fue el gran punto de partida en la obra de Zuazo: tras recibir el encargo y visitar el entorno donde situar su

proyecto ve, con sorpresa, lo que entiende como lamentable uso de ladrillo, tejas “de Marsella” y otros materiales que nada tienen que ver con el medio. Es, en este sentido, cuando destaca cómo “mis ideas habían cuajado y anteponía la necesidad de definir antes de proyectar”. Influido por la fuerte presencia del monasterio, el comentario que hace sobre su obra se limita (aparentemente) a destacar cómo su preocupación fue sólo trabajar con los materiales constructivos ligados al entorno del monasterio (granito, madera o pizarra) y no utilizando, como proponían otros, “materiales extranjeros”. Valorando la permanencia como principio fundamental de la obra arquitectónica, en 1918 proyectó la casa de vecindad de Hermosilla 34, colaborando con Fernández Quintanilla en el Concurso de la Casa de Correos de Santander, obteniendo el Primer Premio y asumiendo Quintanilla el encargo de llevar adelante las obras; un año más tarde —y siempre en equipo— participó en el Concurso para la Casa de Correos de Bilbao y tomó parte en el convocado para construir el madrileño Círculo de Bellas Artes, al tiempo que remitía propuesta al convocado por la Diputación de Vizcaya para el Museo de Bilbao⁷. Frente a esta primera actividad, en 1920 Zuazo realizó dos viajes fuera de España que dejaron profunda huella en su modo de valorar la ciudad; el primero de ellos, con motivo de su viaje de bodas, le permitió conocer París, quedando impactado menos por su arquitectura que por las intervenciones llevadas a cabo por Haussmann, valorando de qué forma la construcción de la ciudad por el privado caracterizó un nuevo modelo de gestión. El segundo viaje, en 1920, lo realizó a Londres para asistir al Congreso Interaliado sobre Habitación y Ciudad.

El Congreso de Londres de 1920 se convocó para estudiar las políticas que los gobiernos debían seguir sobre los temas señalados. Después de seis días de debates se estableció, a modo de conclusiones, un plan sobre el acceso a la vivienda en el que se fijaban las responsabilidades del Estado, las del sector privado y las de los gobiernos locales. Tras discutir sobre normas de habitación elementales, características de la vivienda y entorno urbano —lo que suponía definir un programa de construcciones a medio plazo—, se deliberó sobre criterios legislativo-financieros con los que hacer frente a los problemas de la edificación, sobre los métodos para construir habitaciones económicas y, por último, sobre el desarrollo de soluciones urbanas y lugares donde situar las nuevas poblaciones. Se abrió con ello el debate entre los partidarios de un urbanismo liberal y quienes defendían que la intervención en la ciudad —tanto las reformas interiores como la construcción de viviendas sociales— fuese competencia de los poderes públicos. Aquellos temas,

que preocupaban a la Europa destruida tras la guerra, eran igualmente trascendentes en una España que intentaba aprovechar la bonanza económica de la neutralidad para industrializar sus ciudades; por ello, el tema del congreso interesó tanto a los ayuntamientos de las grandes ciudades españolas como al Instituto de Reformas Sociales, que en ese momento preparaba una nueva Ley de Casas Baratas. Y por esta razón asistieron, comisionados por sus corporaciones, los madrileños López Salaberry, Casuso y Amós Salvador; los catalanes Giralt Casadesús y Nicolás Rubió i Tudurí, y los bilbaínos Ramón Belausteguigoitia y Ricardo Bastida, además de López Valencia, técnico cualificado del IRS⁸.

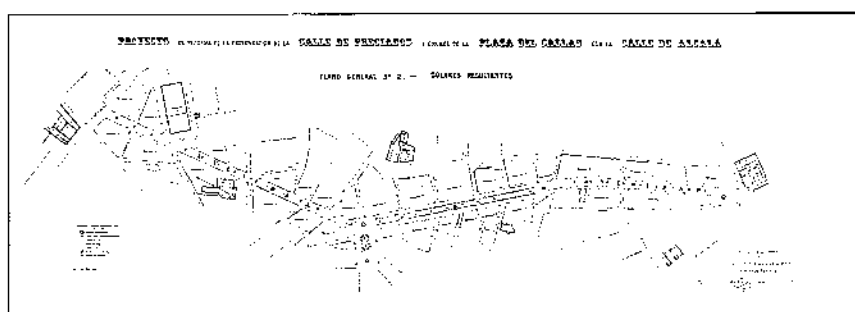
Para los españoles presentes en el Congreso el tema de mayor interés —dado el cambio que se preveía de la Ley de Casas Baratas— fue la discusión sobre si la construcción de viviendas económicas era competencia del Estado, de los municipios o responsabilidad del sector privado. Hasta donde sé, Zuazo viajó a Londres por su propia cuenta: asistió al debate entre aquellos que optaban que fuera el sector privado quien financiara la reforma de la ciudad (a cambio, naturalmente, de compensaciones económicas o fiscales) y los que creían que tal actuación era competencia exclusiva de la Administración. Escuchó los argumentos de quienes consideraban necesario actuar en el casco histórico y de quienes reclamaban prioritario resolver el alojamiento obrero en el extrarradio y, convencido por los que entendían de que los planes de reforma interior sólo podían afrontarse habiéndose establecido previamente una política de suelo, Zuazo asumió la idea de actuar desde la opción de un urbanismo liberal y no, como defendiera Mauricio Jalvo, desde la municipalización del suelo como solución.

El Congreso de Londres supuso un quiebro, tanto en Barcelona como Bilbao o Madrid, en la forma de valorar la ciudad. En Madrid, la situación en 1920 era compleja para quienes se enfrentaban al problema de la vivienda obrera, puesto que la casi totalidad del suelo no ocupado del ensanche pertenecía a propietarios cuya práctica era retener el mismo, sacándolo al mercado con cuentagotas⁹. Ante tal actitud, la fuerte demanda provocó que su precio se incrementase, en sólo quince años, en más del 450%. Y quienes pensaban que la solución era crear suelo reclamaron la anexión de Fuencarral y Vicálvaro. Consciente de que la ocupación en el extrarradio se llevaba a cabo sin planificación alguna ni plan de infraestructura (en pocos años el número de edificaciones en el extrarradio superó a las construidas en el ensanche), Zuazo entendió que la construcción de la ciudad debía ser

competencia del sector privado. Por ello, la referencia que hace en las *Memorias* al Congreso de Londres explica cómo se produjo el quiebro en su formación, y comprendió cuáles eran las ventajas de lo que valoraba como urbanismo liberal: y sólo así se comprende que, a su vuelta a España, figure como técnico de la contrata de la Gran Vía.

En su texto se reconoce el interés que para él tuvo, en aquellos primeros años de vida profesional —en los momentos de la reconstrucción europea—, el debate urbanístico que se desarrollaba en Inglaterra, Bélgica y Alemania, y prueba de ello —como señala— era que recibía las revistas especializadas de aquellos países. Conocedor además de las actuaciones llevadas a cabo en Bélgica, Inglaterra y Alemania, supo diferenciar las características de cada una de ellas, y comprendió que, en el primer caso, el inversor privado intervenía en la construcción de la ciudad, mientras que, en los otros dos, tal cometido se entendía competencia exclusiva de la Administración. Si, por una parte, la referencia era la relación entre Buls y el capital inmobiliario belga —esto es, la intervención del inversor privado en la reforma interior de la ciudad—, la experiencia alemana que atrajo a Zuazo fue la de las colonias-jardín construidas en el borde de la gran ciudad, tomando como referencia, por ejemplo, el berlinés barrio de Nicolasee. Para aquel Zuazo, el tema de interés era profundizar en los mecanismos de gestión de la ciudad, mientras que la arquitectura desarrollada tras la Gran Guerra por la joven vanguardia le era por completo indiferente; y es en este punto cuando es necesario destacar el hecho de que, desde 1919, Zuazo era el técnico responsable en la concesión del segundo tramo de la Gran Vía madrileña.

Entiendo que si la figura de Zuazo se estudia desde los proyectos arquitectónicos por él concebidos entre 1919 y 1936, existen evidentes saltos y contradicciones. Es difícil entender cómo se produjo el paso de la gran casona de El Escorial a la Casa de las Flores, del mismo modo que se hace complejo comprender por qué un Zuazo culto y con conocimiento de cuanto ocurría fuera de España se negaba a asumir —máxime una persona próxima, como él mantenía, de Ortega— los nuevos aires de contemporaneidad. Creo entonces que la reflexión sobre Zuazo no debe plantearse desde la perspectiva de su arquitectura sino desde su vocación urbanística, desde su declarado interés por ser protagonista en la construcción de la ciudad. Por ello se produce, en torno a 1920, un quiebro más que significativo: el Zuazo socio de Quintanilla, el autor de las viviendas en Madrid, de las Casas de



1. López Salaberry y Octavio Palacios. *Proyecto de Reforma de la prolongación de la calle Preciados y enlace de la plaza del Callao con la calle de Alcalá, Madrid, 1910.*

Correos de Santander o Bilbao o el concursante del Círculo de Bellas Artes, deja paso a otro Zuazo, fundamentalmente preocupado y centrado en cuestiones urbanas y que se ha convertido, como he señalado, en el técnico responsable en la concesión del segundo tramo de la Gran Vía madrileña.

La Gran Vía madrileña era, en aquellos momentos, el paradigma de la intervención del sector privado en la construcción de la ciudad. Sabemos que, desde la referencia haussmanniana, en 1862 se propuso una primera Gran Vía para Madrid. Aquella idea no fructificó y poco más tarde, en 1886, Carlos Velasco Peinado presentaba otra propuesta planteada desde unos visos de realidad distintos a la anterior. Quizá por ello, y criticando la indolencia de una Administración municipal incapaz de hacer frente a los grandes trabajos urbanos que caracterizaban a las grandes capitales europeas, Mariano Belmás censuró en 1893 la pasividad de un Ayuntamiento incapaz de afrontar temas tales como la construcción de un ferrocarril de circunvalación propuesto por Arturo Soria, la instalación de líneas telefónicas o la apertura de la Gran Vía. Denunciaba la pasividad existente apuntando que, de haberse permitido al sector privado llevar a término estos proyectos, no sólo la ciudad se hubiera beneficiado con estas mejoras, sino que las mismas habrían dado trabajo a miles de obreros. La opinión de Belmás reflejaba una corriente de opinión, y sólo dos años más tarde –en marzo de 1895– el Gobierno de Cánovas del Castillo aprobaba la Ley de Reforma Interior y Saneamiento de Poblaciones, que, apoyándose en la Ley de Expropiaciones de 1876, establecía las pautas de un urbanismo que facultaba al capital inmobiliario a intervenir en la ciudad, trazar reformas interiores, expropiar los solares por donde llevar las nuevas vías, reparcelar, proceder a los derribos y, finalmente, edificar las construcciones proyectadas¹⁰. Aparecía una nueva figura, la del “concesionario”, y la norma de 1895 otorgó a éste no sólo capacidad jurídica para marcar y delimitar parcelas, sino que le permitió expropiar una banda máxima de veinte metros a cada lado de la nueva vía. Es fácil, en consecuencia, comprender por qué en pocos años cundieron las operaciones de reforma interior: se buscó intervenir en el casco histórico no ya pretendiendo construir la ciudad artística reclamada por Camilo Sitte, sino desde la voluntad por concentrar en la nueva Gran Vía los que ahora serían edificios representativos de la banca¹¹.

El proyecto de Gran Vía presentado en 1898 por Carlos Velasco, y modificado y reformado por López Salaberry y Octavio Palacios, fue aprobado en 1901, divi-

diéndose —con vistas a su realización— la misma en tres tramos. El primero se iniciaba en las inmediaciones de la iglesia de San José, en la calle de Alcalá, terminando en la confluencia de Hortaleza y Fuencarral con Montera; el siguiente tramo partía de este punto y confluía en Jacometrezo; el tercero arrancaba de este punto y alcanzaba las inmediaciones de la calle de San Marcos. Iniciado el primer tramo, sus edificios fueron trazados por Ugalde, Mather, Luque, Cascales, Sainz de los Terreros y García Lomas, y en 1919 Alfonso XIII daba el visto bueno al segundo tramo (reforma y prolongación de la calle Preciados con enlace en Callao y Alcalá), llevándose a cabo los derribos necesarios. En este punto sucedió que Santiago Alba, letrado asesor de las obras, obtuvo —por razones que ahora no vienen al caso, pero que se reflejan en las Actas del Consistorio— que la concesión de las mismas —que estaba asignada a Mr. Silver, hombre de negocios inglés— pasase al financiero bilbaíno Horacio Echevarrieta. El hecho de que las concesiones se efectuaran a grandes empresas (y no a privados con limitada capacidad de financiación) se entiende si tenemos en cuenta que las inversiones a desembolsar sólo podían asumirlas empresas fuertes. Se dio el caso de que las actuaciones en el segundo tramo de la Gran Vía (desde la Red de San Luis y hasta Callao) fueron realizadas o bien por empresas inmobiliarias de capital extranjero (la manzana del “Madrid-París” proyectada por Anasagasti fue construida por un grupo financiero francés, mientras que el edificio de la americana ITT, concebido por Cárdenas, lo fue con capital americano) o bien por los financieros españoles que, gracias a los beneficios obtenidos durante la Gran Guerra, contaban con capacidad económica suficiente como para afrontar este tipo de actuaciones. Son conocidos los grandes frutos obtenidos por los empresarios bilbaínos durante la guerra, y por ello no debe extrañar que el presidente de la Cámara de Comercio de Bilbao, Horacio Echevarrieta, decidiera convertirse en el concesionario del segundo tramo de la Gran Vía madrileña, contando para ello con la colaboración técnica de un arquitecto bilbaíno —afincado en Madrid— como era Secundino Zuazo.

Como director de trabajos se asoció con Echevarrieta, permaneciendo al frente de la concesión entre 1920 y 1922, responsabilizándose primero de las obras de servicios y pavimentación y actuando después como asociado con una empresa belga. Aquella actividad influyó en él —como destaca en el texto— porque “al pasar a menudo por el despacho del Interventor [...] llegué a ser experto en conocimientos sobre Madrid”. Lacónico comentario para describir lo que aconteció: en primer

lugar, dio entrada en las obras a Fomento de Obras y Construcciones y, lo que es más importante, cambió el perfil del tramo, eliminando así la "giba" que Salaberry había proyectado, dando al tramo una única rasante; buscó, además, dar paso a grupos financieros belgas —en contra, sin duda, de la opinión de Echevarrieta—, lo que motivó un enfrentamiento que se saldó con la negativa del financiero vizcaíno a abonar los honorarios correspondientes. Por ello, aprovechando que en dicha fecha se había iniciado una campaña de prensa contra las concesiones, Zuazo decidió abandonar la dirección de las obras; tras negociar con Echevarrieta el pago de las cantidades correspondientes, obtuvo de éste la cesión de un solar en la esquina de la calle Abada con Gran Vía. Y aprovechando cuanto había aprendido de la Ley de 1895, decidió ser promotor de sí mismo, construyendo en dicho suelo el cine que conocemos como Palacio de la Música. Pero del párrafo antes citado no se deduce, sin embargo, lo más importante: desde 1919 Zuazo había constituido con Mañas una Sociedad de Estudios cuyos primeros trabajos fueron el *Anteproyecto de reforma viaria parcial del interior y Ensanche de la ciudad de Sevilla*, presentado en dicho año, y el *Proyecto de Reforma Interior de Bilbao*, presentado en Bilbao un año más tarde¹².

El interventor general en el Ayuntamiento —y luego contador de la Corporación— con el que Zuazo formó Sociedad era el abogado Manuel Cristóbal Mañas. Autor de numerosos informes urbanísticos redactados para la Corporación, Mañas había estudiado aspectos tan diversos como los antecedentes urbanísticos de la Gran Vía, redactando un estudio financiero con el que justificaba la obra. Concedor privilegiado de las posibilidades abiertas por la Ley de 1895, elaboró igualmente el presupuesto extraordinario necesario para la construcción de la Necrópolis del Este; estableció las normas por las que se suprimiría el impuesto de inquilinato; presentó el dictamen sobre la reforma del Matadero General y Mercado de Ganados y, después, otro sobre la prolongación de Preciados y su enlace con la Gran Vía, demostrando no sólo un perfecto conocimiento sobre la realidad urbana de Madrid, sino también un singular conocimiento del procedimiento administrativo¹³. Ligado al que fuera arquitecto municipal, José López Salaberry, Mañas explicó a Zuazo que la Ley de Expropiación Forzosa de 1879 (que sustituía a la de 1836), junto con la Ley de Saneamiento y Reforma Interior de 1895, otorgaban al concesionario capacidad jurídica para marcar y delimitar las parcelas, al tiempo que posibilitaban expropiar una banda máxima de veinte metros a cada lado de la nueva vía. Por ello, cualquier intento de afrontar la transformación de la ciu-

dad debía encararse y plantearse no desde la opción del técnico ajeno al mercado, sino desde la valoración de un técnico convertido en empresario.

Tras su asociación con Mañas, Zuazo siguió con su anterior práctica profesional, pero también es cierto que afrontó la profesión de arquitecto de manera bien distinta a como lo hicieran la mayoría de sus colegas. Dejó de ser “aquel que está a la espera del posible cliente con un posible encargo” para convertirse en un técnico en contacto con grupos inmobiliarios —con la banca española o incluso con la banca extranjera—, capaz de encauzar inversiones hacia determinadas propuestas urbanístico-arquitectónicas, aprovechando las posibilidades abiertas por la normativa. Y así, en este sentido, asumió una doble actividad: como promotor de sí mismo y como asesor de grupos bancarios, formulando planes de reforma interior, proponiendo dónde y cómo construir nuevos ensanches, trazando conjuntos de viviendas o diseñando la ordenación del extrarradio. Por ello, las ideas formuladas por Zuazo a partir de 1919 no deben valorarse únicamente desde la disciplina del proyecto, sino entendiendo que encierran el valor añadido de ser concebidas buscando alentar al capital privado a intervenir en su realización, aprovechando las ventajas financieras previstas en la ley.

Surgió una iniciática leyenda sobre la figura de Zuazo (una leyenda negativa) al considerar muchos que el purismo del artista era contrario a la labor desarrollada por un técnico con la capacidad gestora y empresarial necesaria para llevar a término el mismo. Cuantos han estudiado la obra del arquitecto (quienes hasta ahora trabajaron, directa o indirectamente, con la documentación existente en su archivo) han ocultado —como si de un hecho vergonzoso se tratase— esta faceta fundamental en la vida profesional de Zuazo, resaltando sólo las cualidades compositivas de sus ideas. Fullaondo entrevistó el tema, y cuando en sus escritos resaltó el carácter “realista” del arquitecto, lo hizo refiriéndose no a la obra construida sino a su condición de empresario liberal, ocultando su faceta de hombre de negocios presente en diferentes Consejos de Administración o, incluso, presidente de distintas inmobiliarias. No se ha comentado que la Casa de las Flores fue llevada a término por una sociedad inmobiliaria de la que Zuazo era el presidente del Consejo de Administración, ni se han estudiado cuáles fueron las compensaciones que el Zuazo empresario solicitó del Ayuntamiento como compensación por la ejecución de la prolongación de la Castellana. No se ha estudiado tampoco en qué manera intervino en el proyecto de Zaragoza, ni se ha mencionado su partici-

pación económica en la propiedad del Frontón Recoletos —lo que permitiría comprender su relación con Torroja—, ni jamás se ha hecho mención a las empresas inmobiliarias que creó tras la guerra y con las que llegó a construir en Madrid, en apenas dos décadas, varias decenas de miles de viviendas. Ignorarlo no sólo supone falsear la historia (construir una imagen desde la base de ocultar información), sino que refleja no haber entendido el auténtico valor que, durante los años veinte y treinta, tuvo Secundino Zuazo. Comprender su actividad durante aquellos años significa valorar hasta qué punto la “paz social” que caracterizó aquel momento era —como señalara el alemán Walter Rathenau— una forma ideal de pluralismo en empresarios que, tratando de reconciliarse con el mundo obrero, lo que buscaban era hacerlos trabajar-vivir en una ciudad agradable y amplia. Por esta razón, Zuazo insistirá en describir cuáles fueron sus preocupaciones, destacando cómo “anteponía a todo estudio técnico el problema legislativo”, añadiendo el modo en que, en las propuestas urbanas “se imponía, como cuestión previa, la razón de la economía urbana que nunca fue planteada. Las reformas eran sólo un medio regulador para hacer posible la transformación y crecimiento, pero obligado el restablecimiento de la confianza de los capitales que interviniesen en los trabajos”.

Desde la reflexión de Zuazo comprendemos hasta qué punto los problemas de gestión y los derivados de su intervención como representante del sector inmobiliario tuvieron una importancia nunca comentada. A partir de 1919 su preocupación fundamental fue la de compaginar una actuación económicamente rentable para el promotor con la calidad técnica de la propuesta, y es por ello que el Zuazo hombre de empresa busca que le sean concedidos los encargos que el Zuazo arquitecto deberá diseñar. Si Rathenau había apuntado la conveniencia de plantear una mecanización del mundo comentando que “el capital [...] tiene la tendencia de compensar todo el hueco de la necesidad económica y de retirarse de toda acumulación de producción superflua”, Zuazo asume su convicción según la cual la calidad técnica del producto de fábrica estaría acompañada de la calidad estética del estilo. Nunca, en su larga vida profesional, concibió proyectos fantasiosos; pragmático, siempre creyó que toda idea arquitectónica o urbanística debía motivar al capital a su ejecución, razón por la que el arquitecto estaba obligado —buscando su realización— a satisfacer, desde la máxima calidad arquitectónica, las expectativas del promotor. Y su figura recuerda la de aquel excepcional fotógrafo que fue Ortiz de Echagüe, el artista que supo mostrar a través de su cámara

una nueva y sorprendente visión de los paisajes españoles, de los tipos y trajes de sus habitantes, de los castillos que configuraban su paisaje: porque el mismo Ortiz de Echagüe fue hombre de empresa que fundó dos empresas tan singulares como fueron Construcciones Aeronáuticas, S.A. (CASA) y, luego, tras la Guerra Civil, SEAT.

En 1919, como he comentado, Zuazo constituyó con Mañas una sociedad de estudios y proyectos —uno como concesionario, el otro como tracista— para, aprovechando las posibilidades fijadas por la Ley de 1895, proponer a la Administración la transformación del viario en el interior de las ciudades. En este sentido, Mañas solicitaba en el mismo año autorización —paso previo obligado— para formalizar la reforma en Sevilla, y al poco tiempo presentaba otro, con idéntico contenido, para Bilbao. La propuesta para esta ciudad se justificaba ante la especial situación de degrado del centro histórico de la misma, comentada entre otros por Hausser, aquel que fuera discípulo del gran higienista alemán Von Pettenkoffer. Sabemos que, al poco de aprobarse la Ley de 1895, su alcalde había propiciado la elaboración de un primer Plan General para la ciudad. En una Sevilla que explotaba por los cuatro costados y donde las condiciones de higiene venían siendo sistemáticamente denunciadas por su ínfimo nivel, desde la aprobación de la Ley de 1895 surgieron varios intentos de intervención en el casco: Sáez López propuso un “vasto plan” para reformar el viario (“que está como en la época de la dominación árabe”), buscando un modelo radial de comunicaciones entre el centro y la periferia; en 1902 Velázquez Bosco presentaba su proyecto de ensanche; dos años más tarde se convocaba el concurso de anteproyectos para el ensanche; Aníbal González ofrecía, en 1909, una primera idea para el mismo, formulando en 1911 una segunda; al año siguiente, Miguel Sánchez-Dalp trazaba su Plan de Ensanche y Reforma de la ciudad, y en 1918 Talavera y Heredia concebían su propuesta de ensanche.

Lo que se pretendía era tanto definir el ensanche como sentar las bases de la reforma interior, confiando los primeros en la capacidad económica del Ayuntamiento para afrontar el plan, al tiempo que los segundos redactaron su idea tratando de encontrar las ventajas establecidas en la norma de 1895. Lo que en ningún caso se esperaba era que el Ayuntamiento se desinteresase por las soluciones de ensanche, del mismo modo que las ideas presentadas para la reforma en el interior fracasaron al no ser concebidas ni coordinadas con los inversores priva-

dos, tal como preveía la ley. Por ello, cuando a finales de la década se aprobó celebrar en Sevilla –en 1929– la gran Exposición Iberoamericana, Mañas aprovechó la ocasión presentando la pertinente solicitud para que le fuera concedida autorización para realizar –basándose en un anteproyecto redactado por Secundino Zuazo– un proyecto de actuación con vista tanto a intervenir en el centro histórico como para proponer un ensanche en el suelo inmediato a donde pensaba situarse la exposición¹⁴.

En momentos en que frente al mal entendido “sevillanismo” por el que optaba la arquitectura (Traver había edificado el conjunto de viviendas baratas promovidas por la Comisaría Regia para el Turismo), utilizado para enmascarar la caótica situación interior –Sevilla tenía, por ejemplo, una de las más altas tasas de mortandad de toda Europa–, las propuestas de ensanche se concibieron buscando desplazar el centro histórico hacia la nueva ciudad. Desde esta base, Zuazo y Mañas trataron tanto de intervenir en el casco como de unir la ciudad con el espacio destinado a la exposición. Su esquema para la reforma interior consistía en abrir cinco grandes vías que, desde cuatro puntos –las inmediaciones de la iglesia de la Magdalena; la zona norte de la Huerta de Santa Teresa; Ronda de Capuchinos y la Puerta de la Macarena–, canalizasen el tráfico hacia la plaza Nueva, definiendo un nuevo viario en la zona histórica. Paralelamente, y frente a soluciones como las definidas por Talavera sobre establecer un doble ensanche (uno, llevando la ciudad hacia el norte; otro, dirigiéndola hacia el sur de Triana), Mañas aprovechaba la Exposición Iberoamericana para generar en sus inmediaciones una trama que debía ser, a corto plazo, rápidamente ocupada.

González Cordon estudió esta primera solución presentada por Zuazo sin especificar que al poco tiempo –en los primeros momentos de la Dictadura de Primo de Rivera– hubo una segunda. Sabemos, en efecto, que tras hacerse pública la inicial idea, Mañas y Zuazo presentaron otra alternativa en la que buscaban organizar fuera de Sevilla, en la llamada finca “Los Remedios” (en Triana, junto al río), un ensanche a la gran ciudad, aprovechando las obras de mejora que se llevaban a cabo en el Canal de Alfonso XIII. Si en el primer proyecto para Sevilla –o, paralelamente en el tiempo, en la propuesta para Bilbao– Mañas y Zuazo trataron de aprovechar las ventajas de la Ley de 1895, su segunda idea para la ciudad se planteó con vista a beneficiarse de los estímulos para la construcción de viviendas que –en poblaciones con más de 20.000 habitantes– el Gobierno había regulado en

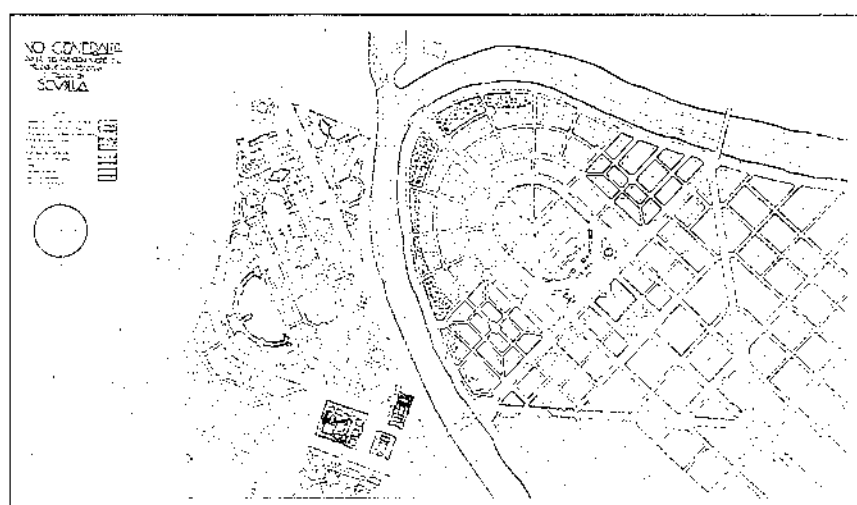
el Estatuto Municipal. Conocedor de la normativa, Mañas comprendió que las “Obras de saneamiento y urbanización de poblaciones” (tratadas en la sección 5.^a del Capítulo I, artículos 180 a 199) modificaban las Leyes de Agua, Expropiación Forzosa, Ensanche y Reforma Interior; pero, y junto a ello, la misma norma abría una puerta a los inmobiliarios. Puesto que el Estatuto no mencionaba la Ley de Ensanche de 1876 —en la que se señalaba que el Gobierno, oído el Consejo del Reino, podía aplicar las disposiciones fijadas para Madrid y Barcelona a cualquier otra ciudad— se obviaba la misma, aplicando la más favorable de 1892 y suprimiendo el preceptivo informe del Consejo de Estado. Es decir, frente a las dificultades implícitas en la legislación anterior, el Estatuto Municipal simplificó los trámites administrativos —reduciendo el tiempo máximo para la aprobación del proyecto de ensanche de seis años a sólo seis meses— al establecer que sólo el Ministerio de la Gobernación informase sobre el mismo. Además, el artículo 217 del Estatuto obligaba a los municipios mayores de 10.000 habitantes (y que en el período de 1910 a 1920 hubiesen aumentado su población en más del 20%) a redactar en el plazo máximo de cuatro años —si no lo tuvieran ya aprobado— un plan de extensión o ensanche. Pero, y sobre todo, la norma imponía a los municipios con más de 200.000 vecinos la obligación de presentar un anteproyecto para la ordenación de los terrenos comprendidos entre los límites del ensanche y del término municipal, viendo la posibilidad de constituir en ellos núcleos urbanos donde construir viviendas económicas.

Consciente el legislador de que la Ley de Casas Baratas de 1921 apenas había tenido trascendencia, agravándose día a día el problema de la falta de vivienda, las nuevas disposiciones se promulgaron con la intención de incentivar la construcción de viviendas económicas. Desde el Estatuto Municipal se trató de eliminar los barrios de chabolas (“barriadas inmundas”, se decía) que rodeaban las grandes ciudades y en las que se hacinaban miles de habitantes, para lo cual —desde la pretensión de activar la construcción de viviendas en poblaciones de más de 30.000 habitantes— se gravaron los solares no construidos¹⁵. Conscientes de la necesidad de actuar sobre los límites de los núcleos urbanos medios (la situación en Barcelona o Madrid se valoraba desde perspectiva distinta), la normativa asimiló los conceptos “ensanche” y “extrarradio”, sometiendo a los intereses de la gran ciudad aquellos proyectos de carácter urbano que afectasen a los pueblos colindantes, si bien, y a modo de compensación, hacía llegar los beneficios previstos en la ley a estos municipios aunque su censo no ascendiese a los 30.000 habitantes. Dicho

de otro modo, el Estatuto se presentó como el instrumento capaz de generar nuevo suelo urbano en momentos en los que todavía no estaba prevista la anexión de los núcleos próximos. Y aprovechando esta nueva forma de entender la ciudad fue como Mañas y Zuazo formularon su segunda propuesta.

Si en su primera propuesta buscaron ordenar el espacio inmediato al destinado a la exposición, ahora optaban por actuar en Triana; el hecho de proyectar fuera de la ciudad —allí donde Talavera propuso su “ensanche exterior”— era debido a que en dicha zona —las márgenes del Guadalquivir— se desarrollaba una singular actividad industrial, habiéndose convertido la llamada Huerta de “Los Remedios” en un basurero, carente de infraestructura, donde muchas de las viviendas existentes contaban sólo con pozos negros. Optaron por aquella zona conscientes de la presencia, en sus inmediaciones, de un sistema de transporte público que unía la ciudad a los núcleos próximos, lo que convertía el área en cabeza de puente del posible desarrollo comarcal de Sevilla, porque inaugurado el tranvía que conectaba la ciudad con San Juan de Aznalfarache, al poco tiempo se propuso no sólo la prolongación de la línea, sino también establecer otras que facilitasen su comunicación con los pueblos próximos¹⁶. Desde esta premisa, Mañas y Zuazo concibieron su trabajo intentando aprovechar tanto las ventajas abiertas en la Ley de Casas Baratas sobre construcción de viviendas unifamiliares (como había sucedido en el barrio de Nervión) como las ventajas previstas en el Estatuto para quienes afrontasen la edificación de “casas comunales” de alta densidad. El trazado de Zuazo —con su diseño radiocéntrico— recuerda, formalmente, la imagen del berlinés barrio de Fridenau, las ciudades satélites nórdicas diseñadas por Pedersen o ciertas soluciones decimonónicas del denostado urbanismo de los ingenieros—; recuerda los supuestos desarrollados por los arquitectos alemanes al retomar la idea de una rígida trama que posibilitaba la doble solución de viviendas unifamiliares y bloques de cuatro alturas, con grandes patios abiertos en su interior. Entiendo que debatir si esta propuesta puede incluirse en la “historia de los ensanches españoles” es cuestión —frente a lo que se ha señalado— que carece de sentido, por lo que a partir de dicho momento el concepto utilizado fue el de “extensión”, sin matizar si el ensanche era prolongación de la ciudad existente o debía definirse como “ciudad satélite” en un espacio próximo pero no inmediato.

La singularidad de este proyecto radica no en la originalidad de la traza, sino en negar la idea —esbozada por Talavera— de un desarrollo concéntrico nuclear, pro-



2. Secundino Zuazo. *Plan General de Ordenación sobre el parque de San Sebastián y Triana, Sevilla, 1925.*

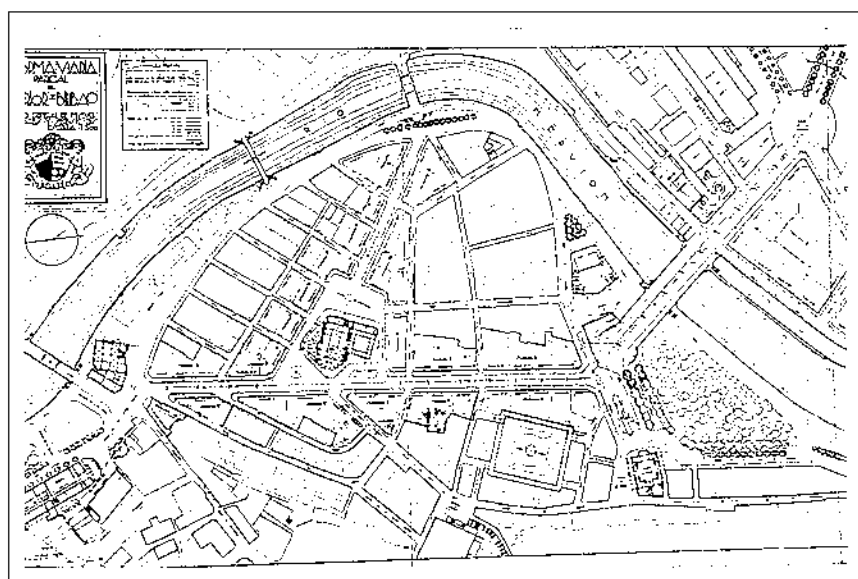
poniendo en su lugar una organización radial en la que sus brazos se desarrollaban, al alejarse del centro, como sistemas autónomos. Actuando sobre unas doce hectáreas, casi un tercio de las mismas se destinaba a vías públicas, porque tras analizar cuestiones como tráfico, sistemas de transportes, calles, parques, edificios públicos, topografía o subdivisión de manzanas, adoptaron para Sevilla los esquemas de la ciudad liberal que, en la Alemania de finales del XIX, formularon quienes afrontaron la construcción del ensanche. Condicionado el trazado al meandro del río, dos puentes (el de San Telmo y el que debería comunicar Los Remedios con el parque de María Luisa) marcaban dos ejes ortogonales, disponiéndose en su encuentro un gran parque. A pesar de señalar que su idea pretendía “armar las direcciones normales a la línea base con las curvas y, sin desdeñar de modo absoluto las comunicaciones en diagonal —allí donde se han estimado necesarias—, creemos haber formado la diartrosis viaria de toda la planta a urbanizar bajo la misma composición anatómica del cuerpo humano que cuanto más perfecta en sus diversas curvas y movimientos encierra más belleza”, Zuazo reclamó la experiencia belga sobre la ciudad, lo que le llevó a tomar como modelo el experimento que Buls planteara en su momento. Porque Zuazo, que admiraba la actuación del prefecto Haussmann en el centro de París, valoraba igualmente el modo de actuar y de remodelar un barrio periférico que Charles Buls, burgomaestre de Bruselas, había planteado en operaciones como la desarrollada en torno a la rue A. Orts¹⁷.

Tras ordenar el espacio mediante los dos ejes perpendiculares, Zuazo aprendió en Buls que el lenguaje grandilocuente de ciertos políticos locales cedía ante las opiniones pragmáticas del empresario. En la experiencia de Bruselas vio cómo, previo a cualquier intervención, era preciso ajustar el proyecto a un estudio económico en el que se valorasen los gastos por expropiaciones, demoliciones o los posteriores de explanación, pavimentación, alumbrado e infraestructura. Sólo tras ponderar estas cifras era posible definir el tipo de intervención, y desde esta reflexión, y teniendo presentes las ventajas que ofrecía el Estatuto a quienes construyesen bloques de alta densidad, en esta segunda solución propuso no ya una ciudad-jardín (viviendas unifamiliares) como una trama ortogonal con grandes manzanas que albergaran viviendas en alquiler¹⁸. La novedad del trazado era evidente: frente al mito de la ciudad-jardín como única solución a los problemas de la vivienda obrera, proponía el bloque de viviendas en alquiler, y frente a las ideas defendidas por el Instituto de Reformas Sociales sobre la vivienda unifamiliar en barriadas

jardín situadas en la periferia de las grandes ciudades, Zuazo optaba por un proyecto donde el tejido urbano debería actuar como generador de un futuro crecimiento. Cuestionaba aspectos tan distintos como la ordenación del margen del ensanche, la morfología urbana y la política de acceso a la vivienda; al proponer el bloque de viviendas de alquiler frente a la idea de barriadas jardín, asumía las reivindicaciones expresadas por los inmobiliarios en los Congresos Municipales convocados por la Unión Patriótica de Primo de Rivera.

Zuazo proyectaba consciente de las aspiraciones de la Patronal, pero lejos de entenderse esto como un acto de sumisión o dependencia, es necesario valorarlo como voluntad de quien creyó que la ciudad del futuro no era la sucesión de barriadas jardín, sino que se hacía preciso fijar las bases de la futura metrópolis, máxime en un momento en el que el “americanismo” difundía una imagen metropolitana. La idea formulada por Mercadal (“el moderno urbanismo en España nació oficialmente el día de la aprobación del Estatuto Municipal”) cobra su verdadero sentido cuando vemos de qué forma Zuazo, tras identificar ensanche con extrarradio, trató de ir más allá de quienes –como Cort– se limitaban a reclamar como imprecisa reivindicación la necesidad de que los gobiernos desarrollasen una eficaz política de ordenación urbana¹⁹. Fue en este proyecto para Sevilla donde Zuazo entendió un hecho fundamental: si las primeras ciudades-jardín obreras surgieron –a comienzos del XX– como opción ideológica de quicnes, rechazando el modelo de la gran ciudad, optaron por marchar a pequeños núcleos urbanos, ciudades segregadas donde el nostálgico concepto de “comunidad” se oponía al de “sociedad”, en 1925 el problema debía afrontarse desde parámetros radicalmente distintos. Porque, y tratando de superar la recesión que tuvo lugar tras la guerra, se hacía necesario que el Estado coordinara aspectos tan distintos como los intereses de los constructores, las expectativas de los inmobiliarios, los deseos de los sindicatos por contar con una política de acceso a la vivienda y, además de todo ello, fuese capaz de establecer directrices urbanísticas claras sobre cómo actuar en las grandes poblaciones.

Si en Sevilla hubo, más que dos soluciones, dos planteamientos sobre cómo actuar en la ciudad, la idea que Mañas y Zuazo presentaron en 1919 para Bilbao se concibió próxima al primer proyecto sevillano, buscando en consecuencia una reforma viaria parcial en el interior de la ciudad. Planteada –como ocurriera en Sevilla– tratando de aprovechar las ventajas económicas y fiscales señaladas en la

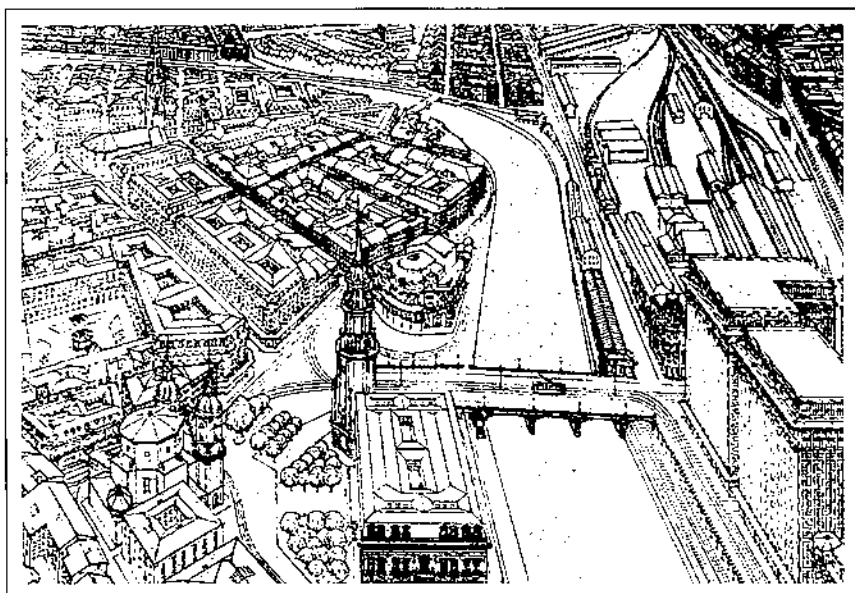


3. Secundino Zuazo. Reforma viaria parcial del interior de Bilbao, 1922.

Ley de 1895, para Fullaondo —como señala en el citado prólogo a la reedición sobre el *Plan*— aquella propuesta se explica desde la voluntad por definir una imagen poética: crear edificios comerciales que, por su volumen y fuerza arquitectónica, se valoraban como nuevas catedrales frente a la ría. El lirismo y la poética en el crítico fueron utilizados como pretextos para desviar la atención sobre un hecho básico: se intervenía en Bilbao porque en aquellos momentos el capital bilbaíno (tras los excepcionales beneficios obtenidos durante la guerra, en su comercio con Inglaterra) lo que buscaba era modificar la imagen de la ciudad, definiendo los esquemas de un posible plan comarcal, estableciendo las bases de la metrópolis industrial que se quería fuera Bilbao.

Tomando como referencia el crecimiento de Hamburgo, la importante ciudad-puerto situada sobre el Elba y próxima al mar, Zuazo vio cómo la prosperidad económica de la ciudad alemana se basó en los grandes depósitos en las márgenes del río. Por ello su propuesta se planteó desde un doble plano: por una parte, propuso intervenir en el casco histórico, rasgando el viejo tejido urbano y abriendo —coherente con la experiencia parisina del barón Haussmann— una “avenida central” que uniese el Arenal con San Antón. Pero paralelamente reordenaba los márgenes de la ría, situando en ellos grandes almacenes que, con su presencia, potenciasen la actividad naval de la zona. La primera de las partes —la reforma interior— implicaba, al discurrir las nuevas vías entre las zonas más densas y compactas de la trama, el derribo de numerosos edificios, planteando en consecuencia una operación similar en su problemática a la que se diera en la madrileña Gran Vía²⁰. Como recientemente ha estudiado Ana Azpiri, en 1916 se había convocado un concurso para la reforma interior del casco bilbaíno, tratando de encontrar una doble solución (ornamental y, desde el punto de vista económico, beneficiosa para el centro y parte del ensanche) a la situación de degrado en la que se encontraba el Bilbao de las Siete Calles. Que sólo tres años más tarde Zuazo formulase una nueva propuesta quizá sorprenda, pero para comprender el porqué de la idea es necesario tener presente que aquellos tres años —los tres últimos de la Gran Guerra— fueron determinantes en la economía de la zona, pasando a tener el puerto una función y un papel cada vez más importantes.

El plan de Zuazo nada tenía en común con los presentados en 1916 debido al salto cuantitativo y cualitativo que se produjo en la actividad de la Junta del Puerto. Zuazo formuló su solución en un momento más que singular de la economía bil-



4. Secundino Zuazo. *Reforma viaria parcial
del interior de Bilbao, 1922.*

baína, inexistente tres años antes: la neutralidad durante la Primera Guerra Mundial supuso grandes beneficios para la burguesía de Bilbao, situación que llevó a Araquistáin a ironizar sobre “los pobres millonarios bilbaínos”. Frente al plan de Guimón de 1916, ahora Ricardo Bastida sentaba las bases de un primer plan comarcal —la imagen de las experiencias inglesas— estableciendo una división por usos del territorio. En un Bilbao en el que proponía la perforación del túnel de Archanda o en el que se estudiaba cubrir parcialmente la ría, donde se fomentaba la construcción de casas baratas al tiempo que se debatía sobre la posible anexión de Deusto o Begoña, se instaba la construcción de nuevos mataderos y se señalaba la necesidad de nuevos puentes, de modo que la suma de soluciones parciales era sólo un reflejo de una más ambiciosa propuesta —de escala superior— que era la voluntad por construir el gran Bilbao. Por ello, es posible que la solución formulada por Zuazo tuviera semejanzas formales con el plan presentado poco antes por Pedro Guimón, pero se planteaba desde valores y criterios totalmente distintos.

Como señaló Ramón de Belausteguigoitia, a la casta especuladora y pragmática de los millonarios surgidos tras la guerra se contraponía la renovadora y técnica clase de los capataces, ingenieros y capitanes de la industria del mañana. Bilbao, venía a decir, era la ciudad que se había hecho a sí misma, pero cuyo impulso pudo esterilizarse por falta de ambición y de ideas. En un momento en que la ciudad se define como “puerto cerrado” y cuando los supuestos políticos intentan abandonar la imagen de un vasquismo ruralizante (al estilo del primer nacionalismo), la solución de Mañas y Zuazo apostaba por la modernización de la ciudad histórica y era la respuesta puntual a un problema específico que formaba parte del todo. Por ello su idea, al intervenir en el centro de la ciudad, no era la de construir viviendas económicas sino la de aprovechar, como concesionarios, la posibilidad de llevar a término la reforma interior y la nueva ciudad portuaria. Tras definir un muelle elevado proponía, simultáneamente, actuar en Ripa, sustituyendo los viejos almacenes, talleres y tinglados por un gran edificio de quince plantas que daría a la ciudad una nueva silueta. Si para Fullaondo aquel edificio se entendía como nueva catedral sobre la ría, otros lo valoraron como ejemplo del nuevo americanismo que, tras la guerra, se difundía por Europa. Si en un principio aquella solución fue aplaudida por el Ayuntamiento y por Bastida, el rechazo se produjo a los pocos meses, cuando los propietarios del suelo constataron que los criterios de expropiación se basaban en valoraciones absurdamente bajas, claramente contrarias a sus intereses. Las voces discordantes surgieron de asociaciones

vecinales y gremiales (la Asociación General de Empleados de Oficinas, por ejemplo) que destacaron que “nada se solucionaba con derribar casas modestas para levantar edificaciones caras”. Por ello, el Ayuntamiento cambió de opinión y, contrario ahora a la reforma del casco, hizo suyas las protestas de los vecinos. Y, desde ese momento y hasta 1926, se mantuvo un largo contencioso sobre la posibilidad de llevar a cabo la propuesta, fracasando la misma al convocar, en 1926, un concurso internacional de anteproyectos para ordenar el entorno de las anteiglesias de Deusto y Begoña²¹.

Tras la primera idea para Sevilla y el proyecto de Bilbao, en torno a 1923 se produjo un quiebro en el modo de actuar de Secundino Zuazo, cambio que se reflejó primero en su participación en la Conferencia sobre la Edificación, celebrada en aquel año y, después, en el Congreso Nacional de Urbanismo de 1926. En 1923, ante el paro forzoso y la necesidad de dinamizar la construcción (ante un paro generalizado en el sector de la construcción y una falta de vivienda cada vez más grave), se convocó en Madrid la llamada Conferencia de la Edificación a la que, en principio, acudieron representantes de todos los estamentos para debatir las siguientes cuestiones: acción del Estado; acción de los organismos locales; modificaciones posibles en la Ley de Casas Baratas; colaboración e intervención, en la industria de la construcción, de bancos y otros establecimientos de crédito; régimen de transportes; comunicaciones urbanas; coordinación de las actividades de los elementos que intervienen en la industria de la construcción y, por último, conveniencia de organizar cooperativas para la edificación. Al proponer estos ocho temas como objeto de debate se buscaban tanto posibles soluciones al paro como afrontar y dar respuesta al crecimiento de las ciudades. Convocado por Chapaprieta, ministro de Trabajo, e inspirado por Fabra Ribas, el debate se centró en cuatro grandes temas —legislación, financiación, técnica y social— divididos en ocho secciones, presentando las organizaciones invitadas sus opiniones en forma de ponencias: la Sociedad de Arquitectos de Madrid nombró a Landecho y Palacios ponentes del primer tema; a Iglesias y Amós Salvador portavoces del segundo bloque; mientras que Mendoza y Zuazo lo fueron en el cuarto apartado; Guitard y Palacios en el quinto; Oriol y Cort en el séptimo, y Forte y Redón en el octavo.

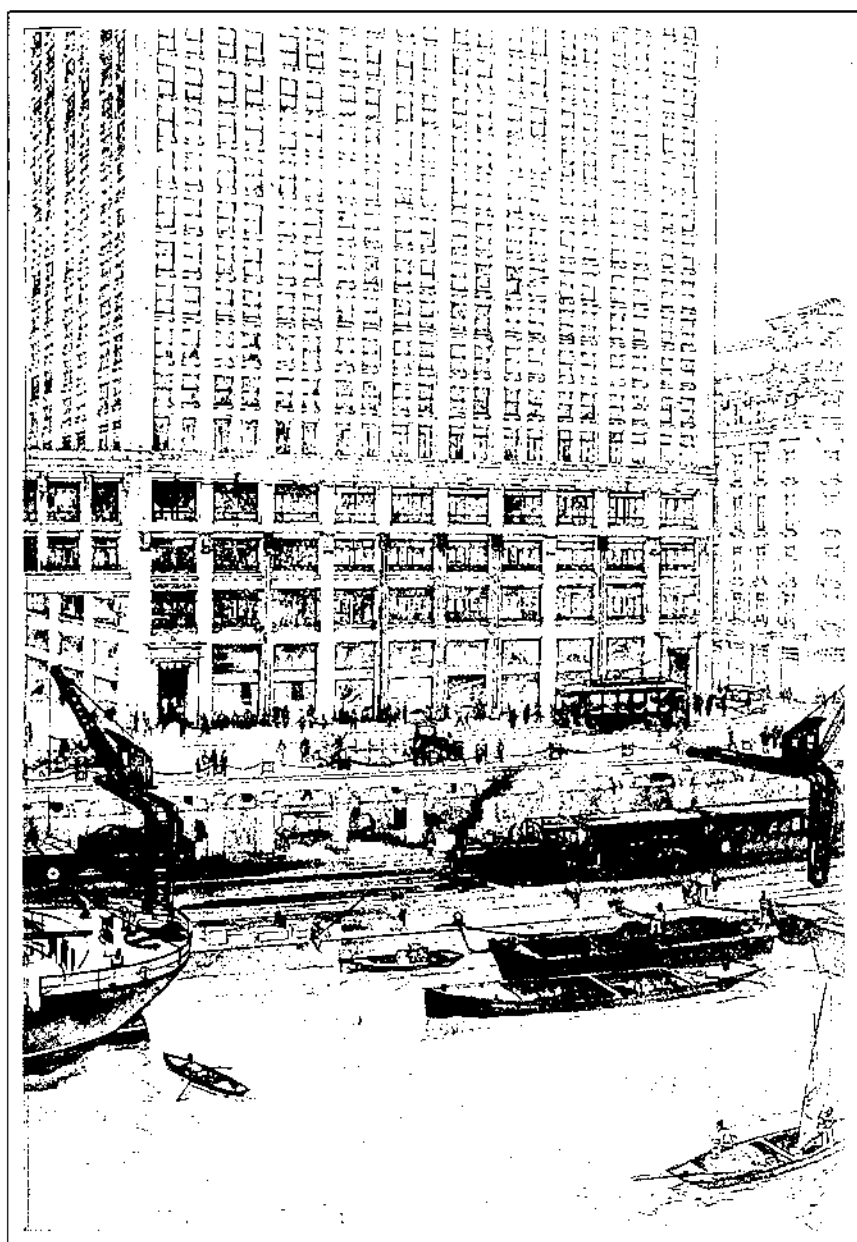
Zuazo recibió el encargo de reflexionar y exponer sus opiniones sobre cuál debía ser la participación de bancos —y demás establecimientos de crédito— en la industria de la construcción. Pero, al consultar las actas de la reunión, vemos cómo Zua-



5. Bloque de edificación de gran altura en la avenida de la Estación y nueva vía de Ripa, Bilbao, 1922.

zo no asistió a la misma representando a la Sociedad de Arquitectos sino en nombre de la madrileña Cooperativa del Hogar. Por lo radical de sus opiniones (contrario a los criterios de Arnós Salvador, a pesar de ser éste uno de los pocos a quien cita en las *Memorias*—junto con Quintanilla y Gustavo Fernández Balbuena—reclamando su amistad), optó por ser portavoz en la Conferencia de un grupo inmobiliario y no de la Sociedad de Arquitectos. Como representante de la citada Cooperativa del Hogar intervino en dos polémicas bien precisas: en la primera, se debatió lo acertado de plantear el crecimiento de las poblaciones como prolongación urbana de la estructura existente—prolongaciones concéntricas—o mediante esquemas distintos; y en la segunda, se discutió sobre si el municipio debía ser dueño del suelo (para que las plusvalías generadas reversionen en sus cajas) o, por el contrario, si las plusvalías debían beneficiar a los particulares. Para Zuazo, como lo señalaría en su texto, “plusvalía significa introducir la riqueza en la urbe”; pero aquel debate derivó hacia la conveniencia o no de crear un banco municipal capaz de financiar las operaciones llevadas a cabo por la corporación, tema que Besteiro había puesto de actualidad al traducir el texto de Kautsky sobre el *Programa de Erfurt*. Y ambas cuestiones reflejaban las preocupaciones de Zuazo, puesto que ordenar el extrarradio—tratando de conseguir suelo barato—sólo podía afrontarse tras haber debatido aspectos como cuál podría ser la política de los bancos sobre concesión de créditos o, incluso, sobre su participación en los mismos²².

La Conferencia de 1923 fracasó al no modificar la realidad de aquellos años. A pesar de haber sido un más que singular foro de debate, Zuazo vio cómo su único resultado fueron abstractas discusiones, alejadas y extrañas a quienes querían afrontar una transformación de la realidad. Aquella conferencia le reafirmó en su idea sobre la necesidad de actuar tanto como arquitecto como promotor de sí mismo, y ello fue lo que llevó a cabo al proyectar y construir el Palacio de la Música, tras conseguir—con el apoyo jurídico de Mañas—en el segundo tramo de Gran Vía el solar situado en la esquina con Abada. Pero al reflexionar sobre la participación de bancos y demás establecimientos de crédito en la industria de la construcción, advierte el importante cambio que se plantea en la economía al dejar el Gobierno de Primo: tras el fuerte incremento en los precios de la construcción surgido durante la Gran Guerra, al acabar la misma se produjo un retraimiento en la edificación; por ello, y tras el fracaso de las políticas planteadas desde los Ayuntamientos, la reacción vino desde el propio Gobierno, que intentó, afrontando gran-



6. Nueva vía de Ripa. Pasos superior e inferior, Bilbao, 1922.

des proyectos de Estado, incentivar la economía. Se diluyó el interés en construir barriadas de casas baratas y, en su lugar, el Directorio potenció la inversión en obras hidráulicas y la construcción de carreteras, afrontó la colonización interior y potenció la ordenación del extrarradio de las grandes capitales. Por esta razón, las cuestiones expuestas en la Conferencia de 1923 dejaron de tener actualidad. Y cuando, en 1925, Zuazo participa en la Exposición sobre la Construcción y la Habitación, no sólo lo hará mostrando sus propuestas, sino participando en el debate técnico, tratando de incentivar el uso de los nuevos materiales²³.

Si la Conferencia de 1923 fue organizada a instancias de Fabra Ribas —o, lo que es lo mismo, a instancias de las asociaciones obreras—, la Exposición sobre la Construcción y la Habitación de 1925 fue organizada por las presiones de una patronal interesada en plantear un quiebro en su actividad. Eran los años, no lo olvidemos, en los que se fundaron la mayoría de las empresas constructoras del sector; y quien consulte las revistas publicadas por la patronal (*El Eco Patronal* o *El Constructor*) comprobará cómo hasta 1925 los temas centrales se referían a la construcción de casas baratas, pasando, desde dicha fecha, a comentar la construcción de carreteras; las características de asfaltos, betunes y alquitranes; las inconveniencias del macadam y las ventajas del caucho; las carreteras de cemento armado; las redes de autopistas; la industrialización de carreteras, etc. No se trataba ya tanto de ofrecer soluciones al problema del paro —o de debatir sobre la política de casas baratas— como de “poner en íntimo contacto a las clases productoras, técnicas, profesionales y obreras [...], agrupando los más variados aspectos y materiales”. La idea consistía en fijar el modo en que las clases productoras debían asumir el cambio en la orientación; por ello, quienes intervinieron como conferenciantes fueron técnicos como Eugenio Ribera, políticos como el conde de Vallengard o, en último caso, técnicos-políticos como Peña Boeuf. Y es en este contexto cuando Zuazo se anuncia en la revista *Arquitectura* (dentro de las páginas dedicadas a publicidad) como “Sociedad de Estudios Limitada”, ofreciendo sus servicios no tanto a particulares como a las grandes empresas o grupos inversores²⁴. Consciente de la falta de medios técnicos y económicos de los Ayuntamientos para llevar a cabo sus propuestas urbanas, centra su interés en obtener/participar/desarrollar/gestionar los grandes proyectos de Estado que se proponen en estos momentos, lo que hace no como simple promotor, sino como hombre de empresa ligado a la banca. Y como reconoce en las *Memorias*, su actividad en la Sociedad de Estudios “estaba vinculada a la de cierta banca española”.

Tras sus propuestas para Sevilla o Bilbao (con las que, no olvidemos, buscaban la concesión de la obra), en torno a 1925 Zuazo cambió no tanto su táctica como su estrategia: conocedor de las nuevas ventajas que ofrecía el Estatuto Municipal, abandonó las posibilidades abiertas en la Ley de 1895 y, tras analizar las carencias en infraestructuras en las ciudades españolas, concibió soluciones, presentando las mismas a un capital deseoso (por las ventajas y garantías que le ofrecía el nuevo Estado) de intervenir en cuestiones urbanísticas. Por indicación de dicha banca afrontó el estudio de cuestiones tan dispares como la situación del tráfico ferroviario en Madrid, buscando resolver el enlace de las distintas líneas que confluían en la ciudad; formuló en Zaragoza las bases de un posible ensanche y de una nueva ciudad-jardín, o se interesó en un fantástico plan (el posible túnel bajo el estrecho de Gibraltar) proyectando, en cada una de las embocaduras, una ciudad-jardín²⁵. Y prueba de la relación entre estas ideas y grupos inversores franceses y belgas es el comentario que aparece en las *Memorias*, cuando señala: "Existía una sociedad internacional de estudios en los que intervenía alguna banca española que trabajaba en dos trascendentes problemas: en la red ferroviaria, convirtiéndola en europea, y sobre el paso del túnel de Gibraltar. Esa sociedad se había constituido antes del advenimiento de la República, deteniéndose con el cambio político. Además, había pedido programas de ayuda general de Barcelona, Madrid o Valencia, para resolver sus problemas de crecimiento, inversiones en obras de servicios de agua y construcción de viviendas con préstamos de capitales y suministro de materiales que no se fabricasen en España. Yo tenía orientaciones sobre los planes a confeccionar en relación con estas dos grandes operaciones que Madrid precisaba resolver: la prolongación de la Castellana y el Plan de reforma interior".

Sorprendente el comentario por lo original y desconcertante de la información: por primera vez, un protagonista de la época reconoce abiertamente que la banca internacional jugó un papel relevante en algunos de los planes de ordenación concebidos en Madrid, Barcelona o Valencia durante la Dictadura de Primo de Rivera; en segundo lugar, que dicho capital se interesaba tanto por la construcción de infraestructuras (la red ferroviaria) o la ordenación de las citadas ciudades como por otros proyectos, de tipo especulativo, entre los que podría destacarse la posible realización de un túnel bajo el Estrecho; y por último, que la construcción de infraestructuras y la extensión de dichos núcleos se llevaron a término con créditos concedidos por grupos financieros extranjeros, tras haber sido aprobados los

correspondientes proyectos. Pero lo que resulta más relevante es el comentario que hace al reconocer que: “Yo tenía orientaciones sobre los planes a confeccionar en relación con estas dos grandes operaciones que Madrid precisaba resolver: la prolongación de la Castellana y el Plan de reforma interior”.

Demasiado a menudo la historia de la arquitectura o la del urbanismo se han planteado desde la referencia a la disciplina, entendidas y valoradas como ejemplos de un saber autónomo, ignorándose cuáles eran los intereses o cuáles las presiones de quienes instaban a aquellos planes. Para el estudioso, la historia del urbanismo se identifica con la historia de los proyectos que trazaron los arquitectos, y éstos —y sólo éstos— han sido objeto de estudio. Si pocas veces se ha diferenciado el estudio del Plan del análisis del Planeamiento, todavía menos veces se ha afrontado el estudio de las grandes transformaciones urbanas, tratando de comprender cuáles eran los intereses económicos de los grupos inversores, cuál su valoración de la ciudad (cuáles los tiempos en las intervenciones) o cuál el saber profesional (o la competencia) de los técnicos que colaboraron con ellos. Entiendo, pues, que sería del mayor interés, para lograr un entendimiento global de la historia urbana, conocer tanto cuáles fueron las líneas de actuación de las grandes empresas constructoras como las políticas que sobre la ciudad, las obras públicas o el territorio, desarrollaron los bancos y grupos económicos. Se conseguiría, de este modo, comprender cuál fue la imagen de la ciudad liberal que, en cada momento, establecieron estos grupos, cuál pudo ser la “programación” de las obras y hasta qué punto los resultados pudieron satisfacer a estos grupos económicos. Por ello, que Zuazo reconozca paladinamente: “Yo tenía orientaciones sobre los planes a confeccionar en relación con estas dos grandes operaciones que Madrid precisaba resolver”, demuestra la existencia de una reflexión de orden superior que nunca, hasta el momento, se había comentado o citado.

La recesión económica tras la Gran Guerra impuso la necesidad de normalizar la construcción, idea apoyada tanto por quienes optaron por la “nueva objetividad” centroeuropea como por los que reclamaron el estudio de la tradición. En aquel Madrid, algunos asumieron la modernidad centroeuropea de manera un tanto mimética: así, el Rincón de Goya, de Mercadal; la Gasolinera Porto Pí, de Fernández-Shaw, o la Casa del Marqués de Vitoria, de Blanco Soler, sólo fueron manifiestos arquitectónicos. Ejemplos relevantes del saber europeo, su planteamiento era completamente distinto a la problemática fundamental de aquellos

años, a la discusión sobre cómo afrontar la construcción de viviendas para las clases más desfavorecidas. En este sentido hubo, pues, durante ese tiempo, un doble debate: el primero, entre quienes centraban sus preocupaciones en la investigación sobre la originalidad de la forma y entre aquellos que trataban de entender la tradición; el segundo, entre quienes buscaban en la tradición (en la normalización de lo vernáculo) las bases de lo que debía ser la vivienda económica y quienes optaban por soluciones ligadas a la nueva tecnología. Fue en dicho momento cuando Le Corbusier, Gropius o Van Doesburg visitaron la Residencia de Estudiantes, difundiendo sus criterios y opiniones, pero conviene no olvidar que dichas visitas apenas influyeron en la realidad arquitectónica de la ciudad.

Es cierto que dichas conferencias tuvieron éxito de público y provocaron revuelo en la prensa escrita: *ABC* ofreció una extensa nota sobre la obra de Le Corbusier; en *Ingeniería y Construcción* se escribió un extenso editorial sobre el mismo; *El Sol* publicó una larga entrevista y Moreno Villa sacó a la luz un amplio comentario. Y muy similar fue el recibimiento de los demás invitados. Sin embargo, conviene no olvidar que muchas de aquellas reflexiones —en concreto, las expuestas por Le Corbusier— fueron rechazadas tanto por Lacasa (quien escribió un artículo titulado “Los falsos axiomas”) como por Rubió i Tudurí, quien desde Barcelona comentaría (“En front de Le Corbusier”) sus opiniones en *La Nova Revista*. Y cuando García Mercadal realizó desde *La Gaceta Literaria* una encuesta entre los arquitectos madrileños en la que preguntaba: “¿Quién cree usted que está en lo cierto: Oud, Poelzig, Le Corbusier, Taut, Dudock, Frank, Hoffmann o Mies?”, la respuesta de Lacasa (“Su lista encierra cualidades bien distintas, pues no es lo mismo Taut, racionalista, que Hoffmann, artista, que Le Corbusier, periodista y charlatán [...]. Hablando de mí [...] respeto el racionalismo y el instinto, el Partenón y los hangares de Orly, el arte intelectual y el popular. Pero sobre todo, admiro a Tessenow, el arquitecto humilde”) fue tan contundente como la de Zuazo cuando, al ser preguntado sobre “¿qué cree que quedará de la arquitectura moderna?”, responde, rotundo: “Creo que los rascacielos. Porque es lo que más semeja a las grandes construcciones técnicas del presente —un crucero—, un trasatlántico. Y a las antiguas: una pirámide, una esfinge, una torre de Babilonia”. Aquel comentario pesó en la ciudad más quizá que algunas imágenes presentadas por los conferenciantes, siendo recogido y comentado por muchos. Porque es sabido que la figura de Secundino Zuazo fue, para aquella generación, referencia indiscutida.

El comentario de Zuazo sobre los rascacielos no era casual: si en Bilbao había planteado la posibilidad de retomar el modelo americano de edificio en altura, en 1926 se estaba dando en Madrid una singular polémica entre quienes entendían que la Gran Vía era una calle estrecha —proponiendo, en consecuencia, ampliar el ancho del tercer tramo, haciéndolo llegar hasta los 35 metros— y quienes pensaban que debía mantenerse el trazado original. Salaberry, por ejemplo, vio inmediatamente cómo la propuesta de ampliar la nueva calle implicaba la posibilidad de construir edificios en altura, a lo que él se oponía alegando razones de tipo higiénico, mientras que Ramón Gómez de la Serna entendía (ingenuamente) que la construcción de rascacielos como el proyectado para Telefónica implicaba abrir en la ciudad una calle “como las existentes en Estados Unidos”, argumento compartido por Eugenio d'Ors al comentar el sinsentido que era la construcción de rascacielos en Roma. La modernidad del rascacielos podría argumentarse, se reflejaba tanto en las referencias al americanismo que llegaba en aquellos momentos en películas como *Metrópolis*, la obra de Lang estrenada entonces en Madrid. Pero Zuazo no debe llevarnos a equívoco: su reivindicación no suponía tanto optar por una tipología identificada con la idea de modernidad como la voluntad de aprovechar las ventajas económicas que tal imagen —tanto en su aprovechamiento del suelo como desde el punto de vista constructivo— posibilitaba.

Hasta 1927 la obra arquitectónica de Zuazo, al margen de sus opiniones sobre los rascacielos, no había destacado de forma especial. Correcta, ni en las casas construidas en la calle de Hermosilla, ni en su propuesta de 1919 para el Círculo de Bellas Artes, ni en la casa de Dr. Esquerdo o en la edificada en Antonio Maura, Zuazo había destacado por la organización de las plantas por él trazadas, por los materiales empleados o por la composición de fachada. Pero, a pesar de ello, conviene tener presente que en 1925 Zuazo ya era un profesional de reconocido prestigio, como lo prueba el hecho de que hubicra sido invitado a participar (junto a Ribera, Peña Boeuf o Vallengano) en la Exposición sobre la Construcción y la Habitación celebrada en dicho año, valorándose en él tanto su capacidad de gestión como su faceta de empresario.

Que Rafael Benjumca, ministro de Obras Públicas en el Gobierno de Primo de Rivera, le nombrase vocal —en representación de los consumidores— en la Junta Interventora de la Industria del Cemento, precisamente cuando se formaliza el Decreto Ley sobre Firms Especiales, refleja hasta qué punto el papel jugado por

Zuazo difería del desempeñado por el simple profesional. Martín Gaité estudió la figura de aquel Benjumea comentando de qué modo la política de Primo de Rivera trató de fomentar una naciente y moderna industria de la construcción, aprobando en este sentido el Decreto de febrero de 1926 sobre Firms Especiales, a partir del cual se fijaba un plazo máximo de cinco años para llevar a término la construcción de cuatro mil kilómetros de carreteras. Zuazo era, pues, para Benjumea una sorprendente síntesis de arquitecto y hombre de negocios, interesado en la industria de la construcción; se entiende, pues, que aquel Zuazo, desde la citada Junta Interventora y establecidos los contactos con las altas finanzas, iniciase poco después su colaboración con el Banco Hispano Colonial de Zaragoza²⁶.

El primer Zuazo, el arquitecto que proyectó los edificios de Hermosilla 35 y 17, y más tarde el de Velázquez 18; el que participó en el Concurso del Círculo de Bellas Artes construyendo después, en 1919 y en Dr. Esquerdo, un bloque de viviendas más allá del límite del ensanche, o el que edificó la casa de Antonio Maura 16, era un urbanista más preocupado por la gestión de la ciudad que por el debate teórico sobre la forma urbana. Hombre de empresa y técnico políticamente independiente, sus intereses estaban tan alejados de los debates intelectuales desarrollados en la Residencia como de los contactos que Sainz de los Terreros, Cort o Gallego —ligados políticamente al primoriverismo— pudieran mantener con Calvo Sotelo. Arquitecto con visión de empresa, tras la invitación de Benjumea de 1926, se adentró en el mundo de las grandes actuaciones promovidas por la banca nacional e internacional y, en poco tiempo, la naturaleza de sus propuestas superó la que fuera su inicial actividad con Mañas. Dejó de ser un arquitecto en busca de promotor (en proyectos de pequeña escala) y, con el respaldo de la banca, afrontó otros más ambiciosos. Y es en este sentido que su arquitectura cambió, abriéndose a una nueva reflexión.

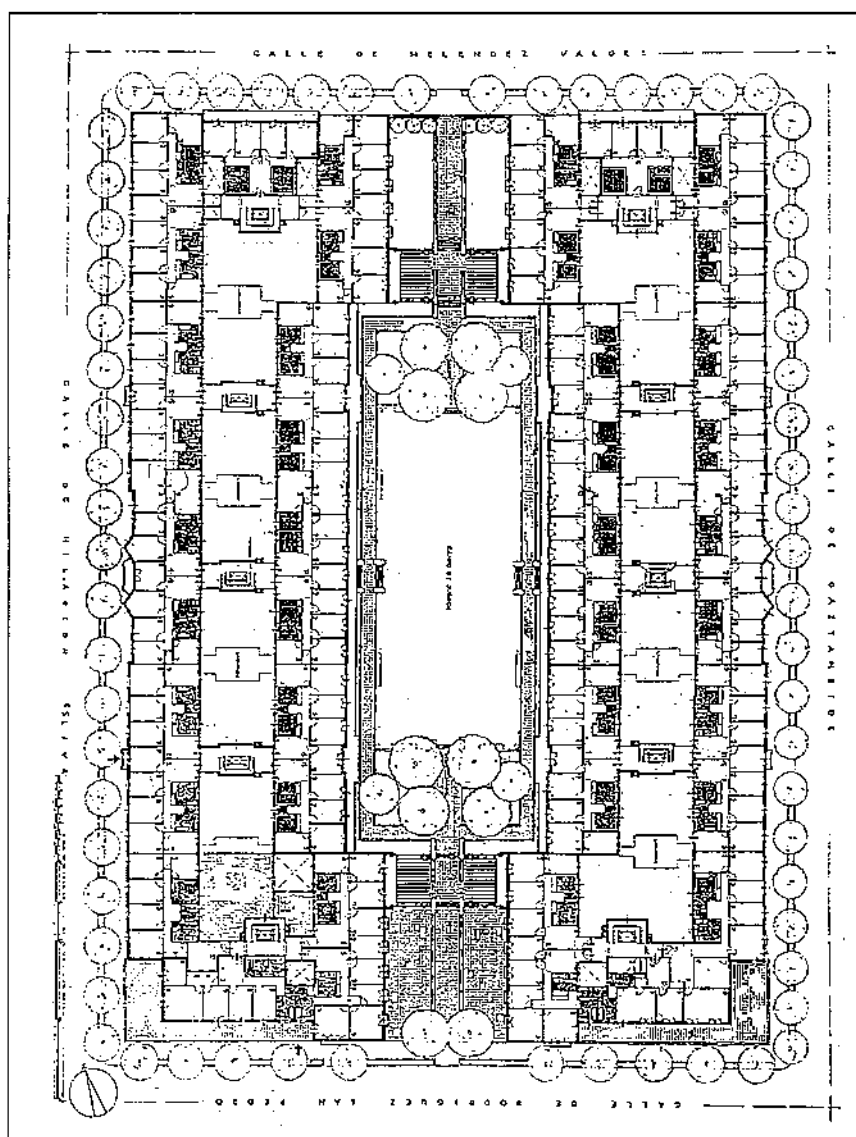
Durante años Zuazo había desarrollado su arquitectura desde referencias conceptuales que apenas variaron en el tiempo. Al iniciar su actividad profesional en El Escorial, preocupado por el sentido de la Historia, aprendió, en el estudio del monasterio, que “la obra queda vinculada a la lógica constructiva”. Contrario a la opción de arquitectura que Otamendi y Palacios habían esbozado en el madrileño edificio de Correos, reclamó, consciente, su independencia frente al recurso retórico, optando por una arquitectura ligada a la tradición; e interesado, como

señalaría, en la arquitectura holandesa que viera en Amsterdam, valoró la construcción concebida con materiales ligados al entorno (básicamente, ladrillo visto) y no con lo que definía como “materiales extranjeros”.

Fueron años en los que, a veces, las imágenes sugeridas no eran coherentes formalmente entre sí: si Bilbao reclamó construir en Ripa edificios en altura de forma similar a como se planteara en Chicago; después, en Zaragoza, al proponer la edificación de casas económicas, propuso disponer éstas entreveradas, evitando la separación de las clases sociales y buscando la convivencia social. Zuazo fue capaz de pasar de los modelos de Chicago a propuestas que identificaba con la arquitectura holandesa y, de ahí, a un modelo que reclamaba como opción ligada a la tradición. Pero fue en los años finales de la década cuando —en la Casa de las Flores, en la solución presentada para viviendas en el madrileño solar de la plaza de Toros o en el conjunto de viviendas que proyecta para Barcelona— rompió con las opciones anteriores, abriendo una nueva línea de reflexión²⁷.

Sin teorizar, citar o mencionar las razones de tal cambio, el primer Zuazo arquitecto —aquel que había recurrido a composiciones próximas a Piacentini— se agota en los años finales de la década, y frente a él aparece otro distinto, un arquitecto que opta tanto por la simplificación en la composición como por una estilización en los recursos que se refleja en el modo de entender las plantas de sus viviendas. Surge un Zuazo más próximo a Schumacher que a Muzio, y el quiebro se refleja en el proyecto que concibe en torno a 1928, cuando recibe de la Compañía Inmobiliaria Española el encargo de proyectar —en el barrio de Argüelles— el bloque de viviendas para alquiler que conocemos como Casa de las Flores. Pero no nos equivoquemos: que el encargo recayese en Zuazo se entiende mejor si sabemos que él mismo era presidente del Consejo de Administración de aquella sociedad. Porque, actuando como arquitecto y como promotor, la construcción de aquel bloque fue, como comenta en el texto, “un ensayo de inversión inmobiliaria [...]”. Desde el principio la financiación estuvo planteada para ayudarse con capital hipotecario a largo plazo. Llevé directamente la gestión con el INP [...] la indecisión motivó que el Consejo de la Compañía acordase aminorar el trabajo e iniciar los despidos”.

Ante la posibilidad de actuar sobre toda una manzana —y buscando el máximo aprovechamiento de la parcela— Zuazo estudió la parcelación de la misma, primero en el casco interior y luego en el ensanche. Vio cómo “la falta de una bue-

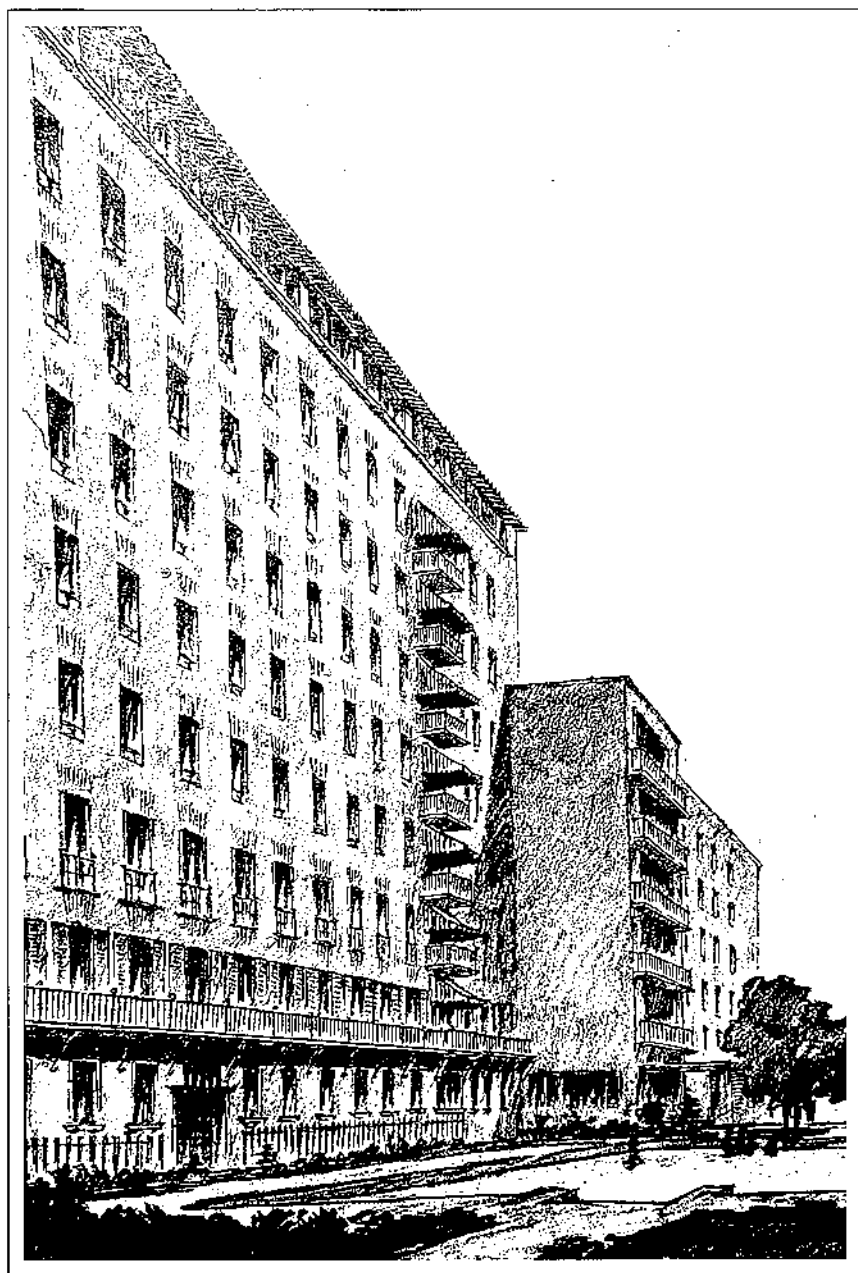


7. Secundino Zuazo. *Casa de las Flores*, planta, Madrid, 1928.

na parcelación, las condiciones especiales del clima de Madrid, las costumbres y la economía mal entendida han hecho imposible aplicar a la capital española la formación de manzanas desarrolladas en la Europa central”. Por ello, destacaría que “las plantas de las casas se hallan con patios de superficie que no permiten la entrada del aire ni de la luz y, consiguientemente, los inconvenientes del vestíbulo oscuro, pasillos desarticulados, largos y faltos de ventilación y distribuciones equivocadas”. Y contrastando las manzanas del ensanche (concebidas en torno a un gran patio central ajardinado, único para toda la parcela, y donde los patios de ventilación se resolvían desde las necesidades de cada uno de los lotes resultantes) con la situación en el centro, apuntaba cómo las primeras “aun siendo defectuosas, resultan incomparablemente más higiénicas y más valoradas económicamente que las del caso anterior”.

En otro momento he señalado —y retomo ahora aquellas ideas²⁸— de qué modo Zuazo, al buscar una alternativa a las viviendas antihigiénicas, sin aire y sin luz del casco histórico o del ensanche, vio casi la imposibilidad de conseguir una correcta distribución en calles estrechas, con masas de edificación muy densas y donde los patios se trataban como espacios residuales. Estudiando la manzana de Castro, valoró la parcela como un todo y no como suma de lotes, lo que le llevó a proponer dos tipos de patios: uno, patio-jardín, abierto a los testers de la parcela y que enlazaba con las soluciones berlinesas de Lassen o Mebes; y el otro, patio-interior, alternativo a aquellos otros con mala aireación y peor iluminación, que debía desarrollarse longitudinalmente en el interior de cada bloque, articulando dos zonas bien distintas en la vivienda: una —dormitorios y sala de estar— con frente al exterior (calle o jardín) y otra —cocina y servicios— vertiendo a dicho patio. De este modo, al establecer dos dobles crujías a ambos lados del espacio ajardinado, convertía casi un tercio de la misma (en una parcela de 9.000 metros) en espacio abierto.

Resuelta la organización de la manzana en torno a los patios —al valorar ésta como un único proyecto y no como suma de partes— el paso inmediato fue optimizar la rentabilidad de la propuesta. Dispuso para ello tres volúmenes distintos a cada lado del patio central y dio ocho alturas al cuerpo con fachada a la zona ajardinada, cuatro alturas al situado en el centro de la crujía paralela al jardín y con fachada a calle (a Hilarión Eslava o a Gaztambide) y seis al resto del conjunto. Pero además, al ser casas destinadas a alquiler, entendió que era necesario ofertar viviendas de

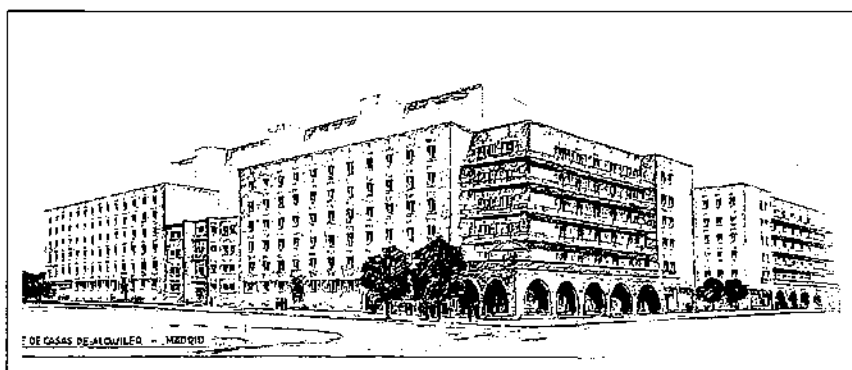


8. Secundino Zuazo. *Casa de las Flores, Madrid, 1928.*

diferentes superficies. Y manteniendo un mismo esquema —las zonas de estar y dormitorios vertían al jardín interior o calle mientras que los servicios daban a los patios interiores— dispuso veintiún tipos de vivienda de distintas superficies —desde un mínimo de 71 metros y un máximo de 115 metros—, que definían dieciocho niveles distintos de renta, en función tanto de la superficie como de que dichas viviendas se orientasen hacia el patio interior o hacia la calle.

Actuar en una parcela rectangular obligaba a jerarquizar el frente estrecho y el largo, en función de factores tan distintos como orientación, proximidad a la calle principal del barrio o situación de los comercios. Valoró, en consecuencia, la fachada sur de manera distinta a como trató las orientadas a levante y poniente; en la primera, dispuso los comercios, retranqueando el testero que daba acceso al jardín, y resaltó la esquina que daba a la calle de Princesa, convirtiéndola en espolón, y dando al proyecto una singular dimensión urbana. Rechazando la gratuidad del gesto, concibió toda la manzana como un gran volumen donde el lenguaje arquitectónico reclamaba el silencio, donde la simplificación eliminó cualquier referencia formal. Por ello enfatizó el cuerpo bajo de esta fachada con cinco grandes arcos abocinados tras los que dispuso los espacios comerciales, uno de los cuales —el café-cervecería *Las Flores*, en la esquina entre Hilarión Eslava y Rodríguez San Pedro— daría nombre al conjunto. Y en la intención de destacar esta fachada del resto del edificio, resaltó el uso del ladrillo en el bajo comercial, disponiendo en cada una de las plantas terrazas corridas que rompían la voluntaria austeridad del frente a Hilarión Eslava o Rodríguez San Pedro al utilizar, de modo excepcional, el perfil metálico²⁹.

Impacta, al recorrer la fachada, la renuncia que el arquitecto hizo del ornato. Si los frentes del jardín interior se trataron con un simple enfoscado, las fachadas a calle se valoraron como paño desnudo con un ladrillo mal cocido, donde sólo las aristas vivas de los huecos rompían la monótona imagen de dicho frente. En un gesto intencionado, Zuazo introdujo, como única ornamentación, las posibilidades mismas del material, jugando con el amplio abanico de opciones que brindaba el aparejo: allí donde trató de favorecer el aislamiento ejecutó los paramentos exteriores combinando las hiladas de soga con hiladas de tizones, y cuando quiso enfatizar los dinteles sobre los huecos de ventanas trató el aparejo a sardinel. Buscando presentar el gran frente de ladrillo como cuerpo único, enmarcó el volumen con una ligera línea de cornisa cuya sombra arrojada definía la línea de cie-



9. Secundino Zuazo. Casa de las Flores, Madrid, 1928.

lo del volumen. La única concesión que hizo en este planteamiento fue en el modo de valorar el acceso correspondiente al cuerpo central: como he señalado, el cuerpo central de esta fachada —cinco núcleos de vivienda, de los cuales únicamente el central y los dos inmediatos se orientaban a la calle— lo compuso con sólo cuatro alturas; el problema fue resolver el paso de cuatro plantas a las seis de los extremos, para lo que organizó, a ambos lados del eje central, dos cuerpos a 45° que avanzaban sobre la alineación de la calle, enfatizando mediante un voladizo el juego de volúmenes.

La opción de jugar con las posibilidades constructivas del ladrillo —las varias opciones que ofreciera el aparejo— recuerda el tratamiento que algunos arquitectos alemanes (Schumacher o Högger) u holandeses (Berlage, Krammer o Klerk) habían dado al material. Cabría, asimismo, destacar cómo la composición de las fachadas a la calle se asemeja —por su dureza— a la fachada escurialense del Jardín de los Frailes que conocía bien. Si ello ocurre en las dos grandes fachadas, en la orientada al sur —donde dispuso cafetería y tiendas— el material recibió un tratamiento bien distinto, diferenciando muro exterior de retallos del muro en esquina de pez. Frente a otras obras contemporáneas, donde la presencia del vidrio o del acero conferían a la obra la categoría de “racional”, Zuazo entendió racionalidad como la sinceridad constructiva que le permitía el material. Y cuando hubo de recurrir al ornato (las dos pérgolas que filtran el acceso al jardín), de nuevo utilizó el ladrillo al organizar unos simples pilares de este material sobre los que dispuso las maderas, en solución similar a las que se habían utilizado en la vienesa *Reumman Hof*.

¿Tuvo la Casa de las Flores antecedentes europeos? La voluntad por encontrar referencias europeas en la arquitectura española de aquellos años demuestra hasta qué punto, y demasiado a menudo, la crítica arquitectónica sólo ha valorado un proyecto cuando determinados detalles compositivos coincidían con propuestas extranjeras. Para Fullaondo, por ejemplo, ciertos temas presentes en la Casa de las Flores (la altura de la edificación; la calle interior valorada como jardín; viviendas con zonas de “estar” orientadas al jardín, o a las calles y áreas de servicio vertiendo a los patios interiores; tiendas y comercios tratados como parte integrante de la idea, valorando su mobiliario y decoración con la singularidad y detalle con la que se tratan las viviendas...) llevaban a identificar a ésta con ejemplos centroeuropeos. Sin negar que los temas señalados fueron comunes a la experiencia vienesa

o a la promovida en Berlín por la GEHAG, convendría destacar que las viviendas de la Casa de las Flores no eran viviendas destinadas a la clase obrera sino que se concibieron para una burguesía capaz de pagar altos alquileres (entre 160 y 315 ptas./mes), fijándose los mismos en función de la superficie de la vivienda y de su orientación. Y frente a las *Hofvienesas* —donde los equipamientos se destinaban a la colectividad de vecinos—, en el bloque proyectado por Zuazo los servicios —colegio, clínica estética, *café*-restaurante o tienda, que diseñó hasta el mínimo detalle— no se concibieron para la comunidad de sus inquilinos sino para la sociedad, para el colectivo ciudadano, al margen de que quienes los disfrutasen viviesen o no en el conjunto.

Interesa comparar las plantas de las viviendas del bloque madrileño tanto con otros ejemplos construidos en aquellos mismos años como con las que, por ejemplo, aparecen en las actas del CIAM celebrado en Frankfurt. Quien coteje estas últimas con la experiencia madrileña advertirá cuán lejos estaban las viviendas de Zuazo de las concebidas por Taut —de la reflexión sobre cómo eliminar los largos distribuidores en el interior de las viviendas— o May, cuando teorizaba sobre las circulaciones en el interior de las mismas. En la España de finales de los años veinte el concepto “vivienda mínima” fue mal entendido por quienes se preocuparon por el tema, y cuando aquel agitador cultural que fuera García Mercadal convocó a su costa, en 1929, un concurso sobre “vivienda mínima”, los proyectos presentados testimoniaran que la forma de entender la cuestión nada tenía que ver con lo que se planteaba en otros países. Por ello, quien compare aquella experiencia con la Casa de las Flores, advertirá el interés que suscita tanto la organización del bloque como la planta de las viviendas, máxime si entendemos que ésta era la primera vez que el arquitecto afrontaba la moderna distribución de una vivienda y que fue éste su primer intento por abandonar los esquemas compositivos asumidos durante casi dos décadas de profesión. Porque, ajeno al debate europeo sobre la vivienda que caracterizó a los CIAM (viviendas con superficie próxima a los 50 metros), en la Casa de las Flores su preocupación fue definir cuál debía ser la vivienda para una burguesía media, asumiendo un papel que ni era el desempeñado por Gutiérrez Soto (viviendas de 400 metros) ni tampoco el jugado por la vanguardia europea de esos años³⁰.

Con aquella propuesta Zuazo abría una reflexión sobre varios frentes: en primer lugar, sobre la organización y distribución de la vivienda; después, planteando el

problema del bloque cerrado o abierto; y por último, sobre la gestión de la ciudad, buscando —coherente con las actuaciones que antes propusiera en Sevilla, Bilbao o Zaragoza— la rentabilidad de la operación. Dichas cuestiones derivaban en otras como, por ejemplo, el aprovechamiento óptimo de la manzana, la definición de los patios, la higiene, el estudio sobre las ordenanzas de volúmenes o el debate sobre bloque abierto-bloque cerrado. Y este quiebro en lo que hasta el momento había sido la problemática de Zuazo, obliga a reflexionar sobre cuál pudo ser la influencia que la arquitectura alemana o austríaca tuvieron en el arquitecto. Se hace necesario estudiar su actividad profesional en los años treinta, a la luz de la experiencia europea, pero se hace igualmente necesario saber quiénes eran entonces sus colaboradores en el estudio. Y sólo tras investigar este aspecto advertimos que, en esas fechas, varios de ellos provenían, precisamente, de aquellos países, conociendo, en consecuencia, aquella experiencia.

Por razones que desconozco, los estudios monográficos hasta ahora publicados sobre Zuazo nunca comentaron esta realidad, temiendo quizá que aceptar la presencia de colaboradores en el estudio pudiera minusvalorar el mérito y grandeza profesional del protagonista. Tratando de reclamar un héroe, desde la pretensión por crear una referencia formal, no sólo se han ocultado datos sino también aspectos fundamentales de la personalidad de Zuazo. Únicamente Fullaondo admitía —superficialmente, y a pesar de conocer el contenido de estas *Memorias*— la presencia de Fleischer en el estudio, sin comentar cuál fue allí su labor, cuánto tiempo duró su colaboración o en qué proyectos intervino, si bien sí fue Fullaondo quien, aunque sólo de pasada, mencionó por primera vez una imprecisa presencia de Mercadal en el citado despacho. Y fue Mercadal quien me comentó personalmente, en torno a 1973 —como luego lo confirmaron Bidagor y Pérez Mínguez—, que su relación con Zuazo, el arquitecto tenido por los jóvenes madrileños como el indiscutible maestro, había superado en mucho lo meramente profesional.

En el Madrid anterior a la guerra dos eran los arquitectos reconocidos como referencia por la joven generación: uno, Leopoldo Torres Balbás, el catedrático de Historia de la Arquitectura próximo en sus planteamientos a la Institución Libre de Enseñanza, difundió, entre los más jóvenes, el valor de la historia y la necesidad de afrontar la arquitectura desde el estudio de la tradición. Erudito historiador de la arquitectura, Torres Balbás fue al mismo tiempo el primer crítico moderno que comentó cuáles eran los problemas de la nueva realidad. Res-

petado intelectual y humanamente, aquel profesor fue referencia intelectual de varias generaciones, y su figura fue valorada hasta su muerte, en la década de los sesenta. El otro maestro de la arquitectura —y cuantos testigos de la época que han querido conversar sobre el tema lo han confirmado— fue Secun, abreviatura cariñosa que Zuazo recibió de los más jóvenes. Se entiende así que el “triumfante” Mercadal, que acababa de volver a Madrid, después de seis años, del periplo europeo que fue su Pensión de Roma —y tras conocer a arquitectos como Le Corbusier, Van Doesburg, Loos, Poelzig o Beherens—, tratase de colaborar con el despacho profesional de mayor prestigio, el de Zuazo, en los proyectos que aquél venía desarrollando. Y fue él quien, al convocarse el Concurso Internacional para la Extensión de Madrid, por petición de Hermann Jansen, catedrático de Urbanismo en la berlinesa Escuela de Charlottenburgo, puso en contacto a Zuazo con el maestro alemán.

“En mi estudio y oficina en esos momentos era numeroso el personal”. A finales de los años veinte y durante la década de los treinta, el estudio de Secundino Zuazo contaba con la presencia, además de García Mercadal, de algunos jóvenes arquitectos españoles, entre los que cabría destacar a Martín Domínguez, Arniches, Ortiz, Pérez Mínguez, Bidagor y Moreno. Junto a Mercadal, arquitecto reconocido y valorado en su momento, Arniches y Domínguez (igualmente respetados profesionalmente) participaron —a tiempo parcial— primero en el diseño de la fachada posterior de los Nuevos Ministerios y, después, en el trazado y ejecución de la estación subterránea de los Nuevos Ministerios, abandonando su colaboración con el estudio al ganar el Concurso del Hipódromo. Hubo otros más jóvenes, como Jacinto Ortiz (muerto en Guerra) o Pérez Mínguez, quien tras permanecer en Berlín durante dos años colaborando con Jansen y recibir de éste la propuesta de formar equipo para trabajar conjuntamente en Latinoamérica —buscando sin duda desbancar a Brunner—, volvió a Madrid e inició su colaboración con Zuazo en el trazado del Plan Comarcal, en marzo de 1934. Otro joven colaborador fue Pedro Bidagor, quien participó en los trabajos para la extensión de Madrid, dándose el caso de que fue él quien, junto a Nuere, quedó a cargo, durante la guerra, del estudio, confiando ingenuamente Zuazo en que, a su vuelta, todo estaría como él lo dejó al tener que partir a París. Junto a éstos, en la nómina del estudio figuraban cuatro delineantes, uno de los cuales, Nuere (el hombre fiel y de confianza de Zuazo) fue quien, en plena Guerra Civil, viajó a Francia para entrevistarse con el arquitecto cuando éste recibió de Prieto el encargo de

Reus³¹. Pero lo que sorprende de aquel estudio es que entre 1930 y 1936 colaboraron no uno, sino un mínimo de cinco arquitectos alemanes, alumnos varios de ellos de Hermann Jansen.

Entre 1928 y 1936 fueron varios los arquitectos alemanes o austríacos que trabajaron en aquel estudio. De todos ellos, sólo el nombre de Michael Fleischer había llegado veladamente hasta nosotros a través de Fullaondo primero y después gracias a Carlos Flores, pero sin que nunca se valorase que durante seis años fue jefe de estudio. Al iniciarse la Guerra Civil marchó a Alemania, siendo nombrado allí jefe de Urbanización de la Oficina Municipal de Colonia; y en 1949, tras la Segunda Guerra Mundial, Fleischer volvió a España, reincorporándose al trabajo del estudio y permaneciendo en el mismo hasta mediada la década de los cincuenta. Frente a la absurda decisión de algunos biógrafos del arquitecto de silenciar la existencia del alemán, conviene destacar que sabíamos de su presencia en Madrid por tres artículos que sacó a la luz en aquellos años: uno, publicado en *Arquitectura* en 1932 (firmado conjuntamente con Jacinto Ortiz, también colaborador en el estudio) sobre el concurso convocado por el Ayuntamiento en el solar de las antiguas caballerizas; un segundo, sobre el mismo concurso, aparecido en *ABC* también en ese año; y el tercero editado en la prestigiosa *Städtebau* (siempre en 1932), que analizaba los proyectos urbanos concebidos en Madrid. Ser jefe de estudio en un despacho profesional como era el de Zuazo refleja no sólo la confianza que el español tuvo en su colaborador, sino también la indudable solvencia profesional del alemán. Y cuál pudo ser el nivel de entendimiento entre ambos lo refleja el que hubieran decidido partir juntos, en julio de 1936, en viaje de estudios a Alemania, teniendo que posponer el mismo al producirse el levantamiento.

Además de Fleischer, desde 1930 y hasta poco antes de iniciarse la Guerra Civil, colaboró también en el estudio un joven alemán apellidado Jansen —sin relación familiar alguna con el berlinés coautor del concurso de 1929—, quien, a su vuelta a Alemania, fue nombrado en 1940 *Hochbauamt* —literalmente “funcionario superior de la construcción”— en Saarbruecken. Colaboró igualmente en el despacho de Zuazo situado en la plaza de la Independencia el arquitecto austríaco Edgar Tritthart, personaje de singular perfil: miembro del NSDAP, su permanencia en España fue sorprendente por cuanto que —por conversaciones mantenidas con protagonistas de la época— sabemos que fue uno de los contactos/enlaces políti-

co-profesionales de José Antonio Primo de Rivera, reclamándose incluso amigo personal, y del vasco José Manuel Aizpurua, el arquitecto del Náutico de San Sebastián, socio de Labayen, miembro del Grupo Norte del GATEPAC y, paralelamente, jefe provincial de Falange. Poco antes de iniciarse la guerra, Tritthart regresó a Austria —por indicación de la Embajada—, siendo nombrado arquitecto municipal de Magdeburgo. Y junto a los tres citados, en 1931 aparecía en el estudio Ewald Liedecke —nombrado, en 1940, jefe de la oficina del *Landesplanung* de Prusia oriental—, de clara formación urbanista —a diferencia de Fleischer, más arquitecto— y que intervendría en los proyectos para el extrarradio de Madrid, así como en las propuestas de reforma interior presentadas en esos años³².

Sorprende que en el estudio de Zuazo llegaran a coincidir hasta cuatro arquitectos extranjeros, todos ellos germánicos y ningún otro de cualquier otra nacionalidad. Extraña, por ejemplo, que de creer Zuazo que los extranjeros tenían un conocimiento superior de la arquitectura o del urbanismo no hubiera ningún inglés. ¿Cómo se explica, en este sentido, que las únicas referencias extranjeras fueran alemanes? Entiendo que la respuesta viene condicionada por la vocación intelectual que en aquellos años vivía Madrid. Sabemos, en efecto, que la cultura madrileña del momento gravitaba —como consecuencia de la influencia de Ortega— en torno al mundo alemán, mientras que la referencia catalana —potenciada por D'Ors— reclamaba una mediterraneidad definida desde la presencia francesa o desde la influencia italiana. Entre 1927 y 1929 —en apenas dos años— no sólo Gropius, Poelzig, Stübben, Bünz, Bonatz o Jansen vinieron a Madrid para dictar charlas o participar en proyectos, sino que fueron numerosos los artículos aparecidos en revistas especializadas madrileñas en los que se describía la experiencia alemana o austríaca. Taut, Hegemann, Behne, Schumacher, Hilberseimer, Gropius, Paul Linder o May, por citar sólo algunos nombres, publicaron con frecuencia sus opiniones y sus reflexiones sobre qué debía ser la arquitectura. Y prueba no sólo de la existencia de la arquitectura alemana entre los madrileños sino de su influencia, es el dato que aparece en dos de las contraportadas de *Moderne Bauformen*: comentando el número de suscripciones que los países europeos mantenían, en 1931 y 1933, con la revista, se dan las siguientes cifras: frente a las 315 suscripciones que en 1931 tenía en Francia —que en 1933 pasaron a ser 385— o las 60 revistas recibidas en 1931 en Inglaterra —y que en 1933 disminuyeron, quedando en 56—, en la España de 1931 se recibieron 170 revistas, aumentando su número en sólo dos años hasta las 431. Más allá de la anécdota —y teniendo

en cuenta que el número de arquitectos que había en España no era muy superior al de suscripciones recibidas en 1933— cabe pensar que muchas de éstas se recibiesen en oficinas oficiales, Ayuntamientos o bibliotecas, difundiéndose el saber urbanístico retomado por Besteiro en el municipio o por Lacasa o Pérez Minguez al difundir la berlinesa política desarrollada por la GEHGA, dando a conocer la labor de Martin Wagner como *Stadtbaurat* —“consejero en la construcción de la ciudad” o, en términos españoles, gerente municipal de Urbanismo— de Berlín.

Frente a una intelectualidad catalana de formación francófona, donde el proyecto de Mies van der Rohe para la Exposición de 1929 fue un hecho aislado (aunque sería injusto desconocer tanto los esfuerzos de Giralt Casadesús por difundir —desde la *Revista del Cuerpo de Arquitectos Municipales de España*— la cultura urbanística alemana como el hecho, inédito hasta el momento, de que Beherens visitó Barcelona respondiendo a la invitación de un grupo industrial que le pidió proyectar, en el Puerto, un edificio industrial), entiendo que la cultura alemana se hizo sentir, fundamentalmente, en Madrid. Que las conferencias dictadas en la Residencia de Estudiantes por los arquitectos alemanes tuvieron éxito de público y crítica, lo prueba la voluntad de aquel Gobierno de construir en Madrid un Instituto Alemán, ofreciéndose desinteresadamente Mendelshon, tras su visita, a trazar los planos. Y la sombra del saber alemán se difundió tanto a través de los citados —los que optaron por el sentido de la Nueva Objetividad— como a través de la vieja generación de urbanistas guillerminos.

Tanto en el Concurso para el desarrollo urbanístico de Bilbao como luego en los celebrados para Burgos, Ceuta o Madrid participaron March, Stübben, Brix, Jansen o Bünz, aquellos que antes de la Gran Guerra fueran los grandes maestros del urbanismo alemán. Tras el acceso al poder de los jóvenes y al quedar desplazados de los órganos de decisión municipal por la generación de los Taut, Gropius, Wagner o May, los viejos maestros guillerminos tuvieron que buscar un nuevo espacio que no viviese la inflación que en aquellos momentos padecía Alemania y donde poder desarrollar su saber; conscientes de los problemas que suponía volcarse masivamente en Turquía, Chile o Colombia, algunos “descubrieron” una España ignorada hasta el momento —de la que sólo tenían noticias por el trabajo de Jürgens— y que vivía momentos de una cierta bonanza económica. Por razones exclusivamente de orden económico participaron en los concursos para Sevilla,

Bilbao o Madrid, y la presencia de Stübben, Jansen o Czequeliuss —unidos a los nombres de Fernández Quintanilla, Bastida, Bellido, Zuazo o Balbuena— fue, desde ese momento, frecuente en el ambiente urbanístico español.

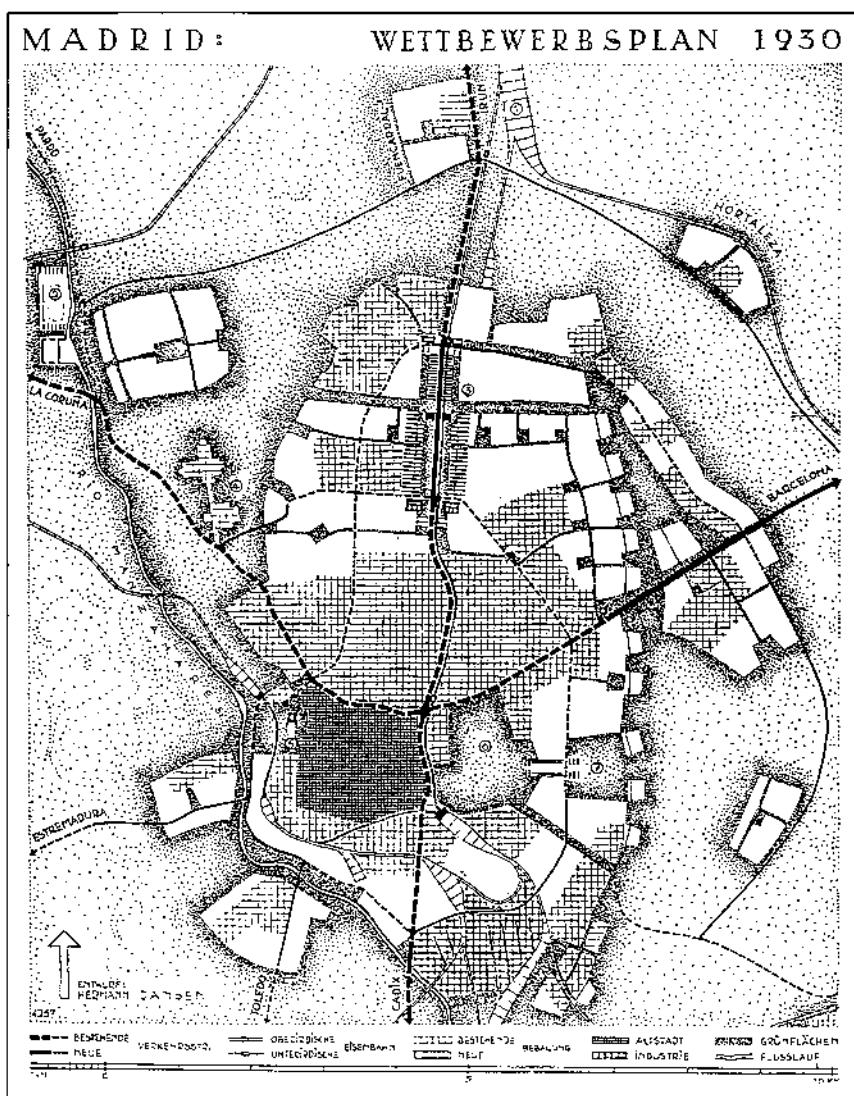
Como reflejo de esta presencia intelectual, fueron muchos los jóvenes titulados que pidieron a la Junta de Ampliación de Estudios ayudas para viajar al extranjero y formarse junto a grandes maestros. Al estudiar aquellas solicitudes (trabajo realizado por Salvador Guerrero) se evidencia que la casi totalidad de los arquitectos madrileños que solicitaron tal ayuda intentaban viajar a Alemania, mientras que quienes quisieron marchar a Francia se habían formado en la Escuela de Barcelona. Así, en la década de los treinta marcharon a Alemania Prieto Moreno, José Luis Garma, Pérez Mínguez, Navarro Borrás, Sáenz de Pipaón, Bello Goldoni y Rodríguez Ordás. Si, en los años posteriores a la Gran Guerra, Lacasa, García Mercadal o Colás se habían formado participando en experiencias tales como la reconstrucción de Dresde (con Paul Wolf), en Berlín colaborando con Jansen o asistiendo a la recién creada escuela del Bauhaus, una década más tarde los jóvenes arquitectos estaban interesados en conocer y comprender hasta qué punto la idea lanzada por Behne ("la Nueva Objetividad es la fantasía que trabaja con exactitud") suponía rechazar el gesto de una nueva arquitectura.

De todos ellos, entiendo que Luis Pérez Mínguez y Rodríguez Ordás fueron quienes mejor aprovecharon su estancia en Alemania. Alumno el primero de Jansen en la Escuela de Charlotemburgo, participó después en el seminario que Max Taut llevaba a cabo estudiando las tipologías de vivienda y colaboró, por último, con Martin Wagner en el Ayuntamiento de Berlín. Que Pérez Mínguez aprovechó aquellas enseñanzas y que supo atraer la atención de los alemanes lo prueba la oferta que le hiciera Jansen, invitándole a formar juntos equipo y a intervenir en los proyectos urbanos que pretendía desarrollar en Chile. Convien, sin embargo, no olvidar que la Alemania de 1933 no era ya la Alemania de la República de Weimar: tras el fatídico 9 de noviembre de 1932 —y a pesar que, en Berlín, el KPD y el SPD tuvieran amplia mayoría absoluta, frente al NSDAP— el gobierno nacionalsocialista impuso una nueva realidad. Como consecuencia, fueron muchos los jóvenes pertenecientes a la vanguardia de los años veinte que tuvieron que marchar al exilio y, paralelamente, aquello tuvo como resultado el sorprendente retorno a la escena urbanística de viejos maestros, ahora partidarios del nuevo Régimen. Lo sorprendente entonces es que quienes entraron a co-

laborar en el estudio de Zuazo –de marcado carácter liberal e independiente políticamente– no fueron quienes tuvieron que marchar al exilio sino, por el contrario, los alevines ideológicos de los viejos –ahora nuevos– maestros de la Alemania de Hitler.

En todo aquel proceso, quien facilitó el contacto entre alemanes y madrileños fue Fernando García Mercadal. Durante su estancia en Berlín, en 1925, Mercadal había colaborado con Poelzig, al tiempo que había establecido sólidas relaciones con los profesores de la Escuela de Urbanismo de Charlotemburgo. Fue él quien posibilitó la participación de Stübben en el Concurso de Bilbao, animándole igualmente a concursar en el convocado para el ensanche para Sevilla; por ello, cuando en 1928 el Ayuntamiento de Madrid convocó el Concurso Internacional, a nadie le extrañó que Jansen se interesase por el tema. Se pretendía, tras el fracaso de los planes para la ordenación del extrarradio de 1909, 1914 o 1926, dar solución a la reforma interior de la capital, al tiempo que se intentaba planificar su extensión. Se pretendía marcar las pautas de un desarrollo urbano en el que la política de vivienda quedara ligada a la solución presentada para la ciudad. Por ello, a nadie sorprendió que Jansen le pidiese a Mercadal (un Mercadal, recordémoslo, secretario de Redacción de *Arquitectura*, donde había publicado algunos trabajos del alemán sobre problemas urbanos) el contacto con algún técnico español de reconocido prestigio para formar equipo; y tampoco extrañó a nadie que Mercadal se dirigiese a Zuazo proponiéndole el contacto con el alemán, para formar equipo y presentar conjuntamente una solución al concurso.

En desacuerdo con las bases del concurso, Zuazo –pese a estar preocupado (e interesado) en la ordenación de la ciudad– se había declarado reticente a participar en el mismo. Cuando Mercadal le transmitió el deseo de Jansen, Zuazo conocía la solución ganadora del Concurso Internacional de 1910 para el “Gran Berlín”, mientras que Jansen desconocía la obra de Zuazo. El perfil profesional de Jansen era bien distinto al de Zuazo: discípulo de Henrici en Aquisgrán, había formado parte del grupo constituido por Brix, Eberstadt, Baumeister, Goeckes, Fischer o Stübben, aquellos que en los primeros años del siglo esbozaron las bases de la nueva ciencia urbana. Tras ganar en 1910 el concurso del “Gran Berlín” –y ser nombrado “consejero para la construcción de la ciudad”–, trabajó en los planes de ordenación de diferentes barrios berlineses (Tiergarten, Tegel, Zehlendorf o Wedding), alcanzando renombre fuera de Alemania al realizar proyectos para Praga,



10. Hermann Jansen. Estudio para la ordenación de la Extensión de Madrid. Plano original de la Plansammlung del Kunstwissenschaft Institut de la T.U. de Berlin, 1929.

Ankara o Estocolmo; además, el hecho de haber sido editor —entre 1904 y 1929— de la revista *Der Baumeister* le permitió conocer en detalle los debates sobre la ciudad alemana de aquellos años. Lejos de ser un arquitecto anclado en éxitos anteriores a la Gran Guerra, en los momentos en los que trataba de formar equipo con Zuazo, desarrollaba una singular actividad profesional: en 1927 había presentado cuatro propuestas para ciudades-jardines en Promedia, otro también para una ciudad-jardín en el berlinés barrio de Treptow y otro más para una *siedlung* en Schles-ten; en 1928 trazó distintos planes de ciudades-jardín, y en 1930 propuso la reforma interior del núcleo histórico de Münster. En todos ellos demostró su saber hacer como diseñador, del mismo modo que probó su capacidad para resolver problemas de zonificación y al igual que había dejado clara —como *Stadtbaurat* de Berlín— su capacidad de gestión y análisis frente a los problemas que pudiesen derivarse de una propuesta a gran escala.

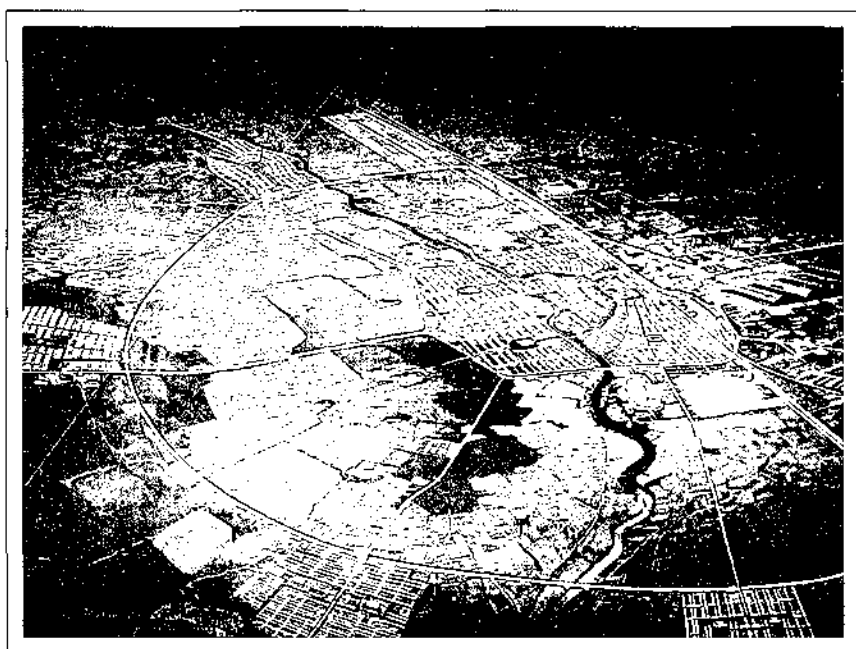
En aquel equipo Jansen era quien dominaba las claves de la disciplina y los recursos del diseño y del oficio, mientras que Zuazo conocía urbanísticamente la ciudad y sus problemas, y poseía las claves para llevarla a cabo, estableciendo los mecanismos de la gestión. Consciente de la situación de Madrid y de las polémicas y tensiones existentes entre los propios técnicos municipales (“Madrid se hallaba sin rumbo de crecimiento”), señala en las *Memorias*: “Cuando se anunció el Concurso internacional solicitando trabajos urbanísticos, no pensé concurrir”. Conocedor de los puntos débiles de las propuestas de Núñez Granés o de las contradicciones existentes en las trazadas por Casuso y Salaberry, opinaba que, hasta entonces, ningún proyecto se había trazado desde la razón de una economía urbana. Y consciente de que el Plan precisaba concebirse como medio regulador capaz de posibilitar la transformación y el crecimiento, él mismo debía ser capaz de restablecer la confianza de los grupos financieros que intervinieran en la ejecución de los trabajos: “En este sentido, la visión realista de la situación me condujo a estudiar conjuntamente el problema”.

Los participantes al concurso contaron con una excepcional documentación (la *Información sobre la Ciudad*, elaborada por un equipo dirigido por Fernández Quintanilla) donde, tras analizar el desarrollo histórico y la topografía —las características de tráfico, las condiciones de higiene, el hacinamiento y la falta de vivienda o la distribución de comercios—, se recomendaba la conveniencia de organizar el desarrollo de un eje Norte-Sur que enlazara el entorno de Chamartín

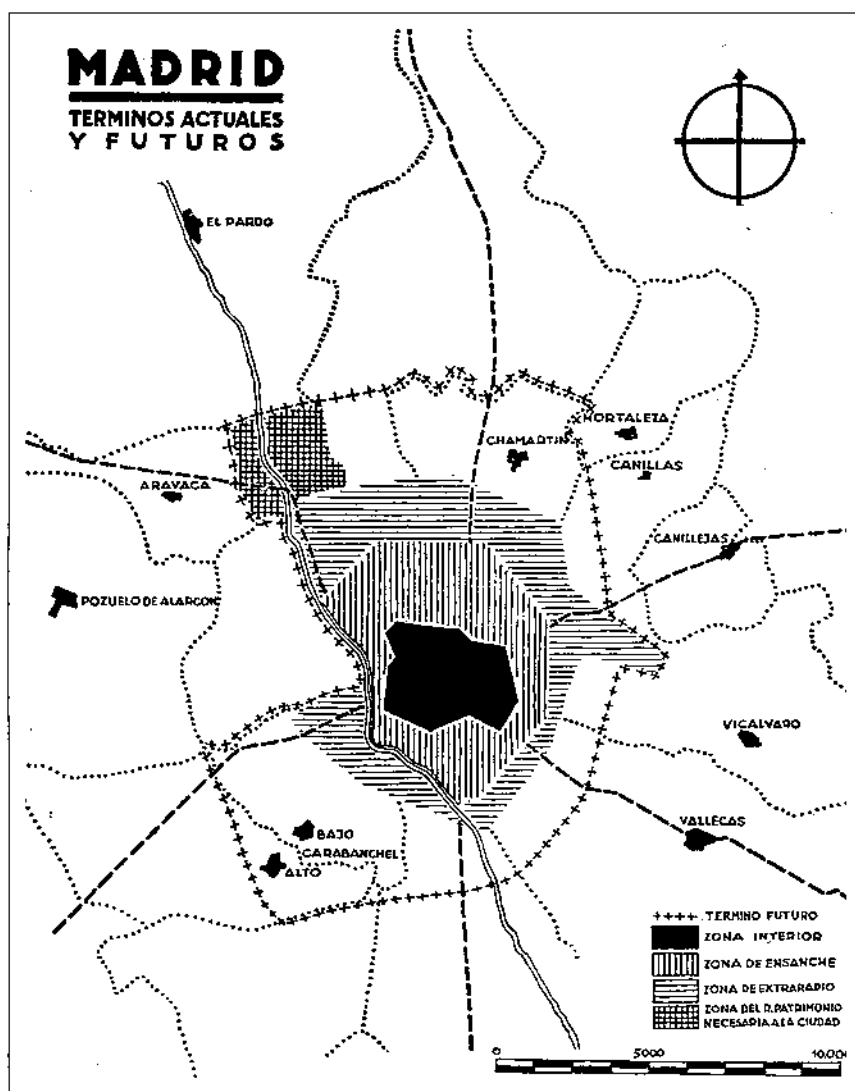
con las inmediaciones del río. Y tras poner de relieve que una de las cuestiones prioritarias para Madrid era dar solución a los enlaces y a la red ferroviaria, el trazado de un ferrocarril de circunvalación se convertía en tema fundamental para la posterior formulación de un plan comarcal.

Al concurso se presentaron doce trabajos —algunos alemanes y franceses— de los que no tenemos noticias, entre los que se encontraban tres que eran fruto de colaboraciones entre técnicos españoles y extranjeros, si bien nada sabemos de los criterios con los que se configuraron dichos equipos. Justificando el incumplimiento de las bases, el jurado declaró desierto el primer premio, a pesar de que en acta destacara el trabajo presentado por Zuazo y Jansen por encima de las restantes ideas y explicara que el premio no les era concedido al no haber afrontado algunas de las cuestiones técnicas planteadas en las bases. Lejos de ser un simple documento administrativo, aquella acta se convirtió en referencia obligada de cuantos, desde ese momento, decidieron afrontar el problema, y ello por las “recomendaciones” que Paul Bonatz formulara sobre el tema. Bonatz, el arquitecto extranjero miembro del jurado, publicó al poco tiempo en *Architectura* la necesidad de asumir las directrices marcadas como punto de futuras actuaciones. Y, a partir de este momento, el nombre del alemán se hace familiar para los estudiosos de la extensión de Madrid; lo que nunca se ha señalado, sin embargo, es ni quién era tal arquitecto ni cuáles fueron sus posteriores contactos (su posterior influencia) en la realidad urbanística de la ciudad.

En torno a 1910 Paul Bonatz había construido, en Stuttgart, la excepcional estación de ferrocarril. Importante tanto por recurrir —en un edificio de carácter representativo— a una distribución asimétrica de los volúmenes, al estilizar y simplificar los elementos formales, como al componer con volúmenes claros, el conjunto se concibió como un quiebro conceptual frente a los esquemas beauxartianos mantenidos hasta el momento. Colaborador, junto con Bestelmeyer, Fischer, Frick y Kreis, del primer *Werkbund* alemán y defensor de la idea de la Mitteleuropa, en 1916 participó en el concurso para la Casa de la Amistad en Constantinopla, en el que también tomaron parte Bruno Paul, Behrens, Poelzig, Gropius, Riemerschmidt y Taut. Al terminar la guerra ingresó en el SPD, abandonando sólo un año después el partido y, dando un giro fundamental en su planteamiento, formó —junto con Schultze-Naumburg, Bestelmeyer, Schmitthenner— el grupo de arquitectos conservadores *Der Nationaler Block* que, retomando



11. Secundino Zuazo y Hermann Jansen.
Concurso de 1929, propuesta de núcleos satélites.



13. Secundino Zuazo y Hermann Jansen. Concurso de 1929, ordenación de la Extensión de Madrid, propuesta de términos actuales y futuros.

la idea expresada por Moller van der Bruck, reflexionaron sobre el “estilo prusiano”, ofreciendo una nueva visión del regionalismo. Protagonista (junto con él Schmitthenner, que poco antes construyera la berlinesa ciudad-jardín Staaken) de la denominada Escuela de Stuttgart, Bonatz había enviado a Madrid al ya citado Michael Fleischer —uno de sus más destacados alumnos— a trabajar al estudio de Zuazo. Entiendo, en consecuencia, que su presencia en el jurado no fue casual, por cuanto que sus esquemas y soluciones interesaban tanto a quienes, como Lacasa o Sánchez Arcas, reclamaban la simplificación de los volúmenes, como a aquellos que, como Fernández Balbuena, Torres Balbás o Quintanilla, pedían una nueva interpretación de la arquitectura regional³³. Tras la Guerra Civil, al haber sido fundador del grupo en torno al cual se organizó el saber técnico del nacionalsocialismo (aquella “revolución conservadora” que cantaran tanto Jürgens como Van der Bruck), fue varias veces invitado a visitar Madrid, hasta que en 1944 optó por exilarse a Turquía. Vino, en 1941, acompañando a Speer y a March, con motivo de la inauguración de la exposición sobre arquitectura alemana, y según comentara años después Gutiérrez Soto, él fue el autor de la fachada monumental del Ministerio del Aire; en 1942 publicaría un trabajo titulado *Tradición y modernismo*, siendo objeto de atención y estudio por parte del joven Chueca Goitia, y en 1944 fue invitado, junto al presidente del Comité para la Ordenación del Gran Londres y el francés Daniel Bouttet (vicepresidente del comité encargado de la reconstrucción de Francia) a opinar sobre el Plan de Madrid trazado por Bidagor³⁴.

Que Bonatz glosara el proyecto de Zuazo-Jansen ayudó a que la propuesta fuera aplaudida por todos, si bien la duda se plantea cuando intentamos comprender cuál fue la contribución de cada uno a la idea, porque desde ridículas actitudes chovinistas los historiadores alemanes han llegado a ignorar la existencia misma de Zuazo y, en chovinista contrapartida, algunos españoles han ignorado el papel que pudo desempeñar el alemán. Incluso, podemos añadir, se ha ocultado el hecho de que Jansen realizó, cuanto menos, dos viajes a Madrid —uno, para ver *in situ* la realidad de la ciudad; y el otro, para recibir el premio—, del mismo modo que tampoco los dibujos —los vegetales— que Jansen envió desde Berlín a Zuazo han sido reseñados o comentados en las exposiciones o monografías realizadas sobre el arquitecto. Nunca precisó Mercadal ni cómo se desarrolló la colaboración entre ambos ni cuál fue la aportación del alemán o el papel desempeñado por Zuazo. Sobre el primer viaje de Jansen a Madrid sólo tenemos el comentario que ofre-

ce Zuazo en sus *Memorias*, y el único dato que conozco del segundo viaje es la breve nota –de 1931– aparecida en *La Vanguardia* de Barcelona. Pero la cuestión clave sería conocer por qué se interrumpió la colaboración y por qué Zuazo decidió seguir, solo, con el tema. Cuál pudo ser la aportación de cada uno es casi imposible de saber: no parece creíble que Jansen se tomase tantas molestias –pedir un interlocutor español y viajar a Madrid para conocer *in situ* la realidad de la ciudad– para luego marginarse, sin aportar idea alguna, permitiendo en cambio que su nombre fuese utilizado. Pero extraña igualmente que Zuazo –remiso en un principio a concursar– cargase con todo el trabajo asumiendo compartir autoría con Jansen.

Las bases del concurso planteaban, como idea fundamental, valorar el eje Castellana en cuanto esquema vertebrador del crecimiento. Aceptado esto, los concursantes debían dar respuesta tanto a la disposición y localización de los núcleos satélites como definir un esquema general de reforma interior. Ambos temas eran, para Zuazo y Jansen, bien conocidos, y los dos tenían una larga y dilatada experiencia en cómo afrontar los mismos, si bien de características distintas. Por ello, cuando el alemán propuso, para la ampliación de Castellana, disponer bloques paralelos en barra, de distintas alturas –y para diferentes clases sociales–, la opción inicial de Zuazo fue recurrir a la manzana cerrada que había ensayado en la Casa de las Flores, optando por el bloque cerrado. Y entiendo que sólo tras conversaciones con Jansen, o quizá con Ewald Liedecke, por cuanto que Fleischer era más arquitecto que urbanista, aceptó cambiar a un modelo que, por otra parte, había sido utilizado por él mismo en sus propuestas para Zaragoza y Sevilla.

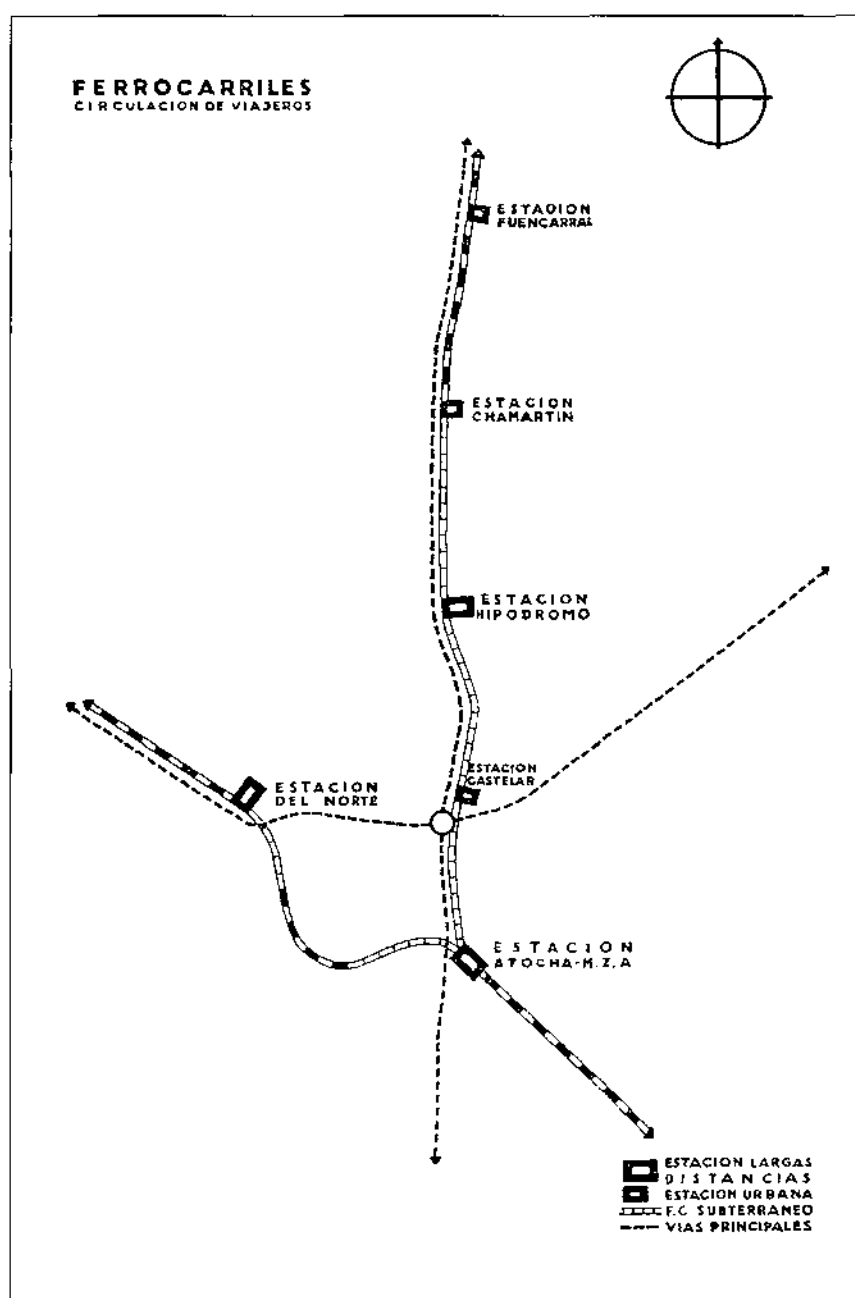
Ambos partían de una práctica más que singular y ambos eran considerados primeras autoridades en sus respectivos países, pero los dos reivindicaron, a lo largo de su vida, la autoría del proyecto de Madrid. Para conocer cuál fue la aportación de Zuazo al proyecto y cuál la de Jansen, sólo caben dos vías: una deductiva, contrastando el trabajo presentado con los trabajos que uno u otro habían previamente desarrollado; mientras que la otra opción consistiría en investigar, en los archivos de Zuazo y Jansen, la documentación existente. Desgraciadamente el libre acceso al fondo Zuazo depositado en la Biblioteca Nacional de Madrid resulta hoy –para la mayoría de estudiosos– imposible de realizar, siendo irónicamente más fácil trabajar con la documentación y planos de la *Plansammlung* dependiente del *Kunstwissenschaft Institut* de la Escuela de Arquitectura en la TU de Berlín.

Gracias al testimonio de Zuazo sabemos que Jansen viajó a Madrid para discutir su participación en el concurso, y juntos recorrieron no sólo la ciudad sino sus alrededores, visitando detalladamente el norte del extrarradio.

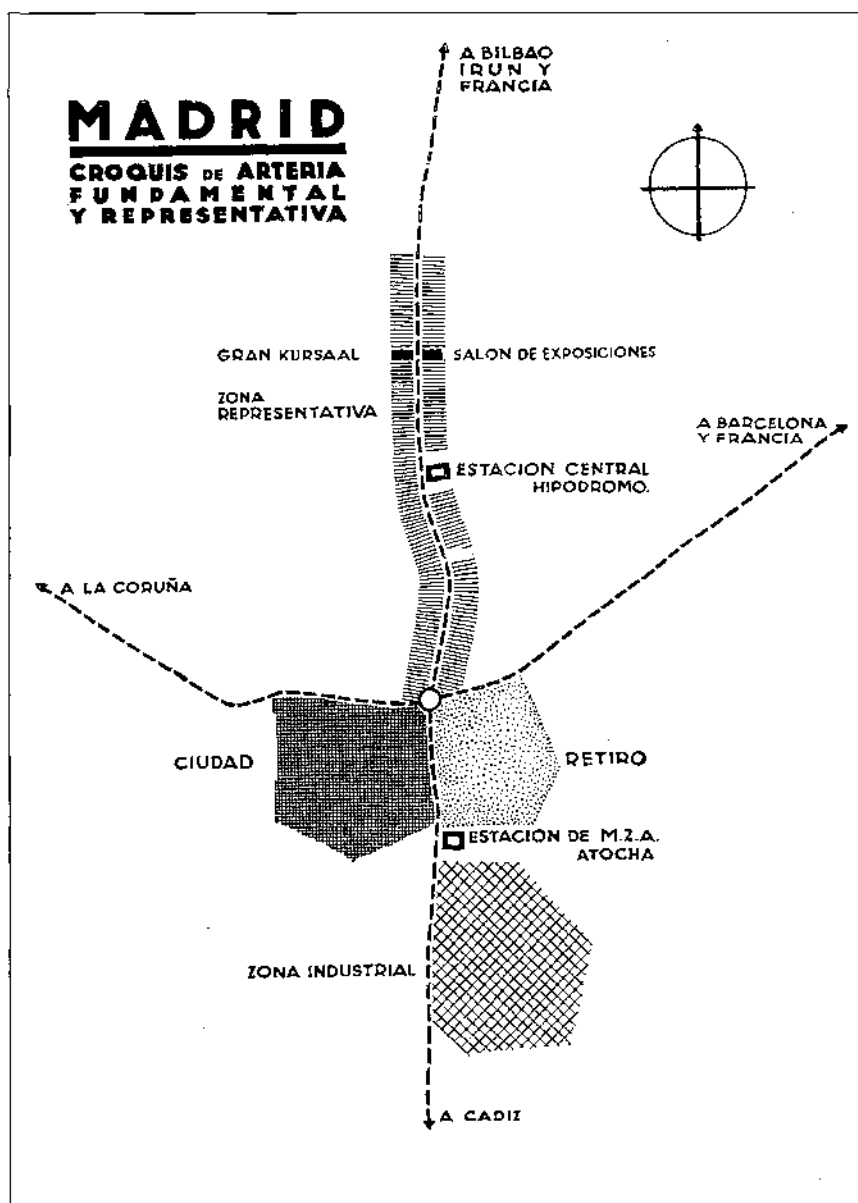
Conocedor de la idea lanzada por Primo de Rivera sobre la conveniencia de trasladar el Hipódromo a otro lugar³⁵, Zuazo explicó a Jansen que la solución no debía plantearse desde el diseño urbano, sino que era necesario fijar antes unas directrices claras sobre la política de suelo a desarrollar. Éste fue, en mi opinión, el reparto de funciones: Zuazo aportó las líneas básicas de intervención, estudió su financiación, fijó los tiempos en la ejecución, concretó superficies, presupuestó gastos y calculó ingresos. Y fue él —que desde años antes venía estudiando cuál debía ser la infraestructura del nuevo Madrid, cuáles los problemas derivados de la nueva red ferroviaria, cuáles eran las estructuras viarias necesarias y cuál la zonificación del entorno de la ciudad— el que trazó el esquema general de una idea que pasó a Jansen, quien la matizó, dibujó y dio forma definitiva.

Gracias al apoyo recibido del *Kunstwissenschaft Institut* de la Escuela de Arquitectura en la TU de Berlín (a quien agradezco la ayuda prestada) he localizado en su *Plansammlung* una colección de planos originales de Jansen entre los que figuran cuatro de excepcional importancia: el primero, firmado por el arquitecto en 1930, corresponde a la solución que el alemán diera para la zonificación de Madrid. Aparecen ubicados, en el plano, los nuevos núcleos industriales y las zonas destinadas a vivienda. Al tiempo, se propone un cambio en la valoración del viario, señalándose tanto las calles que era necesario potenciar como trazándose nuevas calles y, por último, se detalla dónde disponer las nuevas zonas verdes, fijando la relación que en su opinión era necesario establecer entre los nuevos núcleos satélites y el ferrocarril de circunvalación. La idea de Jansen se basaba en la existencia de un cinturón verde que limitase la futura expansión de la ciudad, estableciendo una relación entre metrópoli y extrarradio similar a la que había planteado en el Concurso de Berlín de 1910.

Diferenciando el verde privado del verde público, sugería construir ciudades-jardín o suburbios-jardín en el frente este de la ciudad. Concebía además el eje Castellana con bloques abiertos de distinta altura no destinados a la vivienda y sí —idea que luego retomará Bidagor en su trazado de Castellana— para *Regierungsviertel* o barrio representativo gubernamental. Entiendo que la importancia



15. Secundino Zuazo y Hermann Jansen. Concurso de 1929, ordenación de la Extensión de Madrid, ferrocarriles, circulación de viajeros.



16. Secundino Zuazo y Hermann Jansen. Concurso de 1929, ordenación de la Extensión de Madrid, croquis de la arteria fundamental.

de la propuesta es más que significativa: frente a las reiteradamente expuestas en 1909, 1914, 1923 o 1926, la ciudad se valora ahora desde la extensión, definiendo cuñas de crecimiento que, desde el Manzanares, avanzan hacia Carabanchel y Villaverde, disponiendo un eje industrial que —valorado casi como ciudad lineal industrial— organiza y reorienta la ubicación de la industria madrileña, del mismo modo que se esboza otra desde la carretera de Aragón y en dirección a Barajas y San Fernando de Henares, además de aquellas en las que se disponen los núcleos satélites destinados a viviendas. El plano de Jansen que se encuentra en la *Plansammlung* (como, de hecho, lo son también los otros tres) es un vegetal (éste, de apenas 40 x 40 cm), copia sin duda del original que se remitió a Madrid para que, en el estudio de Zuazo, se estudiase, se modificase, caso de ser necesario y, finalmente, se presentase al Ayuntamiento junto con el resto de los documentos.

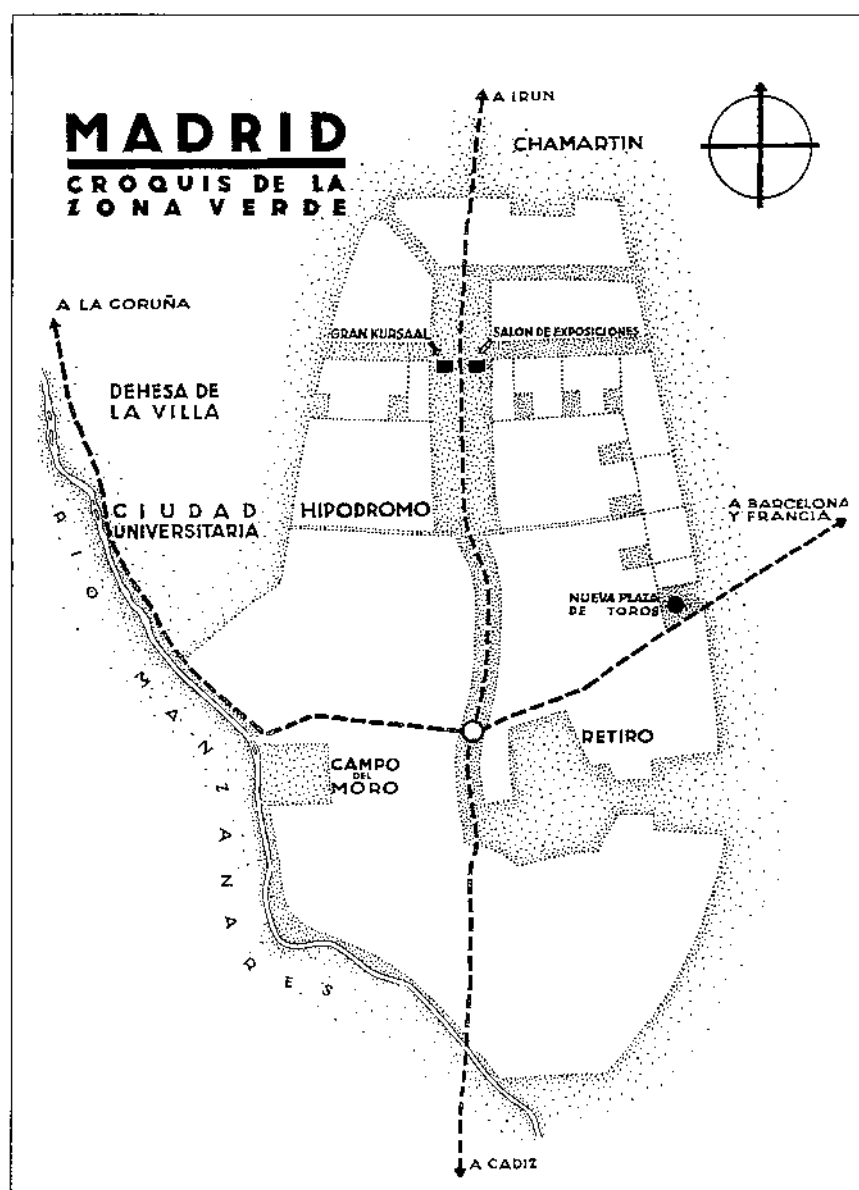
El segundo plano de la *Plansammlung* baja la escala y propone dos tipos de actuación bien distintos: por una parte fija, numerándolos, los siete grandes proyectos que la propuesta presentó como prioritarios en la transformación de la ciudad: el primero sería la Estación de Chamartín; el segundo, un Hipódromo y Baños populares en las inmediaciones de Puerta de Hierro; un tercero, la reordenación del eje Castellana mediante bloques en altura, dispuestos paralelamente; un cuarto, la reestructuración de la zona de la Universitaria; después, la reforma del entorno del Palacio Real; en sexto lugar, la modificación del área del Retiro y la definición en las inmediaciones de lo que era la Estación de Arganda —hoy, la “Torre del Retiro” de Gutiérrez Soto— de una zona indefinida que se quería verde y donde se proponía construir un área dotacional de ocio y deportes (que se denominaba Gran Campo de Deportes en el Abroñigal) similar a la también definida, en séptimo lugar, en el noroeste de la ciudad. Junto a estas siete operaciones puntuales aparecían además, en dicho plano, cinco operaciones urbanas cuyo resultado hubiera debido cambiar la imagen de Madrid, al enfatizar el eje Norte-Sur; definía igualmente un grupo de ciudades-jardín en la Dehesa de la Villa, paseo de Extremadura y barrio de la Estrella; llevaba la trama del ensanche hasta Prosperidad; establecía un eje Oeste-Este que desde la carretera de La Coruña —y tras pasar por Princesa, Gran Vía, O'Donnell y Manuel Becerra— llegase (por la antigua carretera de Aragón) a Canillejas, y desde allí alcanzar la salida hacia Barcelona, y, por último, concebía en las inmediaciones de Pacífico un nuevo viario y un nuevo sistema de parques, fijando —mediante un conjunto de edificaciones— el límite

de Madrid en su frente este. Sorprendentemente, este plano no fue publicado en la Memoria presentada, y llegar a comprender por qué fue rechazado por Zuazo ayudaría a entender cuál era la capacidad de decisión del español frente a las propuestas del alemán.

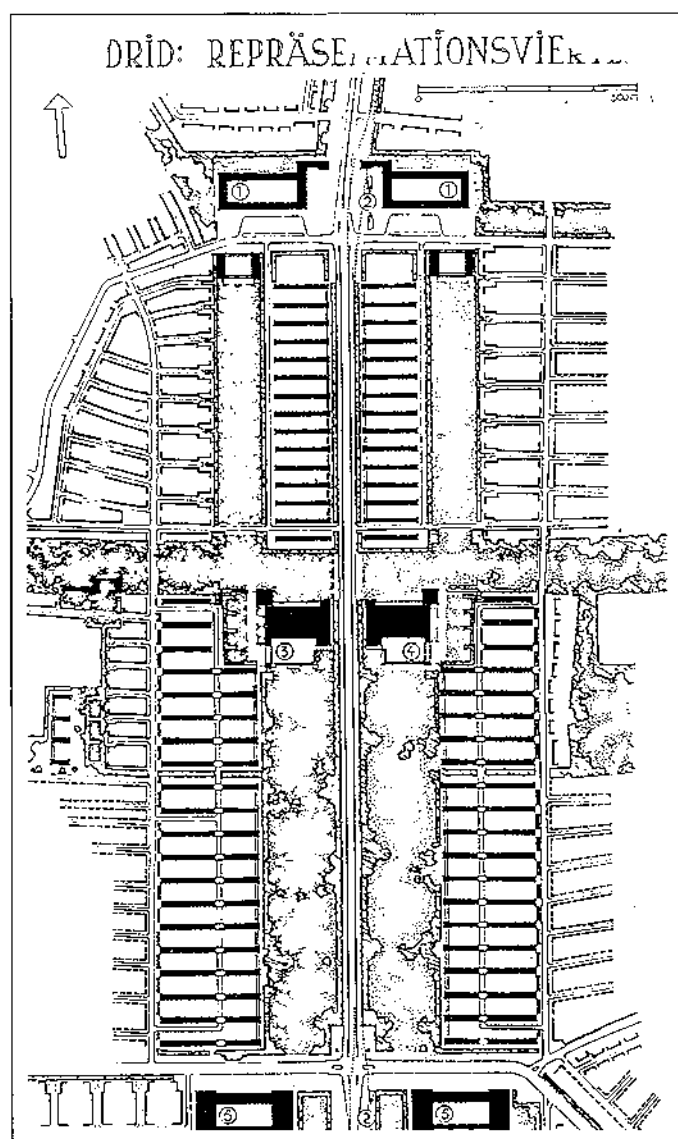
El tercer dibujo de la *Plansammlung* corresponde a un estudio de detalle sobre la prolongación de la Castellana. Publicado en la Memoria, Jansen proponía construir dos estaciones de ferrocarril: una —en la zona baja del paseo— debía cumplir la función de intercambiador en la línea que uniese Atocha con Chamartín; la segunda, en la parte alta del eje, valorada como estación de cabecera —estación principal de la ciudad, de acuerdo con la idea alemana de la *Hopfbahnhof*—, correspondía a la Estación de Chamartín. Pequeño plano, sobre papel vegetal, delineado a tinta china y firmado por Jansen, la única diferencia con el proyecto asumido era un doble eje verde cuya importancia, en el plano que figura en la Memoria presentada, aparece minimizada.

Lo notable de este dibujo y el que luego da a conocer Zuazo es la sustitución del bloque abierto que aquí aparece por una solución de manzana cerrada similar a la adoptada en la Casa de las Flores, buscando aumentar la densidad de edificación y, en consecuencia, beneficiar a quien ejecutase el proyecto. Ignoro por qué Zuazo propuso recurrir a la manzana cerrada ya experimentada en la Casa de las Flores, frente a la idea de Jansen de componer con bloques abiertos, soluciones —convengámoslo— más acordes con la época, máxime después de haber sido reiteradamente utilizada en las realizaciones berlinesas ejecutadas por el GEGAH. Pero entiendo que un posible factor en esta decisión fue la inquietud de Zuazo ante el comentario del alcalde al imponer como condición imprescindible para llevar a cabo la propuesta la necesidad de que ésta fuese capaz de autofinanciarse.

Junto a los tres planos comentados, el cuarto dibujo de Jansen para el Concurso de Madrid corresponde al estudio en detalle del nuevo Hipódromo concebido en las inmediaciones del Manzanares, en un lugar distinto al que en 1931 y 1932 se situaría luego. Se trata de una de las siete ideas que formula el alemán, y debe valorarse desde la voluntad por establecer un área de ocio en la que junto al Hipódromo aparecerían unas grandes piscinas. Retomando la polémica sobre el traslado del Hipódromo hacia el área de Puerta de Hierro y organizando en la zona una pieza dentro del conjunto existente —la Piscina; la Isla, de Gutiérrez Soto, y



17. Secundino Zuazo y Hermann Jansen. Concurso de 1929, ordenación de la Extensión de Madrid, croquis de la zona verde.



18. Hermann Jansen. Estudio para el eje Castellana,
plano original de la Plansammlung des Kunstwissenschaft
Institut de la T.U. de Berlín, 1929.

el conjunto de la Playa de Madrid, de Muñoz Monasterio), el proyecto sería retomado sin alteración alguna en la Memoria presentada.

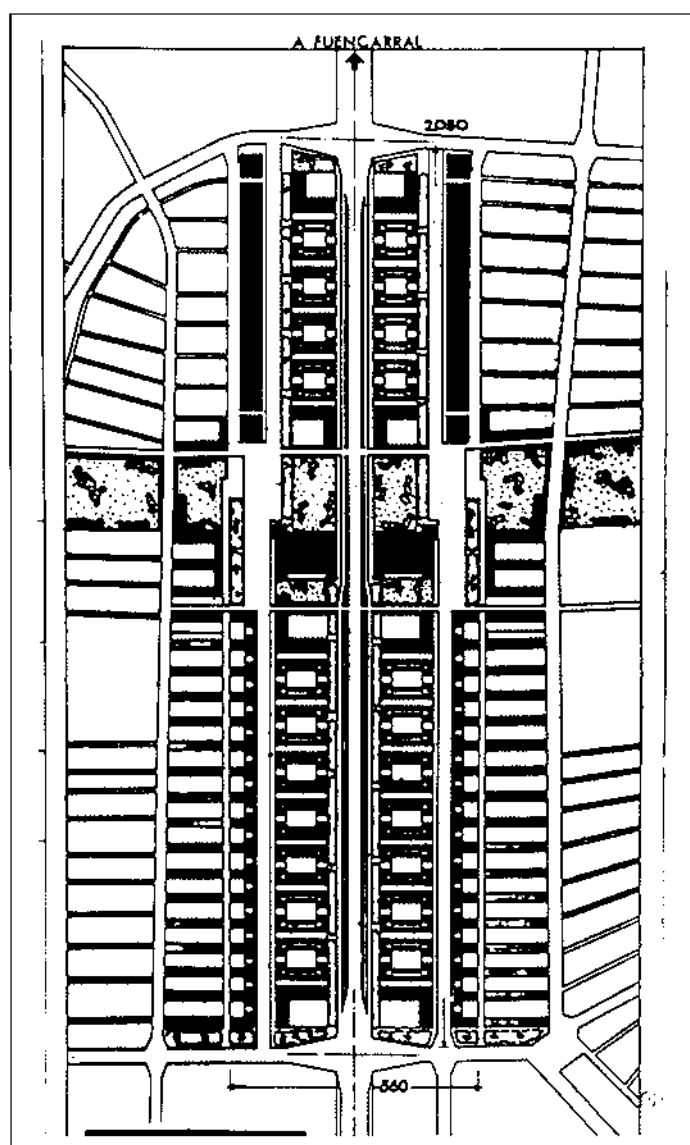
Es obvio que Jansen participó en el concurso de manera activa. Quizá la propuesta para Madrid pudiera valorarse como reflejo de la cultura urbana berlinesa, pero las dos ideas fundamentales en el mismo —construir una corona de ciudades satélites en torno a la metrópolis y fijar la extensión de la Castellana— habían sido temas discutidos y propuestos tanto antes del concurso como también lo fueron después, primero por la Oficina Técnica Municipal y, más tarde, tras la guerra, por el propio Bidagor. Insisto en este sentido señalando cómo, en mi opinión —y a riesgo de equivocarme—, las líneas generales de la propuesta fueron fijadas por el equipo de Zuazo, mientras que la responsabilidad del equipo alemán fue la de formalizar gráficamente la propuesta. Y avalando esta idea, el propio Zuazo señala en las *Memorias*, al comentar los problemas derivados de los accesos ferroviarios, que la opción trazada en el estudio de Madrid fue supervisada por el mismo ingeniero alemán que había resuelto los problemas ferroviarios del Gran Berlín: “Fue él quien avaló nuestro trabajo y quien aprobó el plan orientador de la red de ferrocarril viaria con los enlaces y el rosario de estaciones que aparecían en nuestro trabajo”.

Aquella propuesta se concibió como síntesis de dos saberes complementarios (el de Jansen y el de Zuazo), razón por la cual este último confió en obtener el premio, destacando que “con el plan que proponíamos, las superficies de los terrenos, incrementadas de valor por los trazados, ofrecían en el aspecto económico favorables circunstancias que hacían posible su realización”. La diferencia entre esta propuesta y los otros cinco proyectos seleccionados es evidente, y todo hacía presagiar que, efectivamente, ésta sería la idea que obtuviera el galardón. Se daba, por otra parte, la circunstancia de que formaban parte del jurado personas con una actitud intelectual en principio próxima a la propuesta. Cabría destacar, en este sentido, al administrativista Gascón y Marín (aquel que ya en 1923 fuera ponente en el Congreso de la Edificación; el mismo que luego, en 1926, asistió al Congreso Nacional de Urbanismo y poco más tarde, en 1928, organizó en Sevilla el Congreso de Ciudades Modernas)³⁶, quien poco después sería nombrado ministro en el Gobierno de Concentración de Alfonso XIII. Además de éste, también figuraron en el mismo Severiano de la Peña (arquitecto del Ayuntamiento) y Luis Landecho, así como el alemán Paul Bonatz, siendo nombrado igualmente Gus-

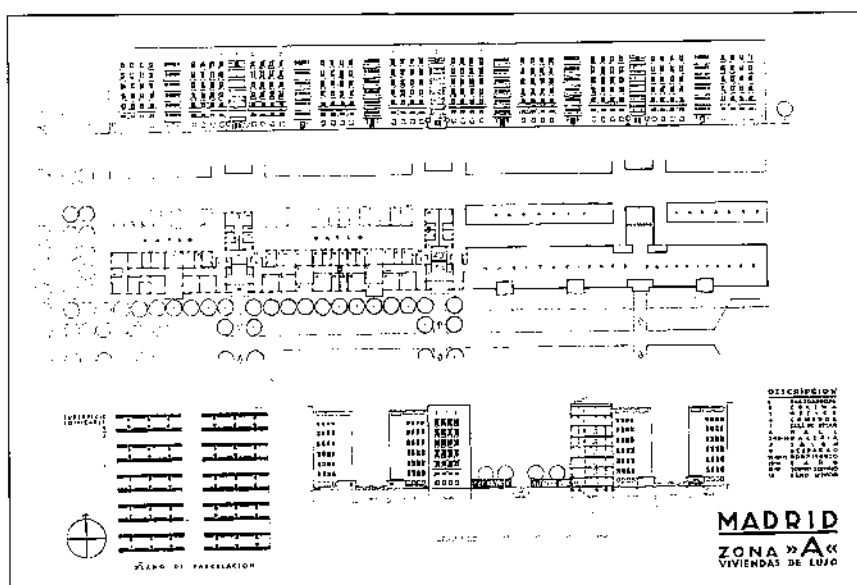
tavo Fernández Balbuena. Y su sorpresa tuvo que ser grande cuando —como él mismo narra en el texto que sigue— el propio Balbuena le comunicó telefónicamente las fuertes presiones existentes ejercidas sobre el jurado para dar el premio a otro equipo. Tras señalarle que su esquema había contado tanto con su apoyo como con el de Bonatz, le informaba de que aquellos que le eran contrarios “argumentaban”, para negarle el premio, la falta de soluciones a cuestiones tales como movimientos de tierras... Pero, añadía, que todo el jurado era consciente de que únicamente su proyecto marcaba claramente las directrices de cómo establecer un plan comarcal, definía la zonificación en el entorno próximo a la gran ciudad, diferenciaba los usos del norte y sur y establecía las pautas de la política de transportes³⁷.

Si las presiones fueron de naturaleza política, entiendo que el equipo que contaba con las “simpatías” del jurado tuvo que ser el encabezado por Cort, concejal en aquellos momentos del Ayuntamiento y, sobre todo, hombre próximo a los Congresos Municipalistas de los que había sido alma Gascón y Marín, quien sin duda influyó (y a través del Cuerpo de Arquitectos Municipales de España) en un personaje menor como era Severiano de la Peña. En cualquier caso, el Zuazo-arquitecto conocía en detalle el largo enfrentamiento que los técnicos municipales habían mantenido durante casi décadas con los trazados de Núñez Granés para el extrarradio de Madrid³⁸. Por ello, y aprovechando que el jurado distinguiera su propuesta por encima de las otras, el Zuazo-empresario fue consciente de que la única posibilidad para sacar adelante el Plan era garantizar su ejecución, y su gran éxito fue conseguir del Ayuntamiento el encargo, plasmado en acuerdos privados, de cómo financiar la obra. Sin embargo, cuando ya estaban establecidas las diligencias y era posible elevar a contrato la formalización de dicho encargo, la minoría socialista deshizo lo pactado, consiguiendo de la Corporación el acuerdo municipal por el cual se confiaba el desarrollo de la idea a la Oficina Técnica Municipal (OTM).

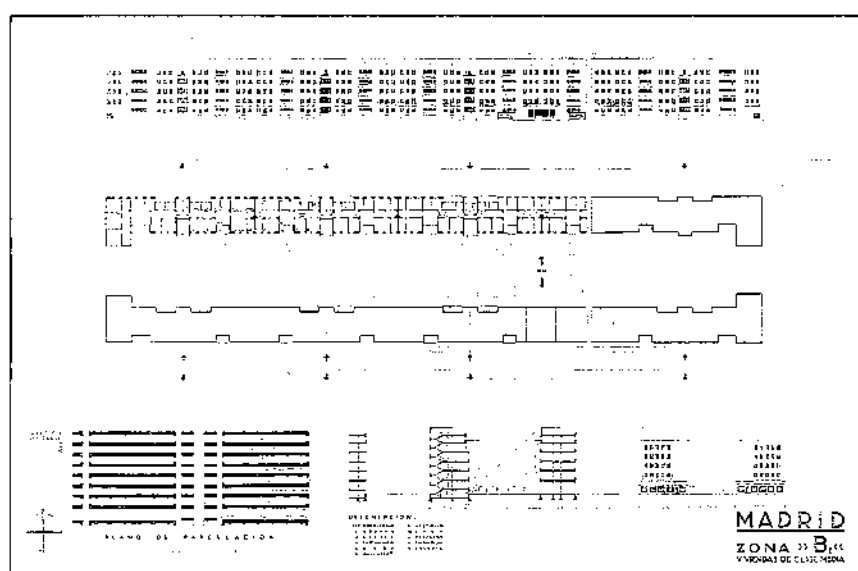
La OTM, el equipo dirigido por Bellido e integrado por Lacasa, Escario y Colas, desarrolló entonces una solución que se quiso alternativa a la de Zuazo y en la que, además de asumir los esquemas propuestos por Zuazo y Jansen sobre el desarrollo del eje Norte, se estudiaban las características de los bloques y se definían en planta los distintos tipos de células. En aquella nueva idea se tomaban como referencia los supuestos socialdemócratas alemanes (de las sociedades co-



19. Secundino Zuazo. Estudio
para el eje Castellana, 1929.



20. Secundino Zuazo y Hermann Jansen. Concurso de 1929, ordenación de la Extensión de Madrid, estudio para viviendas de lujo. Zona A.



21. Secundino Zuazo y Hermann Jansen. Concurso de 1929, ordenación de la Extensión de Madrid, estudio para viviendas de clase media. Zona B₇.

operativas o sindicatos obreros, como el GEHAG berlinés), estableciéndose que las viviendas construidas deberían destinarse a alquiler, planteando un abanico de posibilidades valoradas no desde las necesidades de la familia sino desde el precio del alquiler. La diferencia entre la idea de Zuazo y la esbozada por la OTM radicaba casi básicamente en la gestión y objetivos del Plan: si para los arquitectos de la OTM era el Municipio el que tenía que afrontar el proyecto, Zuazo supe- ditaba la realización del Plan a la aportación de un sector privado interesado en su ejecución. Y tras censurar que la Técnica careciese de amplitud y miras urba- nísticas, proyectando a pequeña escala, criticaba que aquella informase negativa- mente a su petición de expropiar cien metros a cada lado de la Castellana, por cuanto que sólo así podría conseguir un suelo que luego sería incrementado me- diante plusvalías.

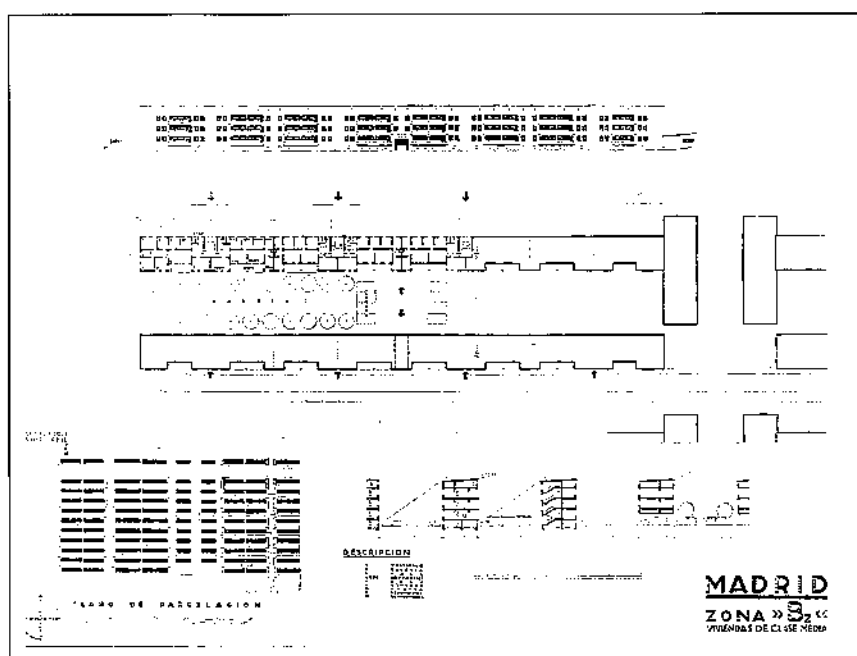
El verdadero conflicto entre la OTM y Zuazo radicaba en señalar quién debía tener acceso a aquel suelo. Entendía Zuazo que el problema de la plusvalía mo- dificaba los criterios estéticos esbozados en el concurso, razón por la cual criticaba la opinión de quienes lo que buscaban era sustituir “aquella magnífica ordenación de espacios verdes, apareciendo dominantes manchas [...] por superficies cons- truibles, para que el proyecto de la posible concesión ofreciese interés a un Capi- tal que se interesaba por alcanzarla”. Era necesario, insistía, modificar la ordenación con vistas a hacerla financieramente aceptable. Para ello era preciso establecer me- canismos de expropiación y urbanización, con la intención de crear nuevas su- perficies donde construir. Desde esta idea, Zuazo introducía una novedad frente a soluciones anteriores y, tras aceptar la discusión sobre bloque abierto o bloque cerrado, reclamaba para la prolongación de la Castellana una solución en la que, frente a la manzana definida en la Casa de las Flores, las manzanas se valoraran próximas al debate abierto por los arquitectos centroeuropeos del Movimiento Moderno en el Congreso del CIAM celebrado en Bruselas.

Tras proponer cuatro tipos distintos de vivienda (y, en consecuencia, cuatro tipos de bloques diferentes) que identificaba como viviendas para “clase alta” (A), dos tipos para “clase media” (B1 y B2) y uno para “clase obrera” (C), su idea fue con- seguir la mayor rentabilidad posible de la operación. Con este argumento se en- frentó tanto a los políticos del Ayuntamiento (a los socialistas Muñio y Saborit, seguidores de Besteiro en la Corporación) como a los jóvenes arquitectos que, di- rigidos por Lorite, configuraban la Técnica Municipal. Aquel enfrentamiento fue

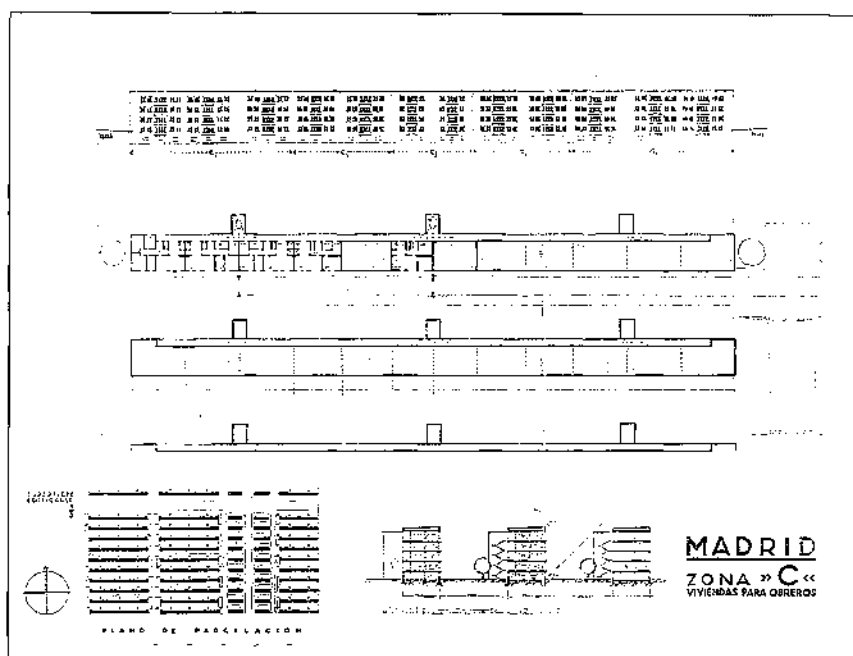
duro y tenso, y basta, por ejemplo, leer los *Diarios* de Azaña para ver hasta qué punto las agrias discusiones se llevaron a niveles que no eran ya los profesionales, sino claramente político-urbanísticos. A pesar de todo, nada dirá Zuazo de aquellos enfrentamientos en sus *Memorias* ni nada opinará tampoco sobre la labor profesional de sus compañeros (a los que conocía bien, máxime cuando, en esos años, fue nombrado por ellos primer decano del recién creado Colegio de Arquitectos de Madrid). Sólo, y de pasada, al tratar sobre el ensanche de Castellana esbozará una sutil crítica —oculta en una irónica referencia— al señalar que las dificultades que a partir de este momento aparecieron fueron debidas a “la joven e inexperta Oficina Técnica Municipal”.

Los problemas entre Zuazo y la OTM se debieron tanto a divergencias sobre el trazado de la nueva Castellana como al modo de afrontar su ejecución y realización. Los técnicos municipales, que en un principio habían aceptado para la Castellana el trazado sugerido por Zuazo en el concurso, lo rechazaron poco después, proponiendo sustituir el eje recto que figuraba en la propuesta por un doble ramal que, adecuándose a la topografía, arrancaba del paseo de la Habana para llegar hasta la proyectada Estación de Chamartín, mientras que el otro, simétrico en la medida de lo posible, debía discurrir por lo que hoy es Orense hasta confluir con Bravo Murillo en las inmediaciones de la Ventilla. Argumentaban que con esta opción los movimientos de tierra quedarían reducidos de manera considerable; a ello se opuso Zuazo señalando que la existencia de un doble ramal supondría un doble esfuerzo para incentivar al sector privado en la gestión del Plan, en un momento —recordémoslo— en que la crisis económica se cernía ya sobre España.

La preocupación fundamental de Zuazo en el proyecto para el ensanche de la Castellana era la de definir un plan capaz de atraer a los inversores privados de forma que fuesen éstos (y no el Estado o el Ayuntamiento) quienes lo ejecutasen. Para ello —defendía— era preciso incentivar el interés de los posibles inversores españoles o extranjeros, y desde esta idea propuso ceder al inversor privado el derecho a expropiar una banda de cien metros de ancho a cada lado del eje. Consciente de que las polémicas entre Núñez Granés con Casuso, Lorite o Salaberry se habían prolongado durante casi veinte años sin aportar nada, atribuía la indecisión a la nula formación urbanística de los concejales municipales, políticos —la mayor parte de las veces— de tercer orden, carentes de cualificación técnica y sin ideas claras sobre có-



22. Secundino Zuazo y Hermann Jansen. Concurso de 1929, ordenación de la Extensión de Madrid, estudio para viviendas de clase media. Zona B₂.

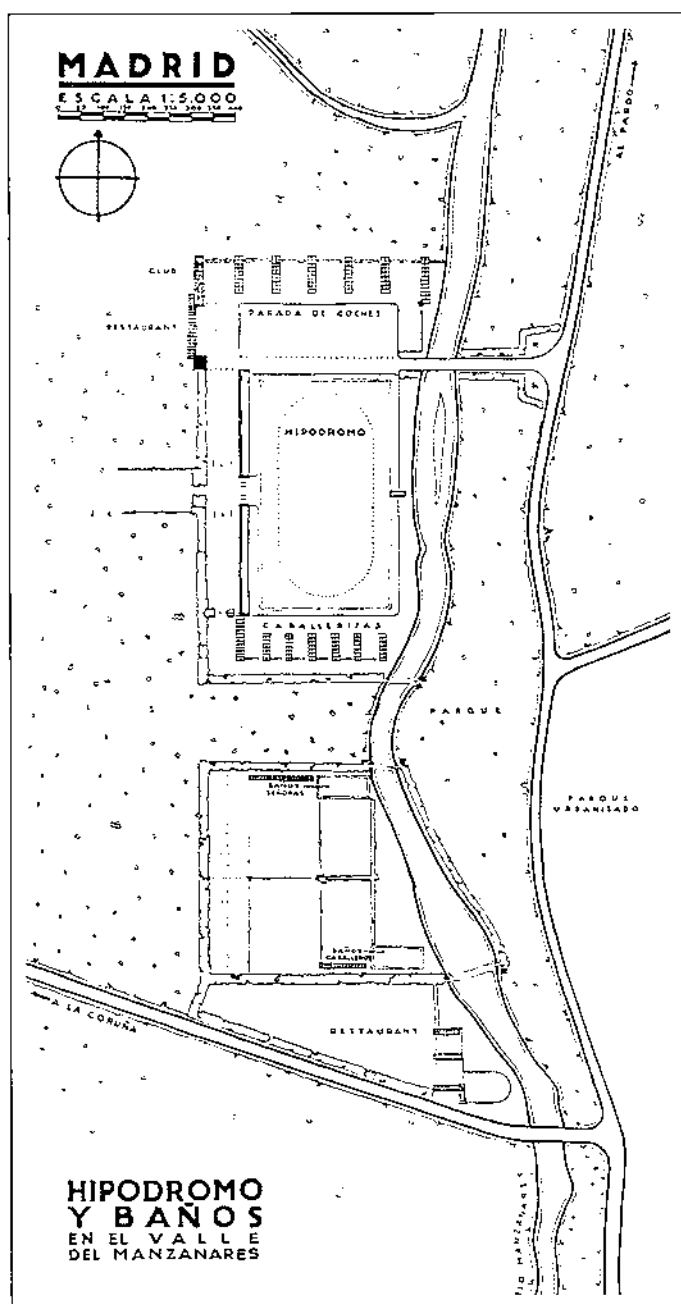


23. Secundino Zuazo y Hermann Jansen. Concurso de 1929, ordenación de la Extensión de Madrid, estudio de viviendas para obreros. Zona C.

mo afrontar la gestión de la ciudad. Buscando tan sólo acometer reformas parciales —las cuales, entendían, podían traducirse en éxitos a corto plazo—, sin visión de cuál podía ser la futura imagen de la ciudad y sin cualificación sobre cómo administrar la misma, durante casi dos décadas la planificación del extrarradio madrileño dio pie a interminables debates urbanísticos entre técnicos que primero apoyaban determinadas opciones y luego se desdecían de ellas, retardando —si no paralizando— cualquier actuación.

Para desbloquear la situación de punto muerto a la que se había llegado, Zuazo —viendo cómo con el debate desde la disciplina era imposible encontrar solución— apeló a los más altos poderes políticos, reclamando de ellos la necesidad de afrontar con otra perspectiva la gestión de la ciudad. Puesto que Manuel Azaña —presidente de Gobierno—, Indalecio Prieto —ministro de Obras Públicas— o los concejales socialistas próximos a Besteiro no sólo carecían de asesores sino que tampoco tenían una política concreta sobre el tema (sus opiniones sobre la ciudad se hacían “a sentimiento”), su labor fue ante todo operativa, tratando de definir plazos de actuación, elaborando estudios económicos y ofreciendo posibles medidas fiscales que hiciesen la idea atractiva al capital inmobiliario de manera que, a corto plazo, Madrid pudiese mostrar una nueva imagen. Y puesto que los arquitectos próximos al PSOE (Azorín, Pfitz, Ruiz Senén...) ³⁹ sólo se dedicaban a proyectar barriadas de casas baratas, careciendo de formación urbanística para opinar sobre cuestiones globales, el gran éxito de Zuazo fue conseguir que Azaña hiciera suyo el proyecto, como queda reflejado en lo que el entonces presidente del Gobierno escribiera en sus *Diarios* (en sus *Papeles o Memorias íntimas*) el 14 de diciembre de 1932, cuando tras la creación del Comité de Accesos y Extrarradio para Madrid señaló: “Mucho me complace que Prieto me ayude a realizar una de mis antiguas imaginaciones madrileñas, a sacar de la chabacanería del Ayuntamiento [...] el porvenir de la Villa” ⁴⁰.

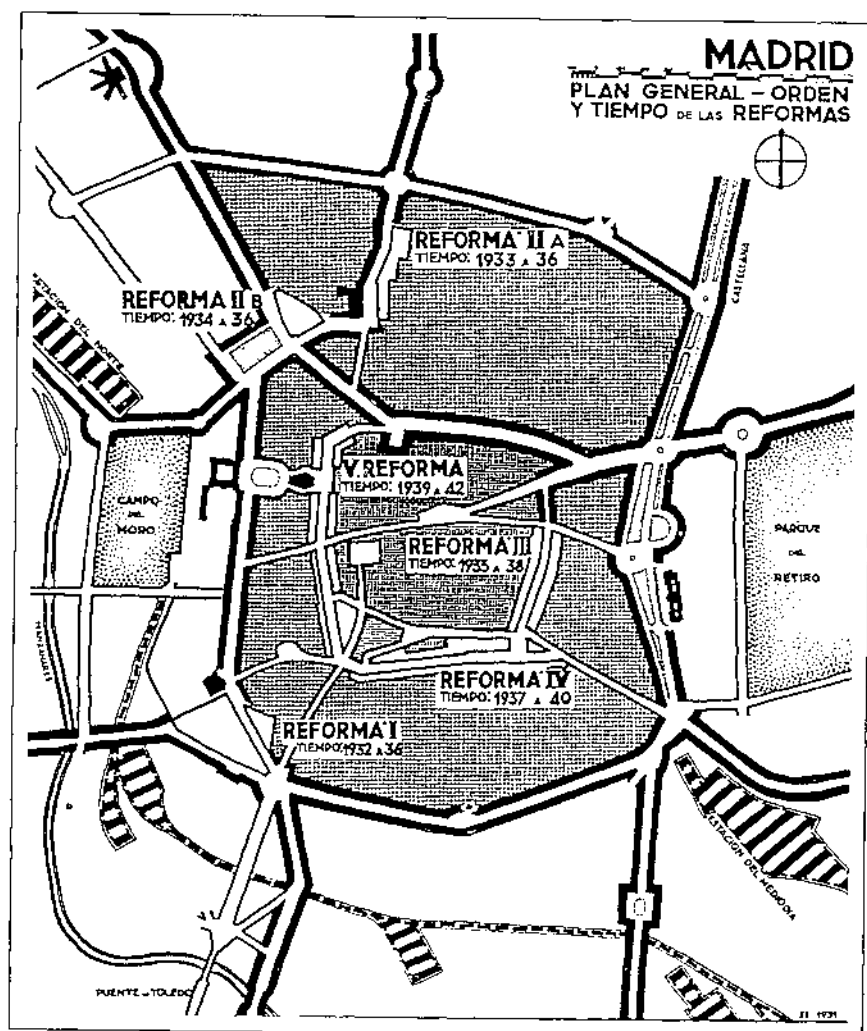
Conocer cuáles fueron los apoyos políticos que Zuazo consiguió para su nueva Castellana permite comprender hasta qué punto el tema se convirtió, en aquella Segunda República, en preocupación de Estado, en prioridad política de quienes querían afianzar y consolidar el futuro de la capital. Si para Besteiro las transformaciones urbanas en Madrid eran únicamente tema de competencia municipal, para Prieto intervenir en la ciudad posibilitaba ordenar la riqueza situada en un entorno próximo, reflejándose tal tipo de intervención tanto en las



24. Secundino Zuazo y Hermann Jansen. Concurso de 1929, ordenación de la Extensión de Madrid, hipódromo y baños en el valle del Manzanares.

mejoras de los accesos como en potenciar la idea de un plan comarcal. Frente a ellos, Azaña fue, sin duda, el político con una mayor y más ambiciosa idea de cambio: consciente de la necesidad de modificar la imagen de gran poblacho mesetario que tenía Madrid, ciudad sin ambición de capital, entendía como prioritario contar con un Plan (las cosas que se han podido hacer aquí, en lugares espléndidos, si en Madrid hubiese habido alguna vez una cabeza directora), razón por la que apoyó decididamente, y frente a los criterios y opiniones del Ayuntamiento, las ideas de Secundino Zuazo⁴¹. Conseguido el apoyo de Azaña y Prieto, Zuazo pudo así enfrentarse tanto a los reformistas de Besteiro como a los radicales de Largo Caballero, ministro de Trabajo. Cabría incluso debatir hasta qué punto las afirmaciones expresadas por Azaña eran ciertas⁴², pero es evidente que, por encima de consideraciones formales, el auténtico debate sobre cómo construir la nueva ciudad supuso enfrentarse a los municipalistas, quienes reclamaban, al ser un proyecto municipal, que las plusvalías debían revertir a la comunidad.

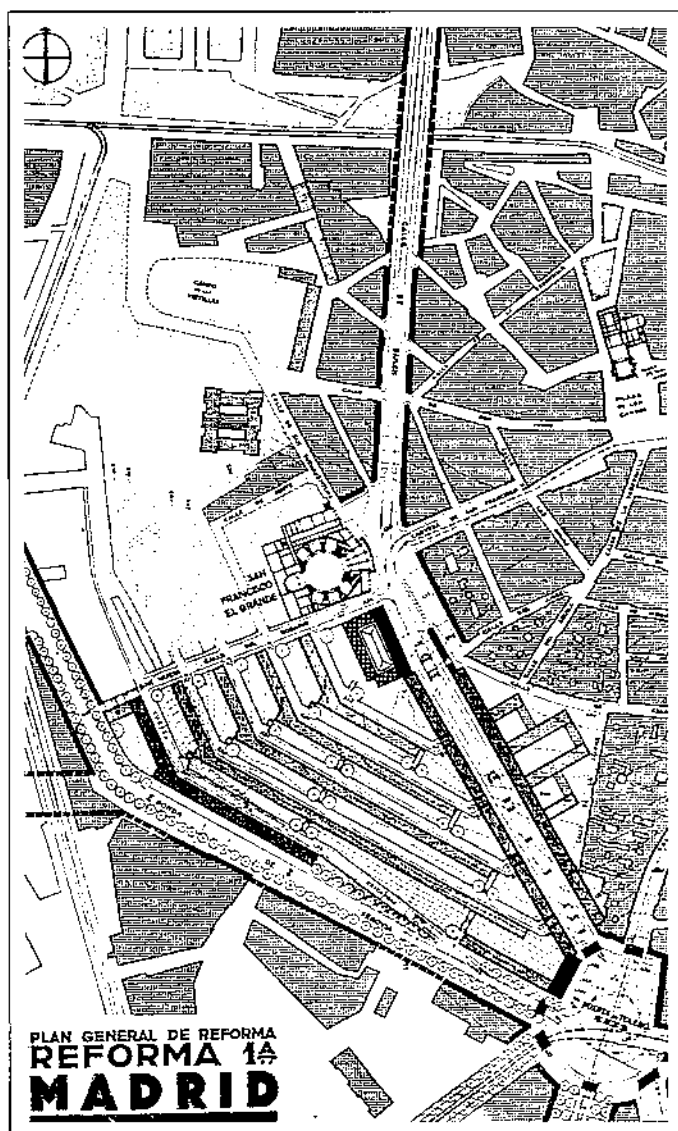
Desde que su propuesta fuera destacada en el concurso, Zuazo había pedido al alcalde de Madrid, el marqués de Hoyos, que se precisaran las bases económicas y financieras de la propuesta como cuestión previa a la ejecución, en el intento de —en plena crisis económica— resolver la financiación de los gastos de urbanización en momentos en los que la acción popular sólo invertía en la Gran Vía, aprovechando las ventajas derivadas de la aplicación de la Ley de 1895. Opinaba que para atraer al inversor privado hacia el proyecto era preciso ofrecer nuevos beneficios fiscales, lo que suponía modificar la ley. Así, los primeros contactos que mantuvo con Azaña trataron de que éste accediese a variar la Ley de 1895 y su Reglamento, fijando nuevas ayudas del Estado para las viviendas construidas en “sectores bien urbanizados”. Lo que ignoro es en qué medida era consciente de la predisposición de Azaña a modificar la imagen de Madrid, una ciudad que, como había señalado en *Plumas y Palabras*, “es una ciudad prehistórica, cavernaria. Un sabio nos lo dice y yo le creo. Más: me lo estaba diciendo el corazón. Siempre que escribo algo de lo mucho bueno que pienso de Madrid, trabajo me cuesta celar esta convicción profunda. Madrid no me inspira una afición violenta. Si el amor propio de los madrileños no se irrita, añadiré que Madrid me parece incómodo, desapacible y, en la mayor parte de sus lugares, chabacano y feo. Es un poblachón mal construido, en el que se esboza una gran capital”.



25. Secundino Zuazo. Reforma interior de Madrid,
Plano General, orden y tiempo de las reformas, 1932.

Madrid producía a Azaña un profundo rechazo. Interesado en modificar aquella imagen, en diciembre de 1932 escribirá en su *Diario*: “Carner ha traído al Consejo un proyecto para resolver la situación en la que se encuentran los ayuntamientos de los pueblos que pertenecen al Real Patrimonio. Entre ellos está el pueblo del Pardo. Con este motivo, insisto en lo que ya tengo dicho al Consejo, en relación con Madrid. Y trazó un plan, que es ya viejo en mi imaginación, encargándole al ministro de Obras Públicas que lo estudie. Como el Ayuntamiento no funciona, y sólo hace tonterías, y va a malgastar los ochenta millones que le han regalado, creo que el Estado puede y debe hacer algo en previsión del Madrid venidero. Le encargo a Prieto que su Ministerio estudie y proyecte el Ensanche de la carretera de la Coruña desde el puente de San Fernando, la sustitución de este puente por otro más ancho, la formación de una gran plaza en la confluencia del puente con la carretera del Pardo, y el trazado de esa carretera, de ancho mayor que el normal, que parta de esa gran plaza, y en curva de gran radio, atraviese el Sur del monte del Pardo, cruce por los campos del término de Fuencarral, al Norte de este pueblo, y vaya a buscar el enlace con la prolongación de la Castellana. Así quedará cerrado el circuito de Madrid por el Norte, remediándose una de las mayores absurdidades de la situación de la villa. Prieto ofrece seguir mis indicaciones. También me he ocupado en el Consejo de la necesidad de adquirir prontamente solares para levantar un nuevo ministerio de la Gobernación, y otros para Obras Públicas, Justicia y servicios de Aeronáutica. Propongo que al Ayuntamiento se le pida, como correspondencia a la protección que acaba de darle el Estado, que reserve en la prolongación de la Castellana el área necesaria para esas construcciones. Yo he hablado con el alcalde, y está conforme; pero de lo que dice Pedro Rico no se ha de fiar, y probablemente habrá de hacer una ley. El Consejo lo aprueba”⁴³.

La diferencia entre estas opiniones y las que Prieto expresa, por ejemplo, en sus discursos parlamentarios es clara: si el primero tiene *in mente* cuál debe ser la intervención y cuál la imagen urbana que se quiere obtener, al segundo sólo le preocupa definir y fijar los mecanismos de gestión. En los escritos del presidente del Consejo, Manuel Azaña, se insiste, reiteradamente, en la necesidad de trastocar la pacata política municipal y de cambiar la imagen de la capital (“sacaremos a Madrid del *patio* de la Cibeles y del corredor de la calle de Alcalá”), organizando el futuro de la gran ciudad. Y compitiendo incluso con Zuazo, en diciembre de 1932 reclamará la paternidad de la idea al escribir, como poco antes he señalado: “Prie-



26. Secundino Zuazo. Reforma interior
de Madrid, Puerta de Toledo y San Francisco
el Grande, edificación en hilera, 1932.

to ha traído (al Consejo de Ministros) un decreto constituyendo un organismo que se encargue de proyectar lo que yo le indiqué el otro día respecto a los alrededores de Madrid. Y un proyecto de ley que nos dará los recursos necesarios. Al leer el decreto dijo: 'Esto es lo que se me ha ocurrido para dar forma a lo que propuso aquí el Señor Azaña'. [...] Mucho me contenta que Prieto me ayude a sacar una de mis más antiguas 'imaginaciones', madrileñas, y a sacar de la chabacanería del Ayuntamiento y del savoritismo el porvenir de la Villa. Ahora tengo que hablar con Zuazo, para indicarle lo que quiero"⁴⁶.

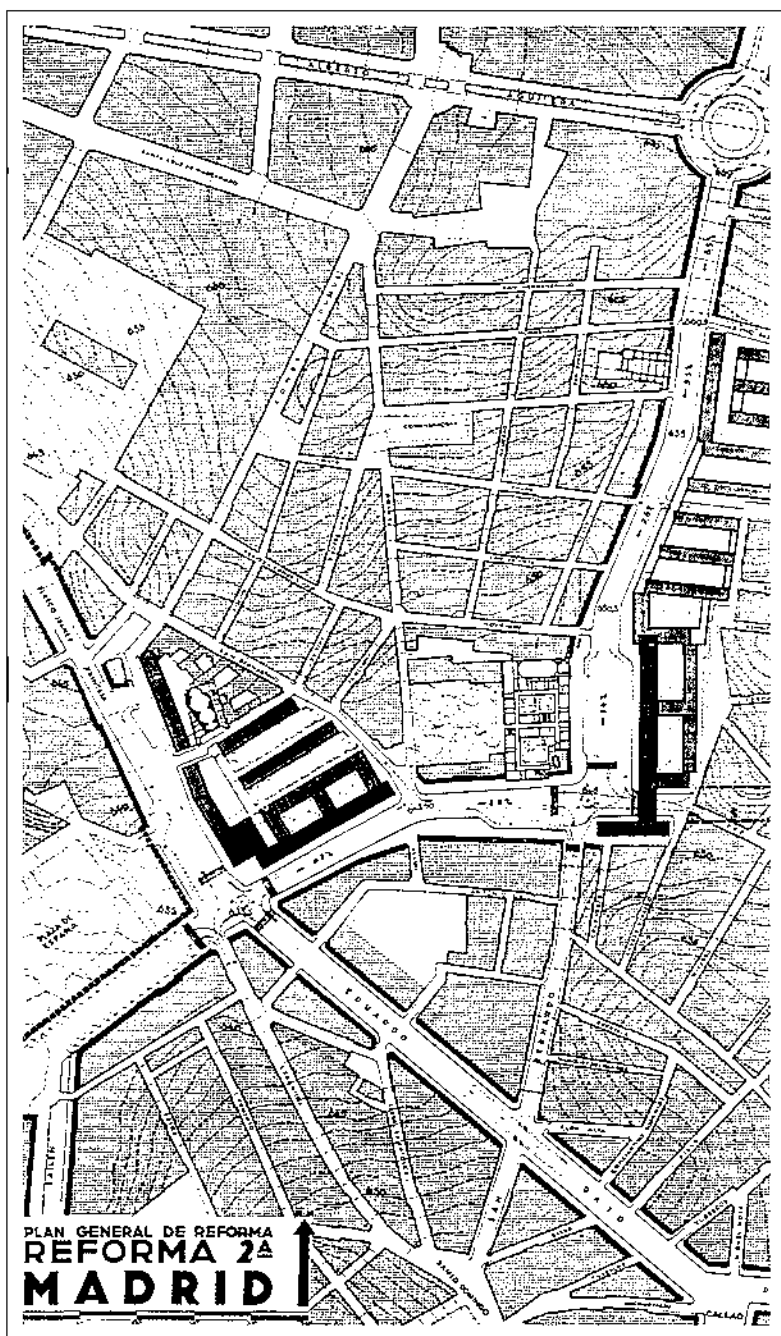
Son frecuentes, según se señala en los *Diarios* de Azaña, las referencias a Zuazo o a los intentos para transformar la Castellana, lo que contradice el comentario del arquitecto al señalar que sólo una vez se entrevistó con Azaña. Al margen de quién estuviera en lo cierto, lo que resulta evidente es que si Azaña intuyó cuál iba a ser el crecimiento de Madrid, asumiendo la idea esbozada en el XIX por Fernández de los Ríos sobre la prolongación de Castellana, lo novedoso de su aportación consistió en sugerir que el nuevo eje se valorara como articulador de la futura trama. Y al disponer, donde antes estuviera el Hipódromo, la construcción de un edificio capaz de albergar los distintos ministerios —pieza, no lo olvidemos, concebida con una escala urbana como nunca se había planteado en Madrid—, lo que trataba era de consolidar la ocupación de la zona, consciente de cómo los Nuevos Ministerios generarían y fortalecerían su entorno.

Lo escrito por Azaña confirma lo que en su día me comentó Pedro Bidagor al afirmar que, trabajando él en el estudio del maestro, asistió a una discusión entre el político y el arquitecto sobre el trazado de la Castellana en la que el primero llegó incluso a tomar en sus manos un lápiz ("un lápiz de aquellos", precisaba, "que por un extremo tenía la mina azul y por el otro roja"), dibujando a grandes trazos sobre el plano. Aunque Zuazo insista en que la única entrevista que mantuvo con Azaña fue la reseñada, la familiaridad con la que el político afirma en sus *Diarios* haber charlado y discutido con el arquitecto, hace dudar, en algún sentido, de la veracidad de tal afirmación, máxime cuando en diciembre de 1932 escribe: "Fuimos todos los ministros al Hipódromo, para ver los planos de la reforma concebidos por Zuazo para prolongar la Castellana y construir grandes edificios públicos en las dos plazas que allí van a formarse. Los proyectos son bellos y están pensados en grande. Prieto había citado también al alcalde y algunos concejales [...]. Oímos las explicaciones de los arquitectos, y desde allí nos trasladamos a

Puerta de Hierro y luego al Pardo, junto al camino de la Zarzuela, para examinar los planos trazados para realizar mi proyecto de Ensanche y enlace de estos parajes con el Norte de Madrid [...]. Estos proyectos caminan hacia su realización a gran velocidad. Estoy muy satisfecho de la suerte que corre mi iniciativa, tantas veces soñada por mí cuando yo no era nada. Si dejo el proyecto total en vías de realización irrevocable, habré dejado a Madrid un impulso enorme, que marque su porvenir para muchos años; y lo habré hecho con prontitud y en silencio, sin necesidad de aparecer para nada, cumpliendo la función que más me gusta, que es servir de motor y despertador de actividades dormidas, y encauzar —en este caso— con mayor gusto e inteligencia que hasta ahora la expansión de la Villa. Prieto me ha secundado con rapidez vertiginosa”.

A esta nota, redactada el 29 de diciembre de 1932, se añadía al poco tiempo otra similar al comentar el disgusto del Municipio ante las obras ejecutadas por Zuazo y la defensa que el propio Azaña realizó del mismo: “El Ayuntamiento está disgustado (con la cuestión de las obras del Hipódromo) y sus arquitectos censuran los proyectos de Zuazo. Han tenido una disputa, y Prieto me ha traído el pleito al Consejo (de Ministros). Le he dicho que siga adelante, y contenga a Zuazo, pues aunque sus proyectos, que son bellos, no fuesen perfectos, siempre tendrán la ventaja de que vamos a realizarlos, mientras que el Ayuntamiento no ha hecho nada hasta ahora, como no sea estorbar [...]. Tras el Consejo, voy con casi todos los ministros al Ayuntamiento, a ver los planos de la extensión de Madrid. El arquitecto nos da una pequeña conferencia que se reduce a combatir los proyectos de Zuazo. Luego, en corro, y mientras el alcalde nos obsequia, los dos arquitectos se enzarzan en una discusión, en la que intervengo para dar la razón a Zuazo”⁴⁵.

¿Fue Azaña el motor de aquella política, lo fue Prieto o lo fue Zuazo? Lo que en cualquier caso resulta evidente es que las obras de la Castellana y la idea de los Nuevos Ministerios fueron proyectos del Gobierno de la República y no del Ayuntamiento. Tras la lectura de sus *Cuadernos robados* (los *Diarios* de Azaña robados durante la guerra y publicados parcialmente, al final de la misma, por Arrarás), resulta evidente que el presidente del Consejo tenía las ideas muy claras sobre cómo organizar el desarrollo de la ciudad. No es momento de glosar su figura como hombre de letras, pero sorprende y mucho que, sin formación específica, fuera capaz de valorar de manera tan clara cuál debía ser la intervención sobre el entorno

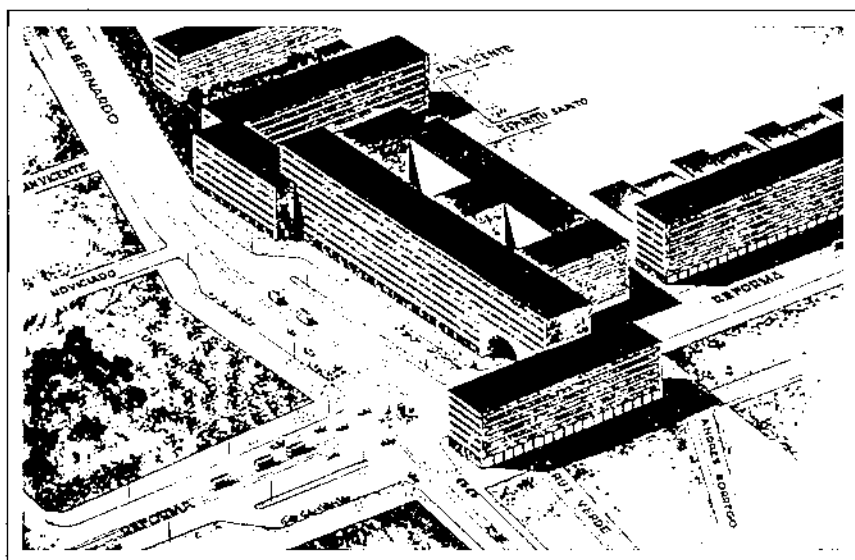


28. Secundino Zuazo. Reforma interior de Madrid, plaza de España y San Bernardo, 1932.

inmediato a la ciudad. Y esto sorprende porque sus comentarios no sólo suponen un profundo conocimiento de los problemas de Madrid sino también de su topografía, de lo que podía significar una carretera de circunvalación o de la importancia de un plan comarcal, porque una cosa era la fácil chanza sobre la imagen de poblacho que todavía tenía Madrid y otra bien distinta ser capaz de establecer las líneas maestras de un posible trazado.

Al margen de las opiniones de Azaña, para Prieto la propuesta de Zuazo suponía una plataforma idónea para coordinar la política ferroviaria y ordenar los accesos ferroviarios a la capital. Si para Azaña el Plan fue un pretexto para modificar la imagen urbana de Madrid, para Prieto el Plan afrontaba tres problemas bien concretos: en primer lugar, al entenderse como Plan Comarcal, solucionaba los ejes de crecimiento de la ciudad; en segundo lugar, señalaba cuántas deberían ser las estaciones de circunvalación próximas a la capital, ubicándolas; y por último, resolvía la comunicación entre Atocha y la nueva Estación de Chamartín mediante un túnel ferroviario, estableciendo una estación en los Nuevos Ministerios. En pleno debate político sobre cómo enlazar las distintas líneas férreas, a su paso por Madrid, en las dos intervenciones que Prieto realizó en las Cortes sobre asuntos de su Ministerio (su discurso del 30 de noviembre de 1932 sobre la *Defensa de una política de obras públicas desde el Poder*, presentando el presupuesto de su Departamento, y el que pronunció el 16 de agosto de 1933 sobre la *Engrandecimiento de Madrid y los enlaces ferroviarios*) planteó la necesidad de coordinar y sentar las bases de la política ferroviaria, así como definir cuáles serían los enlaces ferroviarios y cómo afrontar su coordinación⁴⁶. Consciente de esta doble preocupación, Zuazo trató, por una parte, de dar respuesta arquitectónica al espacio liberado tras el traslado del Hipódromo a las inmediaciones de la Zarzuela (fuera del término municipal) y, paralelamente, de solventar el rechazo del Municipio a su Plan para la Castellana mediante un convenio con la Corporación que le permitiese llevar a la práctica el Plan.

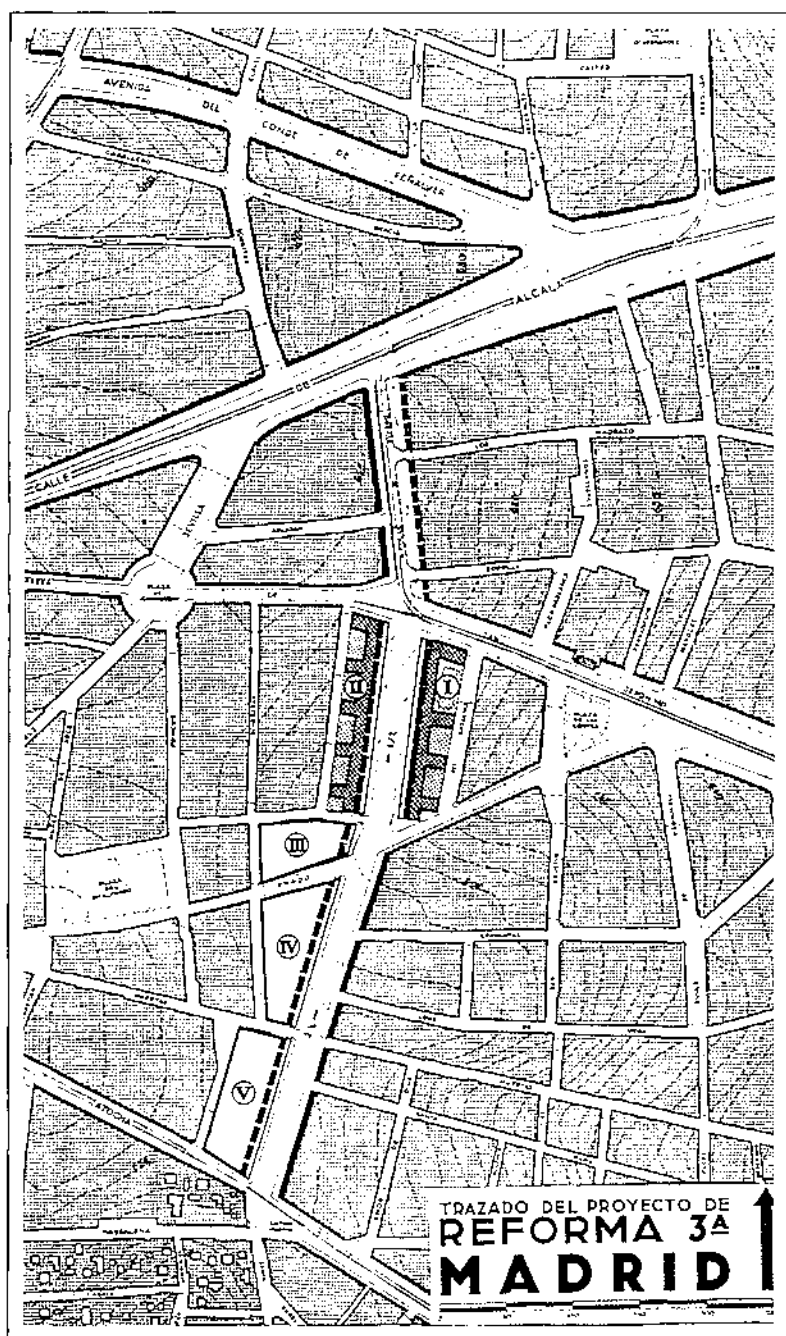
Seguro del apoyo de Azaña (de un apoyo del que, hasta el momento, nunca los biógrafos del arquitecto han señalado, ignorando tanto las *Memorias Íntimas*, editadas por Arrarás, como la posterior edición de Santos Juliá), Zuazo precisaba influir en el ministro. Por ello, cuando en noviembre de 1932 se crea el Comité de Accesos y Extrarradio y Zuazo es nombrado vicepresidente del mismo⁴⁷, a partir de ese momento —y aprovechando los frecuentes encuentros— mantendrá largas



29. Secundino Zuazo. *Reforma interior de Madrid, perspectiva del conjunto de edificios proyectados frente a la Universidad de San Bernardo*, 1932.

conversaciones con un Indalecio Prieto a quien le unían —humanamente— numerosos nexos. Bilbaínos ambos, con un pasado común —recordemos el singular papel jugado por ambos con Horacio Echevarrieta—, con amigos comunes y con adversarios políticos también comunes, Zuazo tuvo ocasión de explicar detenidamente al político el alcance de su propuesta. Y, llevándolo incluso más allá de lo que Azaña había sugerido, aprovechó para pedir a Prieto que presionase al Ayuntamiento —o, en su caso, actuar paralelamente— con objeto de poder conseguir, con carácter urgente, la ordenada expansión.

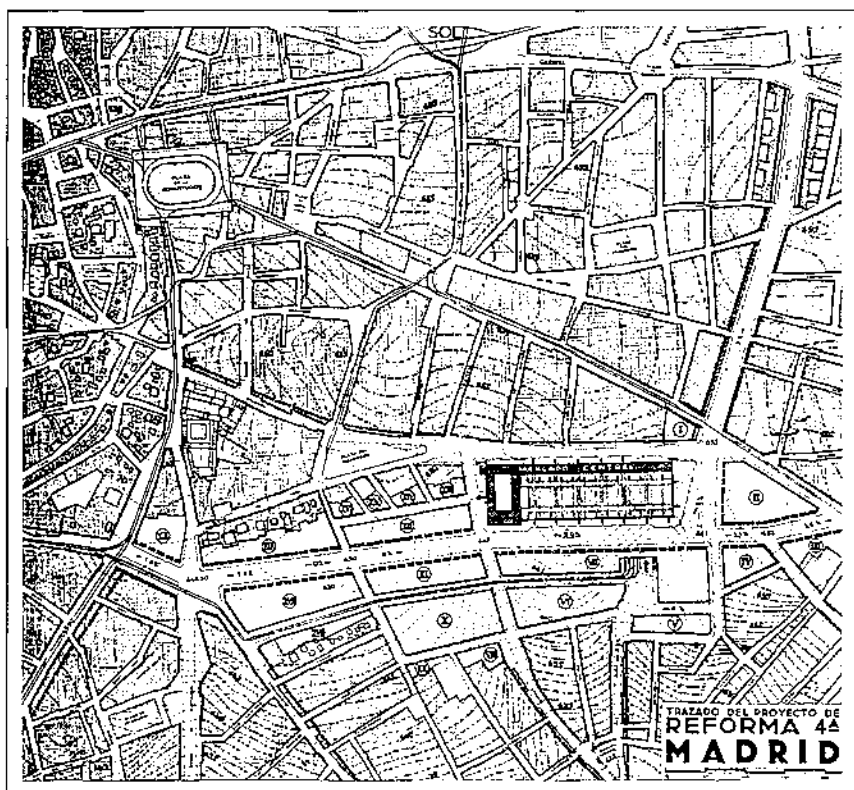
Zuazo contó con los apoyos de Azaña y de Prieto, pero no fueron aquéllos los únicos contactos políticos que mantuvo, porque, como señala en las *Memorias*, fue en aquellos meses cuando recibió de Lerroux y Portela una propuesta para entrar en política, integrándose en las listas del centro-derecha en las elecciones de 1933, formando grupo junto con Miguel Maura, Sánchez Román o el Dr. Tapia. Aunque en 1930 había ya recibido el apoyo político del alcalde de Madrid (Jordana de Pozas), aquélla fue la primera vez que se le pidió formar parte de listas electorales. ¿Por qué el ofrecimiento llega desde Lerroux? Entiendo que cabría dar, cuanto menos, dos razones. La primera es señalar cuánto, en aquellos años, era valorado Zuazo por la sociedad madrileña no sólo como un profesional de la arquitectura de reconocida solvencia, sino también como un técnico con óptimas relaciones empresariales y con un excepcional conocimiento sobre cómo podía invertir el capital privado en obras de infraestructura. Decano del Colegio de Arquitectos y hombre de empresa ligado, desde hacía muchos años, a la banca y a grupos inmobiliarios, Zuazo no representaba únicamente la figura del intelectual sino que, por su compleja personalidad, era buscado por quienes se proclamaban liberales de centro-derecha. Se daba el caso, además, de que como responsable del ensanche de la Castellana, había tenido que comparecer ante las Cortes, explicando el alcance y el sentido de su Plan para Madrid, testimonio que, como él mismo señala, concluyó con gran éxito y sin ninguna crítica. Partícipe de alguna de las más exclusivas tertulias políticas del momento —la del Hotel Palace, por ejemplo—, la lectura de las *Memorias* evidencia un hecho: a partir de 1932, los recuerdos de Zuazo pertenecen más al ámbito político que al de la arquitectura o el urbanismo. La segunda razón, porque el Partido Radical de Alejandro Lerroux (partido que explotaba un progresismo republicano con ribetes españolistas) tenía como aliado a la Iglesia a través del marqués de Comillas, presidente del Banco Hispano Colonial, con el que Zuazo colaboraba desde hacía años.



30. Secundino Zuazo. Calle de Alcalá, carrera de San Jerónimo y calle del Prado, 1932.

Las propuestas de Azaña o las ideas de Prieto que sentaron las bases sobre la extensión de Madrid, se entendieron como proyecto de Estado debido, fundamentalmente, a la ineficacia y a la falta de política del Municipio. Para sus concejales, y tanto da que pertenecieran —como Cesar Cort— a la oposición monárquico-liberal de Romanones, o a los socialistas encabezados por Besteiro, la única preocupación era propiciar la reforma interior⁴⁸, lo que llevó a convocar el Concurso para el nuevo viaducto. Tratando de reconducir la situación, los arquitectos e ingenieros seleccionados como finalistas en el Concurso de 1929 se dirigieron al alcalde pidiendo la aprobación de los planes de mejora y urbanización. Frente a ellos, Zuazo comprendió que si el Madrid anterior a 1931 apenas había cambiado, tampoco con la República —en plena crisis económica— iban a llevarse a cabo grandes transformaciones, máxime cuando la Corporación aprobaba los proyectos planteados sin el necesario plan general, documento que obligadamente tenía que haberse concebido tras el concurso. Creyendo que la solución económica a la crisis era incentivar el déficit público, fomentando obras públicas, pronunció en la madrileña Casa del Pueblo una conferencia de claro corte keynesiano, donde expuso una visión ideal de la futura ciudad, formulando la idea no del “futuro Madrid”, sino la del *Gran Madrid*. No era la ciudad que se avecinaba la que le interesaba, sino algo bien distinto y que nunca hasta el momento se había definido claramente. Lo que importaba no era la premonición de la realidad inmediata, sino el hecho de definir las condiciones y características de la ciudad-territorio. Para ello, reiteró que aquello sería posible únicamente a condición de resolver los problemas de construcción existentes, recalcando no sólo la conveniencia de afrontar un ambicioso plan de reforma interior sino la necesidad, en primer lugar, de coordinar políticas y, más tarde y una vez conseguido esto, trazar un proyecto global⁴⁹.

Pretextando los altos gastos que ocasionaba la capitalidad, el Ayuntamiento de Madrid había recibido del Estado una subvención especial de ochenta millones: tras debatir sobre la responsabilidad y competencia del Municipio, la Corporación nombró una comisión que estudiase (con cargo a dicha subvención) el plan de obras a ejecutar, contemplando tanto posibles planes de reforma interior como soluciones para la extensión⁵⁰. Se presentaron y analizaron las propuestas de reforma interior concebidas por Muñoz Monasterio, Muguruza, Sainz de los Terreros o Zuazo, y la decisión tomada fue la de reformar, con carácter prioritario, el entorno de San Francisco el Grande-Puerta de Toledo. Paralelamente se discutió



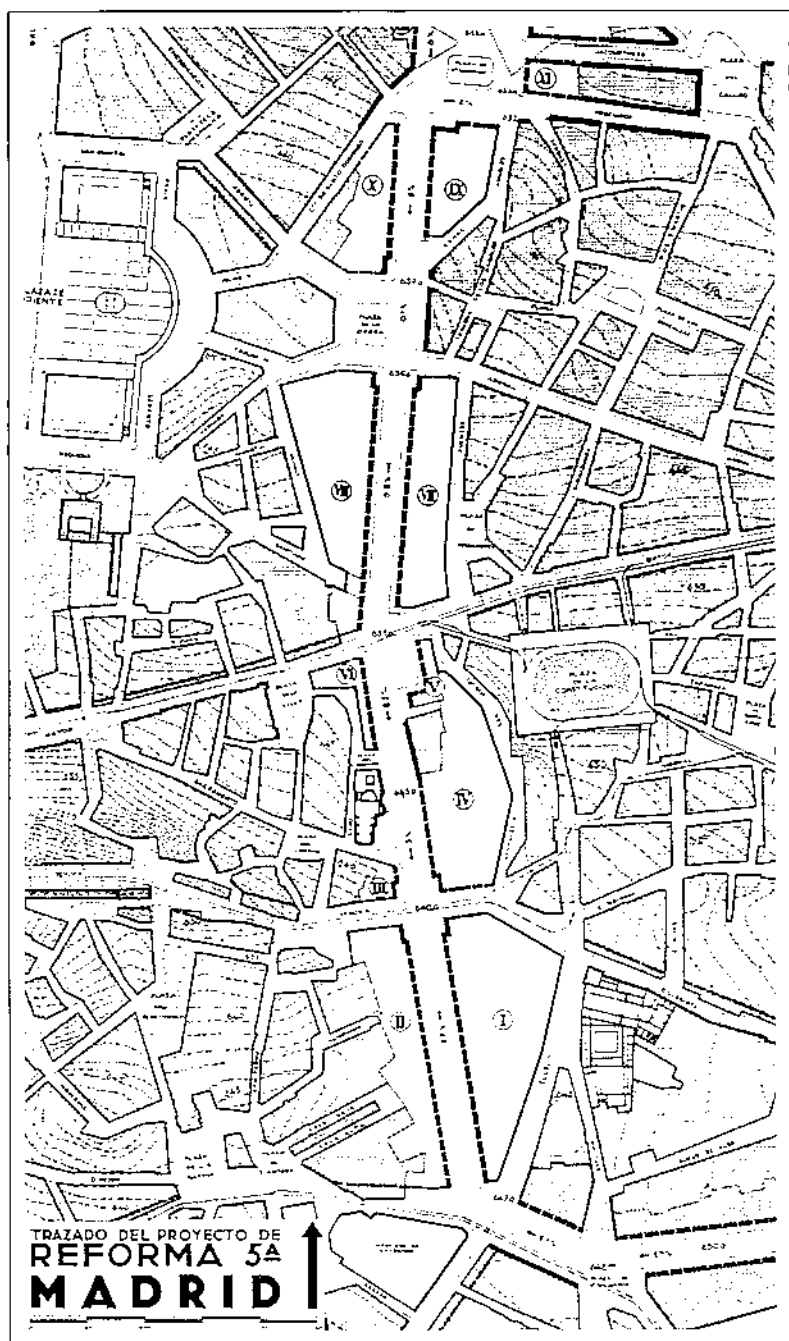
31. Secundino Zuazo. Reforma interior de Madrid,
Tirso de Molina y Antón Martín, 1932.

(con críticas de la Oficina Técnica Municipal y oposición del grupo socialista) el trazado formulado por Zuazo para la extensión.

Entendía éste —y así lo señala en las *Memorias*— que afrontar los problemas derivados de la capitalidad suponía tanto la reforma en la ciudad histórica como el hecho de hacer frente a la extensión. Partidario de sincronizar ambas actuaciones, propuso un plan donde ambos problemas eran parte de un proyecto de orden mayor. Consciente del error que suponía actuar por partes, intentando solventar problemas aislados, pero no por ello menos importantes, como cuestiones de higiene, problemas de tráfico o la situación del sur de la ciudad —la ordenación de las márgenes del Manzanares—, defendió la aprobación de una norma legal que posibilitase dichas operaciones. Tras ésta, y dada la falta de presupuesto del Ayuntamiento para hacer frente a los problemas urbanísticos existentes, reclamó que se establecieran convenios entre la Corporación e inversores privados, y fue entonces cuando propuso al Municipio la firma de un concierto con la Sociedad de Obras Públicas, Mejoras y Construcciones, S.A., con vista a desarrollar la posible reforma interior.

El acuerdo propuesto se concebía en tres tiempos: en un primero, las propuestas presentadas por Zuazo y Muguruza se refundirían en una única solución que, una vez redactada, era preciso consensuarla con la OTM; en un segundo momento, y aprobada la misma por la OTM, se discutirían sus características económicas; y por último, y aprobado el presupuesto, era preciso fijar las condiciones económicas y fiscales del mismo. Para Zuazo la idea estaba clara: buscando dinamizar la propuesta —consciente de la falta de empuje e iniciativa del Ayuntamiento— era preciso que quien ejecutase el proyecto asumiese tanto el proceso de expropiación como los derribos necesarios. Tal convenio, que en un cierto punto pareció que había sido aceptado por ambas partes, fue después recusado por el Municipio, lo que llevó a que Zuazo afirmara: “Quisieron ver en mi actuación a un técnico burgués y capitalista, cuando yo no era más que un técnico a la europea: ni capitalista, ni socialista, ni nada”⁹¹. Y cuando constató la nula disponibilidad de la Corporación para asumir este tipo de solución, comprendió la necesidad de forzar al Estado a promulgar una legislación que hiciera factible tal tipo de operaciones.

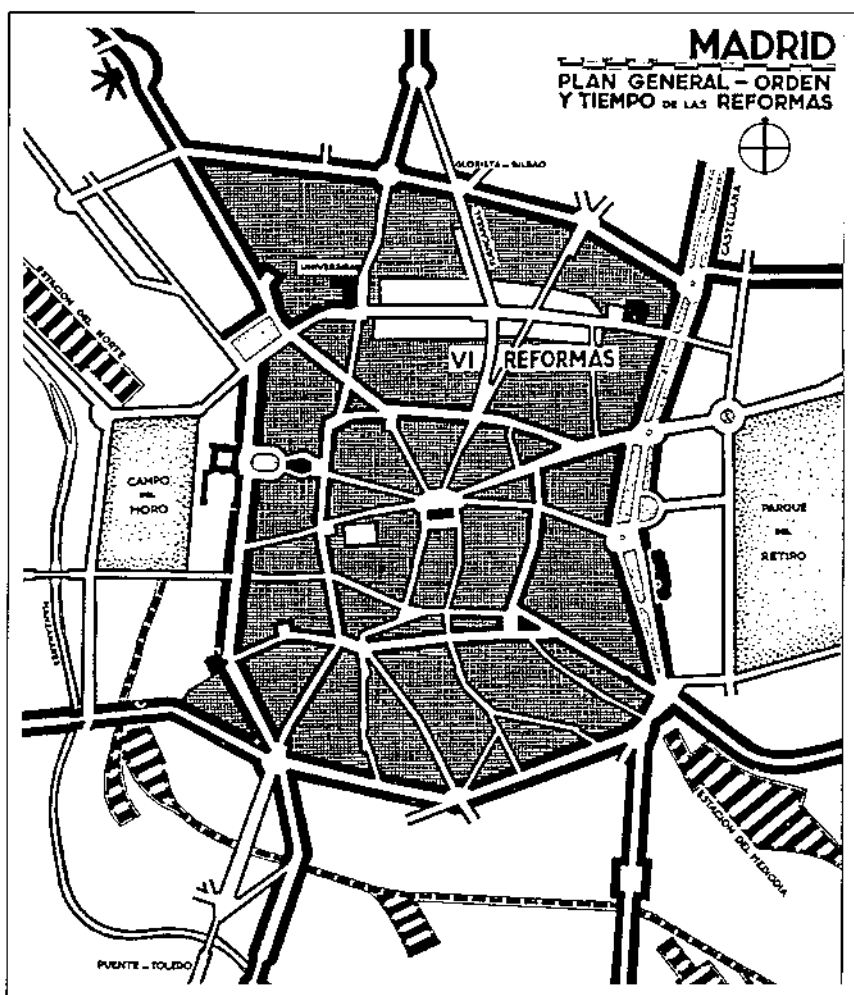
El punto de desacuerdo entre Ayuntamiento y Zuazo se debió al empeño de la Corporación en anteponer cuestiones de orden legislativo a soluciones de tipo téc-



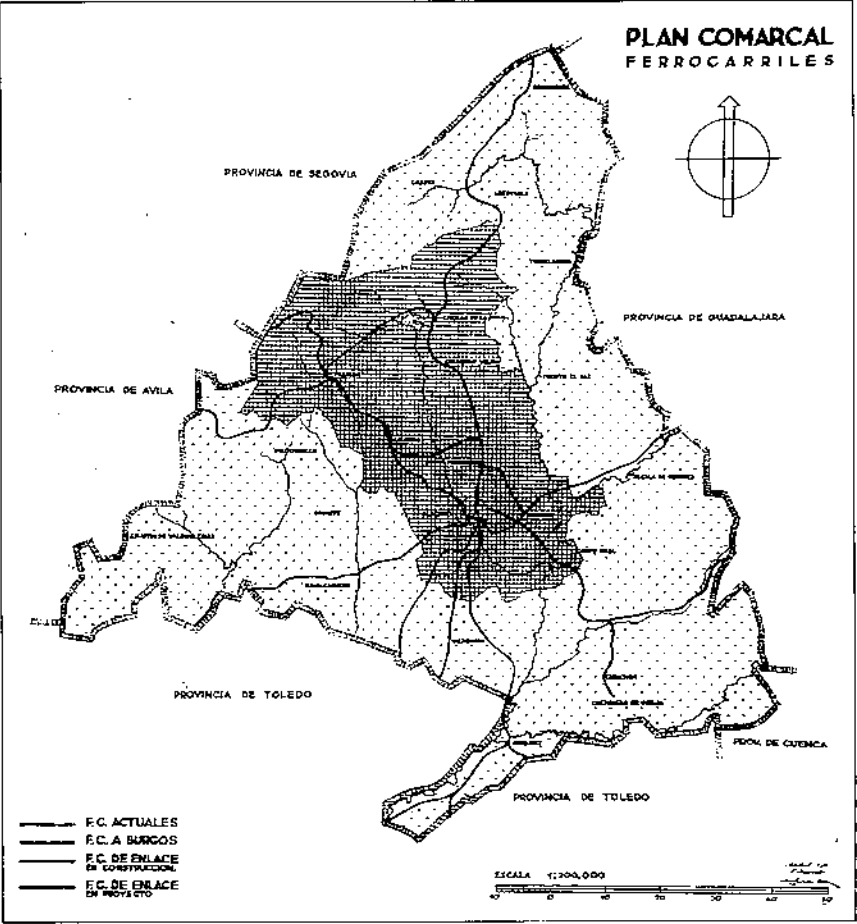
32. Secundino Zuazo. Reforma interior de Madrid, Santo Domingo, plaza de Isabel II, Puerta Cerrada, 1932.

nico. Para ésta, la pretensión del arquitecto era inaceptable por cuanto que, de ser asumida, competencias que le habían sido transferidas en el Estatuto de 1924 le serían ahora retraídas por el Estado. Por el contrario, Zuazo entendía que sólo con una legislación nueva (reflejo de una política económica y social distinta a la existente durante del Directorio) el Plan podría hacerse realidad. Temía —caso de no conseguirlo— que, como había ocurrido tantas veces en décadas anteriores, todo quedara en vacíos acuerdos municipales tomados por una Administración falta de presupuesto, que no podía garantizar su puesta en práctica. Por ello, frente a propuestas formales carentes por completo de un mínimo análisis y a ideas que obviaban los estudios de suelo y prescindían de estudios económicos que permitiesen determinar los beneficios del inversor privado que acudiese a la subasta de la concesión, su solución precisaba de una legislación que garantizase la participación del sector privado. A su idea siguió otra de la OTM, calificada por aquél como fracaso de los técnicos y de los administradores. Y cuando vio bloqueada su propuesta fue cuando Zuazo se vio obligado a presentarla a Azaña y Prieto, quienes, ante la grave crisis en la edificación, optaron por ignorar los planes del Ayuntamiento y desarrollar una doble idea: la elaboración del Plan de accesos ferroviarios y la construcción, en el norte de la Castellana, de una pieza arquitectónica (los Nuevos Ministerios) que, por su escala urbana, fuese capaz de articular y generar en su entorno un nuevo tejido urbano.

Según Decreto de octubre de 1932, Zuazo quedó vinculado al Comité de Accesos y Extrarradio. Por ello, y dado que en el mismo mes Azaña hacía público el programa de necesidades que debía cumplir el proyecto de los Nuevos Ministerios, Zuazo aprovechó tal circunstancia para proponer la nueva estación próxima a la obra. Ocurrió, sin embargo (y ello se cuenta en las *Memorias*), que, por razones que desconocemos y siguiendo los consejos de alguien, Prieto dudó si establecer la nueva estación de enlace allí donde le había indicado Zuazo (uniendo mediante un ferrocarril subterráneo las estaciones de Atocha y Chamartín y estableciendo la estación de enlace en los Nuevos Ministerios) o unir Atocha con Príncipe Pío, fijando la estación de enlace en plaza de España. Como cuenta Zuazo en su texto, fue por casualidad como supo de la intención de Prieto de abandonar su propuesta, y según refiere, tuvo que utilizar todos los recursos a mano para reconducir la situación. Por razones que no se explican, Prieto dudó entre llevar la estación de enlace a los Nuevos Ministerios o disponerla en plaza de España. Si con el primer proyecto se potenciaba el eje Castellana, el segundo su-



33. Secundino Zuazo. *Reforma interior de Madrid, Plan General en Orden y Tiempo de las Reformas, incluida la 6.ª, 1932.*



34. Secundino Zuazo. Plan Comarcal de Madrid, ferrocarriles, 1934.

ponía favorecer el desarrollo urbanístico del final del tercer tramo de la Gran Vía. La propuesta de un ferrocarril subterráneo que, tras arrancar de Príncipe Pío, cruzara San Vicente, alcanzara la explanada de las caballerizas reales (los actuales jardines de Sabatini), llegara a la plaza de Oriente y desde allí cruzara la plaza de Santo Domingo para, recorriendo el segundo y primer tramo de la Gran Vía, desembocar desde Alcalá primero en la plaza de Cánovas, luego en el pasco del Prado y llegar finalmente a Mediodía (Atocha), había sido presentada en 1925 por Fernando Reyes⁵².

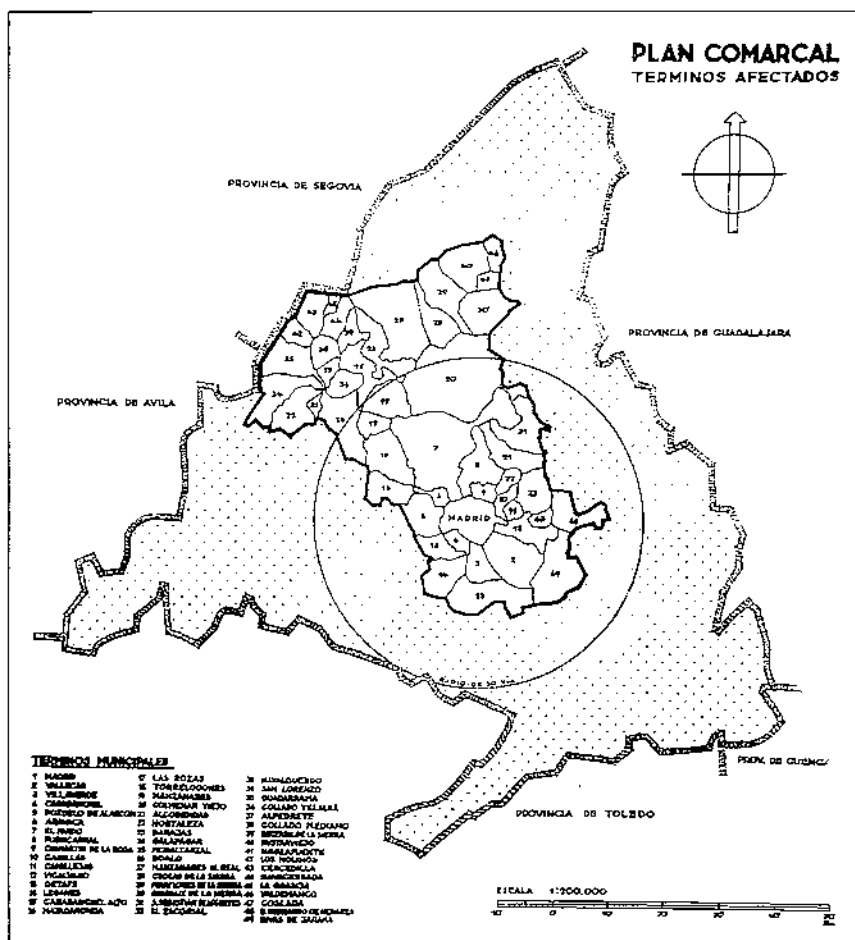
Pronto comprendió Zuazo una doble evidencia: la primera que, de aceptarse tal solución, el esquema ordenador establecido en el Concurso de 1929 (Castellana como eje articulador de la extensión) se hubiese ido al traste. En segundo lugar, que de asumirse la idea de construir la estación de enlace en plaza de España, el casco de la ciudad habría quedado colapsado, imposibilitando cualquier reforma interior. Pero, y sobre todo, comprendió que quien había inspirado la propuesta era uno de los arquitectos de confianza de Prieto, autor para el ministro socialista de la urbanización de la alicantina playa de San Juan. Se trataba, y para Zuazo estaba claro (aunque nunca lo señalara en las *Memorias*) del también vizcaíno Pedro de Muguruza. El motivo por el cual había sugerido a Prieto el cambio en la estación estaba claro: al ser Muguruza el arquitecto responsable de la concesión del tercer tramo de la Gran Vía, su propósito era potenciar el entorno de plaza de España, consciente de tal forma de que así los precios de los solares podrían incrementarse. Efectuaba esta propuesta tras haber fracasado en otras dos: la primera, al proponer cambiar el ancho de la nueva calle, haciéndola pasar de 20 a 35 metros; y la segunda, cuando aprovechando el cambio de ancho, sugería la posibilidad de edificar edificios en altura, provocando una singular polémica sobre la oportunidad o no de construir rascacielos en el centro de Madrid.

De nuevo, los intereses de Muguruza se encontraban con los de Zuazo, y la rápida reacción de este último —paralizando la operación— tuvo que irritar en sobremanera a un Muguruza convertido en empresario. Obligado, como señala en su texto, a presentar de manera urgente un proyecto alternativo a quienes proponían llevar la estación de enlace al centro, argumentó los aspectos positivos de su solución y enfatizó los negativos de la contraria. Superado el escollo, el problema vino de una OTM opuesta a cualquier propuesta de estación en la Castellana, dado —como reconociera Lorite— que los arquitectos e ingenieros de la Oficina Técnica llegaron

a tener hasta siete trazados distintos sobre cómo articular los accesos a la Castellana. Ignoro cuáles fueron aquellas siete propuestas (sin duda, todas ellas trazadas por Escario), pero que en la Comisión de Accesos y Extrarradio no figurase ningún representante del Municipio —cuando el problema central era definir la ordenación ferroviaria— se explica desde las tensiones y enfrentamientos existentes entre las dos Administraciones. Por ello, consciente Zuazo de los problemas que podían suscitarse, y dado que Prieto carecía de formación técnica para valorar el Plan Comarcal que le entregaba, su preocupación fue que el Gobierno promulgase tanto una Ley Nacional de Urbanismo como que constituyese un organismo supramunicipal capaz de planificar a escala territorial.

Entendía que únicamente se lograría ordenar la compleja red ferroviaria constituida por las líneas del norte, sur y este situando la estación de enlace en los Altos del Hipódromo. Consciente de que las opciones presentadas por las compañías privadas (la MZA o la Compañía del Norte) tan sólo buscaban mejorar sus propias redes, identificando soluciones con respuestas parciales a intereses inmediatos —a menudo contrarios a los reclamados por las otras—, valoró la necesidad de potenciar Chamartín como estación de cabecera. Puesto que la red ferroviaria nacional irradiaba de Madrid, consideró necesario ubicar allí el enlace de las líneas que unían la ciudad con la periferia. Y conseguirlo suponía resolver la penetración de la línea Burgos-Madrid en la capital, puesto que, de lograrlo, dos tercios del tráfico de mercancías y viajeros de la Compañía del Norte se desviarían hacia esta línea.

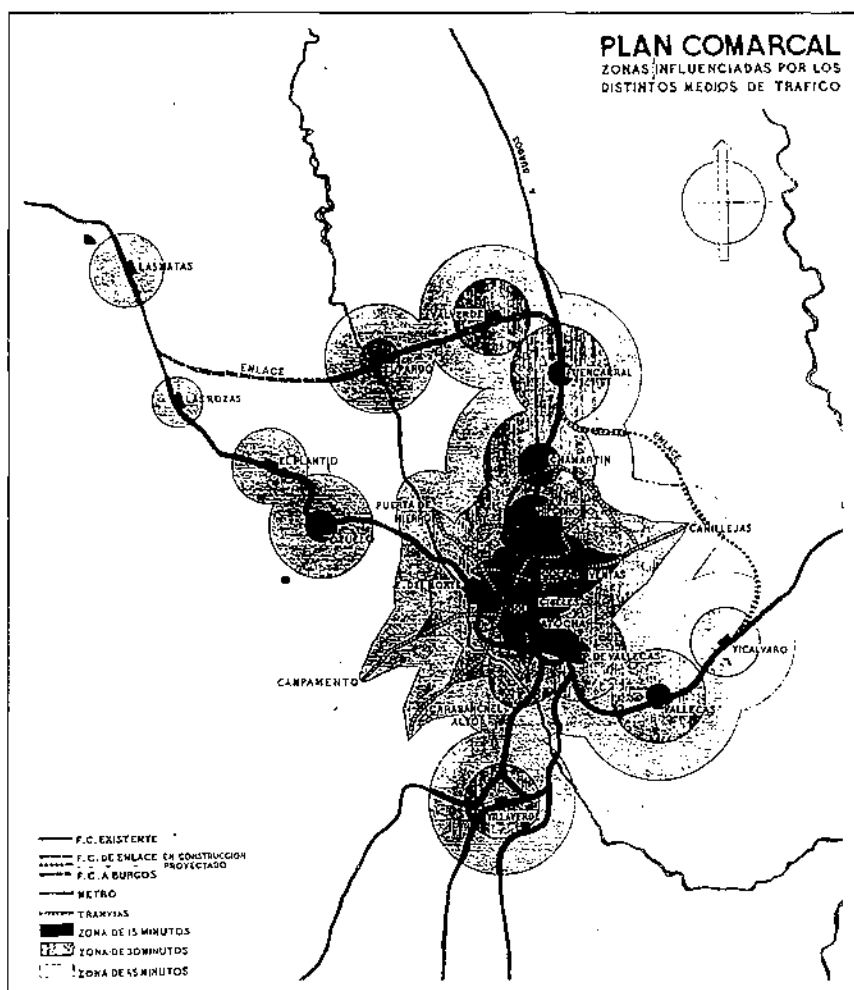
Propuso, pues, a Prieto la ordenación de la red ferroviaria en el norte de la ciudad, rompiendo el precario equilibrio existente y encarando, de una vez por todas, el problema. Entendiendo que actuar sobre la red de ferrocarril implicaba potenciar el crecimiento de Madrid hacia el norte, se opuso a la penetración del ferrocarril en la ciudad y propuso desviar la línea del norte hacia la estación de Pozuelo. Retomando su propuesta de 1929, organizó el desvío de Las Matas hacia Fuencarral, Chamartín, Hipódromo, Castellana y Recoletos, y tratando de optimizar la distribución de los viajeros, dispuso un rosario de estaciones o apeaderos de norte a sur. Paralelamente, valoró la red de ferrocarril como elemento articulador del Plan Comarcal y, tras plantear la necesidad de establecer una política de suelo, apuntó que “todo había de realizarse según un programa, contando previamente con un patrimonio de suelo estatal adquirido por expropiaciones de las zonas que impe-



35. Secundino Zuazo. Plan Comarcal de Madrid, términos afectados, 1934.

dían el crecimiento especulativo del valor de los terrenos afectados por las obras. Era imprescindible crear un fondo de aportación, llegándose a adquisiciones directas por el Estado de aquellas superficies que permitiesen conservar un control orientando las cotizaciones del suelo a urbanizar y del urbanizado, estimulando las inversiones privadas". Y aceptada por Prieto dicha solución, esbozó las bases del Plan Comarcal.

Fullaondo comentó que en 1969, cuando junto a Carlos de Miguel visitó al viejo maestro en su estudio, éste les mostró la documentación gráfica correspondiente a tres posibles trazados del Plan Comarcal. Y cuando el Gobierno de Azaña fue sustituido por Lerroux y Prieto dejó de ser ministro de Obras Públicas pasando a serlo, en su lugar, Guerra del Río, la situación de Zuazo no hubiera debido cambiar, dado que —como he comentado— Lerroux le había ofrecido incluirle en su lista por Madrid. Durante algún tiempo Sánchez del Río aprobó la inversión de fuertes cantidades en las obras de la estación subterránea de Nuevos Ministerios, tratando de finalizar el túnel que debía unir ambas estaciones. Pero, como reflejo de las tensiones existentes en el Parlamento, a partir de este momento se inician las críticas contra lo que se denominó "el túnel de la risa". Por mucho que el arquitecto intentase defenderse solicitando al Parlamento que visitase las obras, para valorar a pie de obra si hubo o no dispendio, las opiniones contrarias arreciaron, debiendo comparecer, a petición del ministro, ante la Comisión de Presupuesto del Congreso, toda vez que el presidente del Gabinete de Accesos y Extrarradio, el ingeniero Laffont, no había contestado de manera satisfactoria. Y cuando en 1935 Marraco —enemigo declarado de la política de Obras Públicas iniciada por Prieto— fue nombrado ministro, atendiendo a las presiones de MZA y de la Compañía del Norte, decidió disolver el citado Gabinete, momento que Zuazo entendió como una derrota con la que no sólo se daba al traste a su Plan Comarcal sino que se imposibilitaba —como era su intención— programar suelo para la extensión de la ciudad. Sin estación de enlace entre norte y sur, entre Atocha y Chamartín, la única forma de que la extensión de Madrid pudiera afianzarse era construyendo el edificio de Nuevos Ministerios que propusiera Azaña. Las *Memorias* que ahora se publican detallan cómo decidió actuar el arquitecto, e informan sobre la decisión de Zuazo de tomar como referencia los edificios administrativos que en aquellos años se habían construido en Dresde o Frankfurt. Y el dato que comenta, señalando que la documentación facilitada por Prieto se limitó a cifras y datos sobre la superficie a ocupar, evidencia de qué forma la vocación empresarial de Zua-

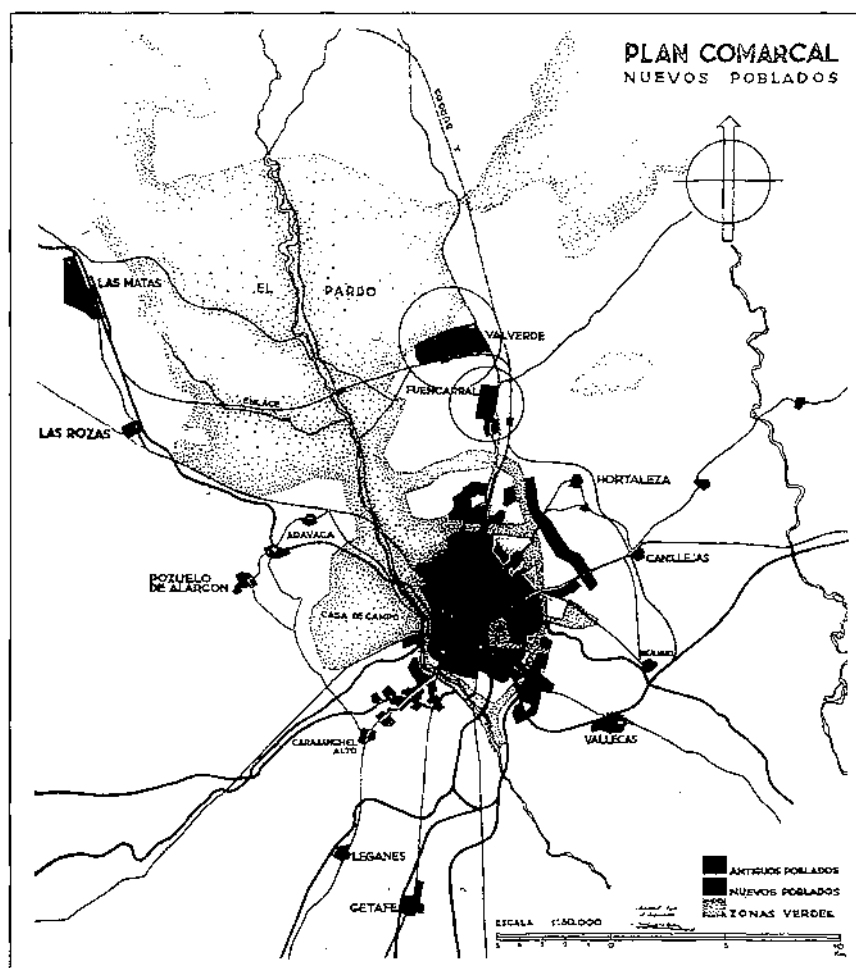


36. Secundino Zuazo. Plan Comarcal de Madrid, zonas influenciadas por los distintos medios de tráfico, 1934.

zo le llevó a estudiar la viabilidad financiera de la operación, tratando de obtener la concesión pública del mismo.

La obra de los Nuevos Ministerios fue, en la fecunda vida profesional de Zuazo, su gran proyecto, puesto que el encargo le permitió enfrentarse, simultáneamente, a tres problemas: los urbanísticos de gran escala, entendiendo por tal la consolidación del eje Castellana gracias a una pieza capaz —por su potencia y dimensiones— de generar una trama urbana en su entorno; las cuestiones de escala menor, al estudiar y trazar las plazas que rodeaban el edificio, y, por último, las cuestiones de diseño arquitectónico. Afrontó temas tan dispares como el diseño de la estación subterránea (que proyectó en colaboración con Arniches y Domínguez), del mismo modo que propuso la gran fachada sobre el eje de la Castellana, ordenando plazas, espacios públicos que serían “unas plazas que Madrid en ese sector necesitaría, unos espacios libres que los organismos oficiales no verían nunca, viendo con pobre mentalidad la utilización de terrenos sin generosidad y sin grandeza”. Fue en este momento cuando en su forma de hacer y concebir introdujo una referencia a la historia de la arquitectura, puesto que tras citar ejemplos del pasado propuso modelos y estableció referencias. Lejos de buscar pautas en una arquitectura próxima, comentó la lección que suponía la veneciana plaza de San Marcos, y propuso la lonja escorialense como paradigma del “saber hacer”, abriendo puertas a lo que —durante su deportación en Las Palmas— sería uno de los temas con los que, poco más tarde, ocuparía su tiempo.

Uno de los grandes asuntos que no se han estudiado en la obra de Zuazo es su valoración de la historia, su interés por la arquitectura escorialense. No podemos olvidar que a él se debe el brillante estudio sobre el monasterio (su discurso de Ingreso en la Academia de San Fernando), y, según comentó Mercadal, entre sus papeles y apuntes existía un libro casi terminado sobre la arquitectura escorialense, redactado durante los años de su permanencia en Francia. Pero El Escorial no es una novedad en el Zuazo del exilio francés. Por el contrario, al encarar la construcción de los Nuevos Ministerios —al margen de que decidiera tomar como referencia la arquitectura alemana de esos años—, comentará que la lección de El Escorial debe reflejarse en la valoración de los espacios y plazas. Y es en este punto cuando describe que la plaza ante el edificio debía ser como “lonjas sobrias, espacios libres ponderados y calles, ayudando a la arquitectura. Sólo obra de arquitectura, tierra desnuda y pavimentos pétreos, sin jardines, sin un solo árbol”.



37. Secundino Zuazo. *Plan Comarcal de Madrid, nuevos poblados, 1934.*

Identificando la escala de los Nuevos Ministerios con la grandiosidad del proyecto escurialense, propuso que el conjunto se valorara desde la visión de una lonja entendida como plaza urbana y desde el edificio mismo, que se consagra gracias al espacio urbano que lo ennoblece. “plazas sin tráfico alguno, tranquilas para el ciudadano [...] la gran plaza, como una gran lonja, nunca sería estacionamiento de coches y sí como una réplica de las de Felipe II en el Escorial”. Y la plaza, ante el edificio, suponía valorar la fachada del cuerpo central situado entre los dos ministerios: “Construía los pasos bajos de la lonja grande al Patio de Honor. Proyectaba la parte de la fábrica común a los dos ministerios, deseando fuese un canto a la sobriedad y nobleza de nuestra arquitectura pétrea [...]. Tal cuerpo comprendería un vestíbulo, una pequeña escalera para ascender al cuerpo noble y, particularmente, a los salones de recepción [...]. Y estos proyectos de tal arquitectura debían ir enriquecidos por esculturas y creaciones murales”.

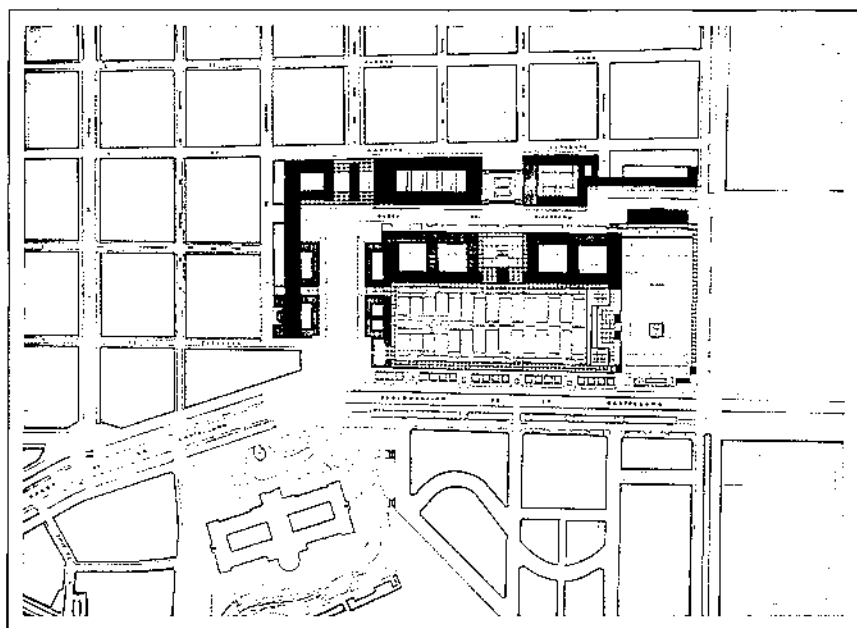
Concebía tres espacios abiertos: el que denominó Patio de Honor o lonja grande; la plaza del Pueblo, abierta y menor, y, por último, la plaza que daba sobre Ríos Rosas, ruidosa por el tráfico existente. Durante años (durante la República, en los momentos de su exilio en París o, incluso más tarde, durante su deportación en Las Palmas), el diseño de aquellas plazas fue una de sus grandes preocupaciones. Conocemos, de hecho, distintos esbozos de su mano, porque en aquel monográfico de *Arquitectura* publicado por Carlos de Miguel, aparecieron varios apuntes correspondientes a lo que se llamaron los *Cuadernos de París*. Elaborados en los años del exilio parisino, en ellos se entremezclaban notas y comentarios con apuntes y esquemas que permiten conocer cómo afrontó la fachada del edificio, detallando tanto los elementos que integraban el Patio de Honor como el tratamiento de la plaza del Pueblo o la secuencia de espacios abiertos (en la fachada principal o en la trasera) y de su análisis se deduce hasta qué punto éstos preocuparon al arquitecto⁵³.

Intranquilizado por el futuro de este proyecto, señala en sus *Memorias* que “los cronistas que escriban sobre la ciudad hablarán del comienzo de estas obras con plazas, arquerías y edificios”. Nunca, hasta el momento, Zuazo se había mostrado siquiera preocupado por el juicio de los demás sobre su arquitectura, pero ahora su inquietud no es tanto por la opinión de sus contemporáneos, como por lo que generaciones posteriores pudieran pensar de su trabajo. De algún modo, su actitud recuerda a la que adoptó Torres Balbás al comentar la valoración que los

futuros historiadores deberían hacer de la arquitectura de los años veinte, sobre un momento en el que “se quiso resucitar la arquitectura”. Quizá por ello Zuazo opta por simplificar y estilizar los elementos pertenecientes al lenguaje clásico, por reclamar el sentido de la historia como nunca lo hiciera, entendiendo —de aquí la lección escurialense— hasta qué punto la puesta en valor del material debe acompañar al ejercicio clasicista de la fachada. Y si las arquerías proyectadas como filtro entre el edificio y la Castellana recuerdan el ejercicio clasicista realizado por Muzio en la Universidad Católica de Milán, el recurso al material (el potente granito, que viera en El Escorial) sugiere el uso de la piedra que Bonatz había realizado en la estación de Stuttgart.

A partir de este punto, y como él mismo señala, los acontecimientos se precipitan, y las *Memorias* se convierten en el relato de una tragedia reflejo del ambiente político en el Madrid anterior a la Guerra Civil, de las contradicciones y tensiones existentes y de cómo el arquitecto hubo de hacer frente a las mismas. Sorprende que Zuazo no dedique una sola línea a comentar su colaboración con Torroja en una obra tan singular como el Frontón Recoletos, que nada diga de sus trabajos para el Banco de España en Córdoba o Granada o que omita toda referencia a la actividad profesional de otros compañeros de profesión. Consciente del papel que siempre desempeñó como jefe de fila, de maestro de la generación que inició su actividad profesional en torno a 1925 (él, recordémoslo, había terminado sus estudios en los primeros días de 1913), parece como si toda su vida hubiese vivido cerrado en su mundo. Sin embargo, quien se preocupe en leer las pequeñas noticias que se publican en *APAA*, la revista que editara Anasagasti, en *Cortijos y Rascacielos* o en *La Construcción Moderna*, sabrá de sus frecuentes contactos con el resto de la clase profesional, de su participación en jurados y de sus debates con el resto de los arquitectos.

Nada dice, sin embargo, en las *Memorias* de la muerte de Mañas, en 1931; de sus contactos con Azaña o Prieto o de la arquitectura que en esos momentos se desarrolla en Barcelona, ni opina tampoco sobre el debate existente en toda Europa sobre la arquitectura del llamado Movimiento Moderno. Y nada dice porque la Guerra Civil —ya en ciernes— lo oscurece todo, y sólo Madrid sigue siendo su gran preocupación, la gran protagonista de su relato. Son estas *Memorias* una narración en la que su autor cede el protagonismo a la ciudad donde profesionalmente creció y se hizo. Reivindicando el silencio (“quien tenga algo que decir”, había

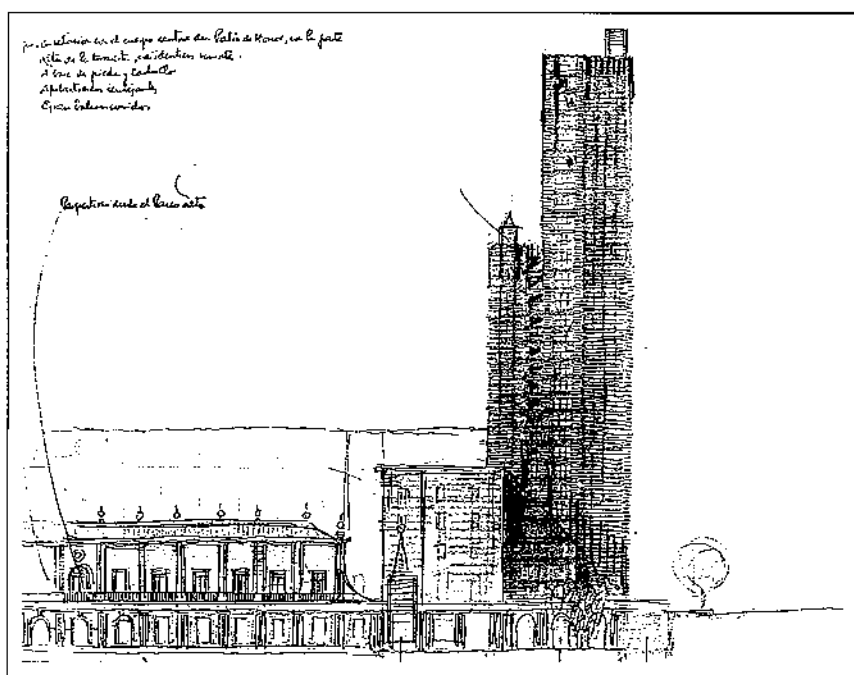


39. Secundino Zuazo. *Estudio de los Nuevos Ministerios*, 1938.

señalado Loos, “que salga de las filas, que de un paso adelante... y que calle”), su interés no es novelar su vida ni aportar anécdotas que le sitúen en el centro de un debate, porque consciente de la grandeza de sus esquemas, lo único que pretende, como ya he señalado, es reclamar la autoría de unas ideas, la singular condición de haber sido el arquitecto que trazó el Madrid moderno, el Madrid que poco a poco se fue construyendo a partir de sus pensamientos e intuiciones. Y cuando, amenazado de muerte por la CNT, se vea obligado a dejar la ciudad, marchará, exilado de la barbarie de la guerra (que no de la República), hacia Francia.

Es en este momento cuando, por primera vez, aparecen noticias sobre su vida privada y explicaciones sobre sus opiniones políticas. Preocupado por describir su experiencia, informa sobre las causas que le llevaron a vivir en Francia, comenta el difícil ambiente de aquellos antifranquistas que hubieron de exilarse en plena guerra de su propio país, de su República, al tiempo que refiere cuál fue su actividad profesional en los años en los que hubo de permanecer en Francia. Vive el tiempo del exilio obsesionado por colaborar en la reconstrucción del país que tuvo que abandonar, estableciendo contactos y desarrollando una singular actividad con otros refugiados. Detalla cuáles fueron sus intereses y el relato de cómo dedicó su tiempo a estudiar de qué forma Francia había llevado a cabo su reconstrucción tras la Gran Guerra, y con vista a tomar aquella experiencia como punto de partida, abre puertas a una reflexión sobre su más ambicioso sueño: coordinar y dirigir, terminada la Guerra Civil, la reconstrucción de España. Pero lejos de convertirse en un intelectual aislado y sin contactos, narra cómo un capital internacional interesado en invertir en la reconstrucción de España le convirtió (por su formación profesional y por su experiencia con los grupos inmobiliarios) en su interlocutor privilegiado. Y el relato de sus relaciones con aquella banca demuestra, fundamentalmente, hasta qué punto el problema de la Guerra Civil no fue la simple división entre “nosotros” y “ellos”, sino la compleja y profunda fracción entre gentes que rechazaban realidades presentes en ambos bandos al tiempo que eran favorables a cuestiones presentes también en ambos bandos.

Como señalé en otra ocasión, al estudiar la actuación de la Dirección General de Regiones Devastadas, durante la guerra (y estando el Gobierno en Burgos) el Gobierno de Franco organizó un primer Servicio de Reconstrucción bajo la responsabilidad de Benjumea, el ingeniero que en 1926 había integrado a Zuazo en la Junta Interventora de la Industria del Cemento. Tratando de organizar aque-



40. Secundino Zuazo. Estudio de los Nuevos Ministerios, emplazamiento,
 conjunto de edificaciones ministeriales y plazas, 1938.

llos Servicios de forma similar a como lo hicieran los franceses después de la Gran Guerra, al tener noticia Benjumea de la estancia de Zuazo en París y advertido, igualmente, de que su actividad en aquellos momentos no era otra que el estudio de la experiencia francesa tras la Gran Guerra, reclamó al Gobierno la presencia del arquitecto. Argumentaba que la personalidad de Zuazo se hacía necesaria al nuevo Gobierno, máxime cuando el arquitecto formaba parte de una asociación internacional de estudios integrada por entidades bancarias, constructoras y técnicas, con sede en la parisina Banca Dreyfus. Y buscando forzar su retorno, la política fue cerrarle las puertas. En este sentido, y a pesar de que durante un tiempo intentara motivar al capital extranjero para coordinar su inversión en España, el Régimen de Franco consiguió sus objetivos: como el propio arquitecto señala, una de las veces en que fue convocado a una reunión para tratar las bases de la reconstrucción aconteció que, antes de su inicio, representantes de la banca española le impusieron, caso de que quisiera participar, manifestar su adhesión al régimen franquista, y al negarse a formalizar la misma, le fue impedido el acceso.

Del mismo modo, y por idénticos “motivos”, cesaron sus contactos tanto con la Banca Morgan como con el “Consortium Commercial pour l'Etranger”, presidido por el conde de Parret de la Roca. En el intento de recuperar al arquitecto para la causa de Burgos, aquel Gobierno envió a Francia, para entrevistarse con Zuazo, a su viejo conocido Pedro Muguruza, ahora primer director general de Arquitectura. En las *Memorias* se describe la entrevista, se cuentan cuáles fueron los “argumentos” utilizados para convencer al maestro sobre la necesidad de que expresase su adhesión al nuevo Estado, cuáles las razones de conciencia expuestas para rechazar la oferta y también cuáles fueron, a corto y medio plazo, las consecuencias del rechazo. El “viejo conocido” (ignoro si amigo, dada la cantidad de litigios que durante años hubo entre ambos) visitó a Zuazo en noviembre o diciembre de 1937 y, según cuenta, “venía a decirme que creía que debía incorporarme a la España nacional; “dime, Pedro, ¿quién te envía con esta comisión?”. “El Caudillo”. Mi respuesta no podía ser más que una, la que había dado al ministro de Obras Públicas [...] y la misma contestación a la dada al Consejo que íbamos a celebrar en la Banca Dreyfus”.

No he conseguido localizar en el Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares los informes que Muguruza elaboró de aquella reunión (quizá estén

en el Archivo de la Presidencia de Gobierno), aunque sospecho que fueron causa directa de muchos de los problemas que luego tuvo Zuazo, ya que a partir de ese momento el arquitecto quedó desamparado y en difícil situación⁵⁴. Espiado por personas próximas (incluso por la esposa de un conocido de Madrid, el poco nombrado agregado militar en Berlín) que buscaban saber si mantenía relaciones con Prieto, su soledad es casi absoluta. Y fue entonces cuando llegó un primer soplo de esperanza, en el momento en que el cónsul general de Venezuela en Europa le invitó a marchar y trabajar en Caracas, invitación que le reiteraría al poco tiempo el embajador de Colombia, Obregón, para ir a Bogotá.

Ambas propuestas hicieron abrigar esperanzas y esbozar proyectos, razón por la cual soñó, junto con Álvarez Mendizábal y con el ingeniero Valiente, llevar a Venezuela un grupo de técnicos españoles que, ya en el exilio, deberían fijar su residencia en aquel país. Se invitaba a Zuazo para que, con su larga experiencia en temas de urbanística, afrontase la transformación urbana de Caracas, del mismo modo que el embajador de Colombia confiaba en que pudiese asumir la de Bogotá. De algún modo, ambos países anticipaban la que luego fue generosísima oferta del mexicano presidente Cárdenas al exilio español, gracias a la cual numerosos técnicos españoles marcharon a aquel país, desarrollando una singular actividad. Podríamos incluso imaginar cuál hubiese podido ser la ocupación de un Zuazo-empresario caso de haber marchado a América en momentos, recordémoslo, en que Rotival proponía los cambios en Caracas, cuando Brunner y Rother proyectan en Bogotá o cuando Le Corbusier visita la ciudad y formula sus ideas sobre cómo actuar en la misma.

La diferencia entre éste y lo que a su vez fuera el exilio alemán era clara: Paul Erenberg en Costa Rica, Hegemann en Argentina, Rother en Colombia, Klumb o Bornhorst en Venezuela, Cetto, Meyer y Hartung en México o Linder en Perú, fueron arquitectos que contribuyeron modernizando una arquitectura y llevando hasta allí los parámetros de un nuevo lenguaje: Zuazo, por el contrario, no sólo era el urbanista capaz de formular grandes propuestas, sino que además, y sobre todo, era el técnico-empresario capaz de tratar con la banca internacional, de conseguir financiación y créditos y de modificar la infraestructura del país. Aquel sueño se frustró debido, sobre todo, a las presiones políticas que hiciera Lequerica, boicoteando el viaje y forzando (con el pretexto de que su presencia era imprescindible para la reconstrucción de España) su vuelta a Madrid⁵⁵.

El 11 de julio de 1940 Secundino Zuazo regresa a España, consciente de los sinsabores y amarguras que le esperan: de inmediato le es aplicada la Ley de Responsabilidades Políticas y, paralelamente, se le incoa un Expediente de Depuración Profesional como arquitecto. Ve a quienes fueron jóvenes colaboradores de su estudio convertidos ahora en los jerarcas urbanísticos del nuevo Estado: aquel que fuera su empleado, Pedro Bidagor, es el comisario ideológico que establece pautas y marca directrices; el joven Pérez Mínguez —el más técnico y menos político de todos ellos— se encuentra en la órbita de Bidagor; Ortiz ha muerto y Muguruza —el viejo conocido con quien tantas veces había litigado—, convertido en director general de Arquitectura y, en consecuencia, preboste máximo del Régimen, será quien le comunique las sanciones dictadas contra él y le traslade la decisión tomada de extrañarle en Canarias. Incluso, por lo que he sabido, llegó a ofrecerle un talón de 20.000 pesetas para que así pudiera rehacer su vida en las islas, talón que Zuazo nunca cobraría pero que, como me comentó Mercadal, siempre guardó como prueba y testimonio de la actitud del nuevo Régimen⁵⁶. En aquellos primeros momentos de posguerra el ambiente que le toca vivir a Zuazo nada tiene que ver con la euforia triunfalista que otros viven. Olvidado por quienes con él todo lo aprendieron, e incluso amenazado, verá que hasta hay quien pretende incautarle su vivienda (un militar, hermano, por cierto, de quien más tarde recibió el encargo de la basílica del Valle de los Caídos) en la plaza de la Independencia. Entiende, en síntesis, que no sólo ha perdido los contactos, las amistades o los posibles apoyos, sino que toma conciencia además del deseo de muchos de hacerle marchar hacia Canarias y perder así de vista a un más que incómodo testigo.

Denunciado, su expediente en el Archivo General de la Administración contiene datos que nada aportan a quien quiera conocer la personalidad de Zuazo y sí, por el contrario, a quien se interese por la miseria humana. Castigado con el destierro, al cabo de casi cuatro años se le permitirá regresar a Madrid. Ayudado en Las Palmas por el obispo, desarrolla allí una triple actividad: por una parte, retoma su trabajo profesional y proyecta no sólo el Seminario, sino también algunos planes urbanísticos y otras obras menores; inicia el estudio de la arquitectura popular canaria y, por último, dedica el resto de su tiempo al análisis del monasterio de El Escorial. Siempre, contaba Mercadal, quedó Zuazo agradecido a Canarias por la ayuda y apoyo que allí encontró y, de hecho, parte de las *Memorias* que ahora se publican fueron escritas allí durante sus vacaciones invernales. En 1943 fue por fin autorizado a regresar a Madrid, comenzando su largo exilio interior. Abando-

nado por casi todos y sin que sus opiniones fuesen escuchadas, en 1945 recibió el homenaje de la Academia de San Fernando al nombrársele, en noviembre de dicho año, Académico de Mérito. Sin duda, valoró aquel reconocimiento público, pero el que él realmente buscaba era que se le reconociese públicamente como el arquitecto que sentó las bases del Madrid actual, el arquitecto que trazó y definió el crecimiento de la ciudad.

Mercadal, depurado profesionalmente y obligado a trabajar como funcionario del INP; Lacasa, exilado en Rusia y más tarde en China; Lorite, muerto, al igual que Quintanilla; Gustavo Fernández Balbuena, desaparecido antes de la guerra (su hermano Roberto, exilado en México); Santiago Esteban de la Mora, exilado en Colombia; Sánchez Arcas, exilado en Polonia; Amós Salvador, exilado en México... Frente a ellos, Zuazo vivirá, durante la larga posguerra, una penosa situación al ver que quienes ahora deciden y opinan son personas a las que conoce bien humanamente y a quienes no valora ni intelectual ni profesionalmente. Frente a él estarán Valdés Larrañaga, Pedro Muguruza o Bidagor, es decir, muchos de quienes en su día pasaron por su estudio y conocieron su propuesta urbana para Madrid.

En otro momento, hace más de veinte años, al iniciar mis estudios sobre la arquitectura del primer franquismo topé con una idea expresada por el historiador Marc Bloch que retomé, buscando con ello explicar lo que entendía fue aquella primera aventura: "La estafa ha sido grande, y de qué manera. Pero a los pillos no sólo hay que mirarles lo que llevan en las manos, sino saber si ello estuvo alguna vez en otras limpias y honestas". Lo que los nuevos urbanistas llevaban en las manos, en el Madrid franquista, obviamente era la idea que Zuazo había concebido y definido para Madrid. Su estafa fue minimizar su nombre, intentar hacer creer que su figura fue sólo un espejismo en la Historia y que ellos eran los autores del Plan. Por ello, las páginas que siguen se preocupan más en describir lo que hay en esas manos que en contar de quién son éstas. Pero el lector inteligente comprenderá fácilmente cuál fue la potencia y la fuerza con que esas manos sostuvieron el lápiz que diseñó nuestra contemporaneidad.

* * * * *

El texto *Madrid y sus anhelos urbanísticos. Memorias de Secundino Zuazo* que sigue es parte de un proyecto biográfico, más amplio, que el arquitecto elaboró en

los últimos meses de su vida. Dividido en dos grandes bloques, las presentes *Memorias* son sólo la primera parte del conjunto de papeles y notas actualmente depositados en la Biblioteca Nacional de Madrid. Si en ningún caso estas *Memorias* (esta primera parte) son un texto acabado, cerrado y rematado, pronto y listo para ir a imprenta, la segunda parte (en la que trata qué sucedió tras su vuelta a Madrid, en 1943) son (por cuanto he sabido) sólo apuntes, "medios folios" redactados más buscando rememorar hechos, poner en orden recuerdos, que no un texto bien articulado. La gran diferencia entre la primera parte de las *Memorias* (las que ahora se publican) y la segunda, es que en las páginas que siguen existe un hilo argumental, una redacción que permite (con los defectos que se quiera) leer de forma corrida el texto. La segunda parte es imposible ser leída por completo y los muchos folios que la componen (muchos de ellos distintas versiones de un mismo hecho) son sólo el primer intento por articular un texto. Por desgracia, la muerte sorprendió al maestro antes que pudiera terminar una u otra, sin que pudiera pulir el texto, rematar determinados párrafos, citar correctamente los libros utilizados... A menudo, como puede verse, las citas se hacen de memoria, dando sólo un número y buscando luego precisar obra y página. Quizá por ello aparecen pequeños errores en ciertos datos (el plano de Texeira, por ejemplo, no fue trazado en 1761) que ni siquiera merecen ser corregidos. Texto escrito a vuelapluma (o quizá dictado), estos pequeños lapsus en nada desdichan el valor de lo referido.

Aplicando criterios de estricto purismo podría discutirse la conveniencia de sacar a la luz estas memorias, argumentándose que quizá su autor hubiese valorado y matizado su texto con notas y citas. A ello cabría señalar cómo el valor del documento que ahora se edita está muy por encima de tales criterios. Por ello, confiando no haber errado y pensando que era mejor ofrecer al lector el texto tal como el arquitecto lo dejó a su muerte, se ha optado por no corregir los errores ortográficos que una desconocida secretaria pudo cometer, no se han modificado los contados errores cronológicos que aparecen ni tampoco se han "transcrito correctamente" los nombres mal citados... Texto donde una misma palabra en ocasiones aparece con mayúsculas y otras veces con minúsculas; en el que ciertas frases tienen sentido confuso; donde los signos de puntuación se colocan de cualquier manera, consecuencia sin duda de ser un texto dictado y puesto a limpio por un ayudante... Todo ello era un problema menor: porque la duda surgió al plantearse si las citas previstas por Zuazo debían ser complementadas, si los libros a los que se hacía mención debían ser referenciados "académicamente", buscando com-

plementar y “perfeccionar” el texto; pero luego entendí que, puesto que las *Memorias* son inconclusas, intervenir en ellas, aun con algo tan nimio como lo señalado, hubiese sido traicionar un deseo. Y puesto que el texto se lee perfectamente, no siendo en absoluto necesario añadir palabra alguna, decidí dejar el texto tal como su autor lo dejó, poco antes de su muerte.

Mi deseo sólo ha sido contribuir, siquiera mínimamente, a explicar la grandeza arquitectónica, la coherencia política y la honestidad personal de quien, durante décadas, fue maestro indiscutible de la arquitectura madrileña. Por ello quiero agradecer a Guillermo Vázquez su dedicación al posibilitar la edición de este trabajo; a Alejandro de Diego, nieto del arquitecto, su ayuda desde el primer momento, y a Javier, Isabel y Carmen Zuazo, hijos de Secundino Zuazo, su más que amable permiso para publicar estas *Memorias*.

NOTAS

¹ La entrevista realizada por Carlos de Miguel y Juan Daniel Fullaondo apareció con el título "Zuazo Ugalde, Secundino: Luz y sombra en la obra de Secundino Zuazo", en *Arquitectura*, n.º 141, septiembre de 1970, pp. 31-45. Según comentaría el propio Fullaondo, aquella entrevista fue reflejo de las varias visitas realizadas al estudio de Zuazo.

Sobre la obra de Secundino Zuazo la profesora Lilia Maure realizó en su día su tesis doctoral, publicada posteriormente por el Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid.

² Como años más tarde reconociera el conde de Mayalde al propio Zuazo, tras dejar de ser director general de Seguridad para convertirse en alcalde de Madrid, el denunciante fue Manuel Valdés Larrañaga. Nacido en 1909 en Bilbao, Valdés fue fundador de Falange Española, primer jefe nacional del SEU y primer jefe nacional de Educación. Valdés Larrañaga, jerarca del partido, había formado parte, antes de la guerra, del Primer Consejo Nacional de Falange, de la Primera Junta Política de Falange, siendo, además, jefe territorial del norte de España. Candidato por Falange Española en las elecciones del 16 de febrero de 1936, el 13 de marzo de dicho año fue detenido: buscando su liberación, su madre pidió a Secundino Zuazo que certificara (es decir, avalara) ante la policía su condición de estudiante colaborador en su estudio. La negativa de Zuazo ("que Valdés reclamase un haber era absurdo, porque en mi oficina no cobraba nada: acudía a aprender y creo que, desgraciadamente, fue una de las pocas personas que en mi estudio pasó desapercibida, dirá en las *Memorias*") fue el más grave de los "cargos" que se esgrimió en la Causa de Responsabilidades Políticas que el Régimen abrió contra Zuazo. De nada sirvió que demostrase haber ayudado -en plena guerra- a toda una comunidad de religiosas perseguidas, escondiéndolas en su propia casa, ni que probase con cartas sus gestiones para liberar a otros conocidos miembros de Falange: al concluir la guerra, Valdés Larrañaga -jefe provincial de Falange, consejero nacional, subsecretario de Trabajo en 1939, delegado nacional de Sindicatos en 1942 y vicesecretario general del Movimiento a partir 1945 y hasta 1951, desde los primeros momentos de la posguerra fue consejero nacional del Movimiento y miembro igualmente de la Junta Política-, presionó al director general de Seguridad para conseguir tanto la apertura de Causa por Responsabilidades Políticas contra Zuazo como el consiguiente expediente de depuración profesional.

Conviene señalar que Valdés Larrañaga, a pesar de ser un arquitecto sin obra, al finalizar la contienda fue nombrado primero decano del Colegio de Arquitectos de Madrid y luego (entre 1943 y 1951) presidente de la Junta Superior del Colegio de Arquitectos de España. Sobre sus "méritos", ver los datos que la prensa nacional publicó el domingo 17 de septiembre de 1944, reseñados "con ocasión de su nombramiento por el Caudillo de Vicesecretario de Secciones". Su carrera política se truncó en 1950, siendo nombrado en esa fecha presidente de la Federación Española de Fútbol, cargo en el que sólo permaneció un año, puesto que luego, y hasta 1970, fue sucesivamente embajador de España en República Dominicana, Venezuela, Egipto y Líbano.

³ C. Sambricio, "Fernando Chueca, Historiador de la Arquitectura", en *Goya*, n.º 264, mayo de 1998, pp. 131-143. Sobre el exilio de los arquitectos españoles de aquellos años, remito a la ponencia que presenté en el Congreso Internacional *Architecture and exile. The German-Speaking Emigration and the transformation of Modernism (1933-1945)*, organizado por la TU-Berlin Fachgebiet Kunstwissenschaft con una comunicación sobre *Spanisches Exil als parallele: In der Sowjetunion, den USA und Lateinamerika*, noviembre de 1998, así como el celebrado en Toledo, *Sesenta años después: La cultura del exilio republicano español desde 1939*, To-

ledo, noviembre de 1999. Sobre el tema, "Arquitectura, Residencia y Exilio", en *Residencia*, publicación de la Residencia de Estudiantes de Madrid, n.º 8, junio de 1999, pp. 18-19.

⁴ En distintas conversaciones, tanto Bidagor como Mercadal me contaron los contactos de aquellos jóvenes arquitectos (ahora responsables políticos de urbanismo) con el viejo maestro. Por lo que sé, por lo menos en dos ocasiones, Bidagor y Laguna visitaron a Zuazo, pidiendo opinión y consejo sobre las obras de la Castellana; y, cuando vieron cómo las ideas expresadas eran contrarias a la nueva propuesta, cortaron aquellas entrevistas. Quise preguntar sobre aquellos contactos a Julián Laguna pero rehuyó, con evasivas, hablar sobre el tema. Y cuando a su muerte intenté consultar su archivo tuve noticia de que éste se había destruido, al pensar la familia que contenía papeles "sin importancia".

Durante la década de los cuarenta y cincuenta se publicaron numerosas noticias sobre los Nuevos Ministerios, llegando incluso a presentar la obra como logro del nuevo Régimen. Conocemos el estado en que se encontraba la obra en mayo de 1936 gracias al comentario aparecido en *El Sol* (8 de mayo de 1936, p. 5), en el que se daba relación de las partidas terminadas. Tras la guerra, Grande Villa fue nombrado responsable de los "nuevos proyectos": publicados en *ABC* (6 de junio de 1943, pp. 12-13); allí Villa señaló como problema "fundamental" la adaptación de las antiguas obras a las nuevas necesidades. La Comisaría aprobó el cambio de los accesos en febrero de 1947 (acuerdo n.º 43, sesión n.º 7). Gaspar Blein colaboró en los "proyectos" para las nuevas fachadas (aprobados en octubre del mismo año, acuerdo n.º 285, sesión n.º 5; acuerdo n.º 303, sesión n.º 22 del mismo mes y año, y acuerdo n.º 315, sesión n.º 5, noviembre de 1947). La estación (proyectada antes de la guerra por Arniches y Domínguez) fue concluida en torno a 1953 por el ingeniero Enrique Krahe (ver *Arriba*, 9 de diciembre de 1953, p. 3, así como el folleto *El apeadero de la Avenida de Calvo Sotelo (Recoletos) y los enlaces ferroviarios de Madrid*, Madrid, 1949). Se publicó importante documentación gráfica sobre la obra tanto en *Gran Madrid*, n.º 7, 1949, p. 2, como los cuatro números de *Vivienda y Urbanismo*, revista publicada en 1958 por el Ministerio de la Vivienda, donde se reprodujeron numerosos planos de la obra en los años cincuenta.

⁵ La bibliografía sobre la reconstrucción en Francia tras la Primera Guerra Mundial es más que abundante: recientemente se ha celebrado una excepcional exposición sobre el tema, analizando cuál fue la destrucción en la región de Picardía (Albert, Amiens, Compiègne, San Quintin, Soissons o Noyon), allí donde se desarrolló la guerra de trincheras y donde 446 pueblos fueron completamente destruidos y otros 778 lo fueron en el 50%, donde aproximadamente 80.000 viviendas fueron destruidas y donde hubo más de 400.000 refugiados. Ver *Reconstructions en Picardie après 1918*, París, 2000.

⁶ El comentario de Torres Balbás apareció, junto a los dibujos de Zuazo, en "La arquitectura moderna en la Sierra de Guadarrama", en *Arquitectura*, marzo de 1920, pp. 78-84. Sobre la importancia de El Escorial en aquellos años, ver tanto el proyecto que Bergamín publicara en *Arquitectura*, n.º 12, abril de 1919, p. 103, como los comentarios sobre cómo llevar a término una colonia de casas baratas en la misma población, aparecido en *La Construcción Moderna*, n.º 23, 15 de diciembre de 1920, pp. 265-267, y n.º 24, 30 de diciembre de 1920, pp. 276-280.

⁷ En 1933 Juan de la Encina publicó una monografía sobre la obra de Zuazo (en ediciones Edarba) en la que aparecían numerosos proyectos del arquitecto. Además, sobre el Concurso para Correos de Bilbao, ver Cabello Lapiedra, "Los nuevos edificios para Correos y Telégrafos", en *Arquitectura y Construcción. Anuario 1920*, pp. 81-94. El Concurso para el edificio de Correos de Santander fue publicado en *ABC*, 9 de noviembre de 1926, p. 12. Uno de

los concursos más publicitados en aquellos años fue el celebrado para el Círculo de Bellas Artes de Madrid: consultar sobre el mismo tanto las objeciones de Anasagasti a las bases (publicadas en *La Construcción Moderna*, 1918, p. 241) como los comentarios a los proyectos presentados, en *Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos*, n.º 61, 15 de julio de 1919; *Arquitectura*, n.º 16, 1919, pp. 201-234, y *La Construcción Moderna*, 1920, p. 25; *Blanco y Negro*, 1924, n.º 1734, y *El Sol*, 7 de enero de 1920 y 29 de junio de 1926, p. 8.

⁸ Los estudios hasta ahora publicados sobre Zuazo han ignorado su presencia en el Congreso de Londres, tema que entiendo fue fundamental en la formación del joven arquitecto. Las primeras noticias aparecieron en 1919, comentándose sobre su organización del Congreso y discutiéndose cuál debía ser la representación española (*La Construcción Moderna*, 1919, p. 59). Bastida y Belausteguigoitia publicaron, a su vuelta a España, una importante *Memoria sobre el Congreso de la Habitación y de los Ensanches de Londres y sus consecuencias* en la Editorial Vasca (Bilbao, 1921), donde informaron detalladamente sobre cuanto sucedió en el mismo, del mismo modo que Nicolás Rubió sacó a la luz dos artículos sobre el *Congrès d'Edificació i Urbanisme*, Londres, junio de 1920, en *Civitas*, año 2, n.º 1 y 2, así como otros en *La Construcción Moderna*, 1920, p. 10.

Las conclusiones del Congreso se publicaron tanto en *La Construcción Moderna*, 15 de agosto de 1920, pp. 112-113, como en el bilbaíno *La Tarde*, 13 de octubre de 1920, p. 10, y luego 9, 11 y 13 de diciembre de 1920. Bastida, además del folleto señalado, escribió varios artículos en *La Construcción Moderna* (n.º 17, 15 de septiembre de 1921, pp. 181-182; 30 de septiembre de 1921, pp. 189-190; 15 de octubre, pp. 196-198; 30 de octubre, pp. 206-208; 30 de noviembre de 1921, pp. 238-240). Sobre si competía o no a los municipios la construcción de las viviendas económicas o si ésta era competencia del privado, ver *La Construcción Moderna*, año XIX, n.º 5, 15 de marzo de 1921, pp. 41-44, así como *Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos*, n.º 84, 30 de junio de 1920, p. 10, y n.º 192, junio de 1920, pp. 766-769. Las revistas socialistas del momento (*El Socialista*, 8 de julio de 1920, p. 3) publicaron información sobre la situación de las cooperativas inglesas. A riesgo de equivocarme, sólo Agustín Cotorruelo señaló en su trabajo *La Política económica de la Vivienda en España* (Madrid, 1960, p. 51) la importancia que el Congreso de Londres tuvo en la redacción de la Ley de Casas Baratas de 10 de diciembre 1921.

⁹ Sobre el incremento del precio del suelo en el ensanche, ver *La Construcción Moderna*, 1920, p. 168, y sobre el incremento en el precio de los materiales de construcción, ver M. García Cortés, *El encarecimiento de la construcción entre 1914-1920, Proposición presentada por el Excmo. Ayuntamiento de Madrid, 10 enero 1922*, Madrid, 1922.

Interesa consultar el *Anuario Estadístico de España, 1921-22. Comunicación del Director General de Estadística del Ministerio de Trabajo*, Madrid, 1923 (y del que dio noticia *La Construcción Moderna*, 1923, p. 207): allí se refleja cómo Madrid era una ciudad que en sólo veinte años había duplicado su población mientras que su crecimiento se realizaba de forma no homogénea. A. López Baeza: "La transformación y el crecimiento de Madrid", en *Hogar Propio*, año IV, n.º 32, julio de 1931, pp. 1-6, y *Anales del Instituto Nacional de Previsión*, año XXIII, n.º 92, julio-agosto de 1931, pp. 810-815, da cuadros sobre crecimiento de población y contrasta con lo que sucedía en los distintos barrios entre 1910-1930, estudiando igualmente el número de viviendas existentes en el casco interior, ensanche y extrarradio, contrastando —quinquenio a quinquenio— los costos de alquiler entre 1910 y 1930 y analizando el número de fincas ocupadas y su superficie. Sobre estos temas López Baeza había escrito muchos otros trabajos: *El Sol*, 28 de agosto de 1931, p. 3, y 28 de julio de 1931, y luego la larga serie aparecida en *El Hogar Propio*, "La vivienda insalubre", año II, n.º 6, 1 de abril de 1929,

pp. 6-10; "La acción social desarrollada por el Instituto Nacional de Previsión y cajas colaboradoras", año I, n.º 2, 1 de diciembre de 1928, pp. 2-3; "El vértigo de la ciudad", año III, n.º 22, agosto de 1930, pp. 5-6; "La falta de opinión sobre los problemas de la ciudad", año II, n.º 14, diciembre de 1929, pp. 11-12; "Sobre la racionalización de la ciudad", año III, n.º 20, junio de 1930, pp. 4-5; "El déficit de viviendas en Madrid", año II, n.º 7, 1 de mayo de 1929, pp. 3-4; "Ante un propósito del alcalde. El de la vivienda es el problema fundamental de Madrid", año III, n.º 17, marzo de 1930, pp. 8-10. "No debe prevalecer la razón económica sobre el imperativo social", año II, n.º 10-11, agosto-septiembre de 1929, pp. 40-42. También "La Transformación y crecimiento de Madrid", año IV, n.º 32, julio de 1931, pp. 1-6; *Anales del Instituto Nacional de Previsión*, año XXIII, n.º 92, julio-agosto de 1931, pp. 810-815, y "El paro obrero en España. El paro forzoso y la reducción de la jornada de trabajo", en *Anales del Instituto Nacional de Previsión*, año XXV, n.º 104, julio-agosto de 1933, pp. 610-611.

³⁰ El plano de Carlos Velasco, de 1886, inédito hasta el momento (redibujado por Ruiz Palomeque), se encuentra en la Sección de Mapas y Planos de la Biblioteca Nacional de Madrid (Cartografía de España) con n.º 1316. Ver, igualmente, *Gaceta de Obras Públicas*, n.º 11, 1886, y n.º 20, 1888. Ver Ruiz Palomeque: "El trazado de la Gran Vía", en *Anales del Instituto Nacional de Previsión*, t. 34, 1977, pp. 347-359, o "Transformaciones urbanas en el casco antiguo, 1876-1931", en *La sociedad madrileña durante la restauración, 1876-1931*, Madrid, 1989, vol. I, pp. 77-102, y siempre, "Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX", Madrid, 1976.

Clementina Díez de Baldeón ha comentado cómo el Gobierno de Cánovas abandonó al privado la dirección de las obras de reforma interior; la Ley de Saneamiento y Reforma Interior fue redactada desde los intereses privados, en un intento por atraerse políticamente a los sectores financieros ofreciéndoles a cambio importantes plusvalías. Ver "Apuntes sobre la vivienda obrera en el Madrid de la segunda mitad del siglo XIX", en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, t. XVII, 1980, pp. 391-407, así como el también ya clásico *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, 1986. Sobre la importancia de la Ley de Expropiación Forzosa de 1879 y la de Saneamiento y Reforma Interior de Grandes Poblaciones de 1895, ver Ruiz Palomeque (*Ordenación y transformaciones...* p. 80), así como A. Bahamonde y J. Toro, *Burguesía, Especulación y Cuestión Social en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, 1978. La Ley de 1895 sirvió, fundamentalmente, para fomentar la especulación de suelo urbano, como quedó demostrado con las obras de la Gran Vía (*El Sol*, 18 de abril de 1935, p. 4). Aquella norma de reforma interior, así como su Reglamento promulgado al año (recogidos en las *Disposiciones sobre mejoras y saneamiento de Reforma Interior*, Madrid, 1907), planteaba establecer el sistema de reformas interiores mediante un sistema de concesiones.

Los edificios del segundo tramo de la Gran Vía fueron construidos por Espelius, Palacios, Anasagasti, Zuazo, López Salaberry, Sainz de los Terreros, Mathet y Muguruza. Ver las actas de la Comisaría de Ordenación Urbana de Madrid, acuerdo n.º 204, sesión de 25 de junio de 1952, así como el número monográfico que *Cortijos y Rascacielos* dedicó a la Gran Vía.

Sobre Horacio Echevarrieta como hombre de negocios, consultar la tesis doctoral presentada en la Facultad de Ciencias Económicas del País Vasco, redactada por Pablo Díaz Morlán. Igualmente, ver *El Sol*, 7 de septiembre de 1929, p. 3.

³¹ La influencia de Sitte en España es un tema a investigar. Consultar el discurso de ingreso en la Academia de San Fernando *La calle bajo su aspecto artístico* que, en 1901, leyó J. Urioste y Velada. Tres años más tarde José López Salaberry ingresó en la misma Academia y su tema de ingreso fue *Consideraciones acerca de la fundación, desarrollo y reformas de las grandes Urbes*. Cabría citar también otros trabajos de Buenaventura Bassegoda; sobre la recepción de

Camilo Sitte en España, ver Víctor Pérez Escolano en *Cuadernos de Arte de la Universidad de Granada*, t. XXII, 1992, pp. 483-492.

Sobre las reformas urbanas en Madrid, ver *Revista de Obras Públicas*, septiembre de 1904, pp. 552-553 y, en la misma revista, 1905, p. 972, además de los trabajos de Ruiz Palomeque citados en la nota anterior. Sobre el valor de la propiedad del suelo, por calles, en el Madrid de 1906, ver *La Construcción Moderna*, 1907, p. 23, donde destaca cómo las calles más valoradas eran Montera (los precios entre ésta y el tramo de Castellana próximo a las Rondas estaban en relación 20 a 1), Columela, Libertad y Velázquez. Sobre las transformaciones del entorno inmediato a Gran Vía ver el artículo "Pintoresquismo o madrileñismo", en *La Esfera*, 24 de abril de 1920. Sobre los empréstitos municipales para desarrollar el trazado, ver *La Construcción Moderna*, 1916, p. 146, y el *Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos*, n.º 186, 30 de septiembre de 1924.

El proyecto de Carlos Velasco fue objetado por el Círculo de la Unión Mercantil como por otras fuerzas vivas de la ciudad, razón por la cual el ministro de Gobernación planteó un nuevo proyecto. Ver *Revista de Obras Públicas*, pp. 335, 386, 469 y 688. El pliego de condiciones definitivo apareció en *La Construcción Moderna*, 1910, p. 131.

En 1903 se pedía al gobierno que apoyara los proyectos del alcalde Marqués de Portazgo para la apertura de la Gran Vía (*Revista de Obras Públicas*, julio de 1903, pp. 391-392). Sobre las expropiaciones para la Gran Vía ver, en la misma revista y año, pp. 320 y 329, así como, siempre en la misma revista, junio de 1903, p. 239; 1904, pp. 211-212 y p. 336.

En el primer tramo de la Gran Vía se plantearon edificios de los hermanos Sáinz de los Terreros, Ugalde y Mathet, así como proyectos de Cascales y García Lomas. En 1919 (4 de abril) Alfonso XIII firmaba el Acta del Proyecto de Reformas y Prolongación de la calle Preciados con enlace en Callao y Alcalá (Biblioteca Museo Municipal, fotografía n.º 1693). En 1920 faltaban por llevarse a término los derribos hasta el final de la calle del Carmen por la acera de los pares (*La Construcción Moderna*, 1920, pp. 50-56).

¹² Antes de comentar el abandono de Zuazo de la dirección de las obras del segundo tramo de Gran Vía y valorar sus proyectos para Sevilla y Bilbao es preciso, en nota, destacar que fue Pedro Muguruza, arquitecto vascongado (hombre de confianza de Echevarrieta) afincado en Madrid, quien le sustituyó. Por la importancia que Muguruza tendrá en la vida profesional de Zuazo, conviene destacar cuál fue la personalidad y la trayectoria profesional de este arquitecto. Sobre el mismo he publicado una nota bibliográfica en *Madrid: ciudad-región. De la Ciudad Ilustrada a la primera mitad del siglo XX*, Madrid, 1999, nota 27 del quinto capítulo.

En su día (Madrid, 1933, y editado también por Edarba, con prólogo de Sagarzaza) se publicó una monografía de su obra sin estudio alguno sobre sus proyectos. De los textos por él o sobre él publicados destacan "Proyecto para la construcción de la Huerta del Rey, en Burgos", en *Arquitectura*, n.º 4, agosto de 1918, pp. 95-98; "Estudio sobre el puerto de Bermeo", en *La Tarde*, 28 de febrero de 1921, p. 2; "Conferencia sobre Las Casas Vascas en el Ateneo de Madrid", en *La Construcción Moderna*, 1922, p. 124; "Proyecto de Monumento para el Sagrado Corazón", en *El Sol*, 17 de mayo de 1923, p. 6; "Proyecto de transformación de la iglesia de San Francisco en Elgoibar", en *La Construcción Moderna*, 1923, p. 272; "Proyecto para el Ensanche de Fuenterrabía", en *La Construcción Moderna*, 1924, p. 56; "Casa de la Prensa en la Gran Vía de Madrid", en *ABC*, 3 de febrero de 1925, p. 16, y 5 de febrero, p. 7; también *La Construcción Moderna*, 1925, p. 23, y *El Constructor*, marzo de 1925, n.º 17, p. 226-227, así como *La Construcción Moderna*, 1928, p. 201; "Proyecto para el Puente Internacional que une Fuenterrabía con Ondarraiz, con un tramo central móvil" en *La Construcción Moderna*, 1925, p. 351; "Proyecto para el Ensanche de Irún", en *La Construcción Moderna*, 1926, p. 711; "Casa de alquiler en la calle de Alfonso XII, n.º 30 en

Madrid", en *Arquitectura*, n.º 89, septiembre de 1926, pp. 348-353; "Monumento al Sagrado Corazón en Bilbao", en *La Construcción Moderna*, 1927, p. 215; "Proyecto de estación del ferrocarril de circunvalación proyectado por Arrillaga, De los Ríos y Alix en el Hipódromo", en *Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos*, n.º 265, 18 de enero de 1928, pp. 7-8, así como en *El Sol*, 29 de enero de 1928, p. 3, e *Ingeniería y Construcción*, 1928, p. 155; "Monumento a Concepción Arenal", en *El Sol*, 2 de noviembre de 1928; "Escalera para el Museo del Prado y otras reformas", en *Arquitectura*, 1928, pp. 307-312; sobre su participación en las obras del Teatro Real ver *El Sol*, 30 de julio de 1929, p. 3, y *Hormigón y Acero*, n.º 2, 1934, pp. 63-76; "Proyecto de la Ciudad Jardín Castañeda, Colonia ferroviaria en Pozuelo", en *El Hogar Propio*, n.º 4, 1 de febrero de 1929; "Cine Monumental en colaboración con el arquitecto Casto Fernández-Shaw", en *Cortijos y Rascacielos*, n.º 3, p. 96; "Proyecto de escuela maternal", en *Arquitectura*, n.º 144, pp. 138-144; "Proyecto para el edificio del cine Callao en Madrid", en *Arquitectura*, n.º 146, p. 194; "Reforma de la plaza de España", en *AC*, 2.º trimestre de 1931, p. 33; "Estudio de aparcamiento subterráneo realizado para el Comité Técnico del Ayuntamiento en Callao, plaza de Santo Domingo y plaza de las Descalzas", en *La Construcción Moderna*, 1931, p. 152; "Propuesta de transformación de la zona de Amaniel", en *ABC*, 21 de noviembre de 1931, pp. 10-11; "Cine Coliseum de Madrid", en *ABC*, 13 de febrero y 15 de mayo de 1932, así como *Informaciones*, 13 de diciembre de 1932, *Obras*, enero de 1933, p. 40, y el número (n.º 11) que *Cortijos y Rascacielos* dedicó al mismo; "Proyecto de viviendas económicas que presenta al Ayuntamiento de Bilbao en colaboración con Labayen y Aizpurua", en *Boletín del Colegio de Arquitectos*, Barcelona, 1932, p. 64. También "Anteproyecto para el Hospital de San Sebastián", en el *Boletín del Colegio Oficial de Arquitectos Vasco-Navarro*, noviembre de 1933, *Arquitectura*, n.º 177, 1934, dedicado íntegramente al mismo. "Concurso de Escuelas", en *AC*, n.º 9, pp. 32-34, y *La Construcción Moderna*, 15 de mayo de 1933, p. 20; "Concurso de anteproyecto para la construcción de un Hogar Escuela para Huérfanos de Correos convocado por Los Amigos del Arte", en *ABC*, 26 de septiembre de 1934, p. 37.

Sobre la reforma interior de Madrid y las soluciones de Muguruza, ver *El Sol*, 23 de octubre y 11 diciembre de 1932, también 9 de julio de 1933, p. 4, y 10 y 17 de agosto de 1934, así como 22 de noviembre del mismo año; *ABC*, 4 de agosto de 1933 y 20 de septiembre de 1934; *Boletín del Colegio de Arquitectos de Madrid*, n.º 51, 1 de noviembre de 1933, p. 4; *El Debate*, 9 de agosto y 19, 21 y 28 de septiembre y 22 de noviembre de 1934; *Hormigón y Acero*, 1935, p. 11; *Administración y Progreso*, diciembre de 1934, pp. 604-626; *Informaciones*, 9, 23, 24 y 28 de agosto de 1934; *Arquitectura*, n.º 8, octubre de 1934, pp. 207-223; *Ingeniería y Construcción*, octubre de 1934, p. 651; *Tiempos Nuevos*, n.º 16, 10 de diciembre de 1934, pp. 11-21; *Obras*, n.º 31, enero-marzo de 1935, p. 5; *RE-CO*, enero de 1935, p. 2.

Tras la guerra, las publicaciones de Muguruza cambian radicalmente, destacando de manera especial *Ideas generales sobre el Plan de Ordenación y Reconstrucción en I Asamblea Nacional de Arquitectura*. Servicios Técnicos de FET y JONS, 1939; *Arquitectura Popular Española*. Conferencia pronunciada en el Salón de Actos de la Exposición de la Reconstrucción en España el 26 de junio de 1940; *Sistematización técnica en un plan nacional de resurgimiento*. Conferencia pronunciada en el Instituto Técnico de la Construcción el 4 de diciembre de 1940. "Aspectos del Urbanismo moderno", en *Arriba*, 16 de abril de 1940 (citado por S. Diéguez, en *Un nuevo orden urbano*, p. 225); "Para una estética de la ciudad", en *El Español*, 7 de noviembre de 1942 (citado por S. Diéguez, *op. cit.*, p. 225); "El problema de los suburbios en España", en *Pueblo*, 7 de marzo de 1943, p. 2, y "El futuro Madrid. Los suburbios", en *Informaciones*, 7 de marzo de 1945; *Estudio para un plan de mejoramiento de las viviendas humildes*, Madrid, 1943; "El futuro Madrid. La ordenación industrial", en

Informaciones, 25 de enero de 1945, p. 3; "El futuro Madrid. La situación de los suburbios", en *Informaciones*, 25 de marzo de 1943, p. 5; "Madrid, Gran Capital", en *Arriba*, 9 de abril de 1943; "Conferencia pronunciada en el ciclo sobre El futuro Madrid", en *Pueblo*, 11 de febrero de 1944, p. 2, c *Informaciones*, n.º 8, 11 de noviembre y 11 de diciembre de 1944, p. 3; "El futuro Madrid. Legislación y Técnica", en *Informaciones*, 24 de mayo de 1944; "Sobre la necesidad de una Ley Urbana para Madrid", en *Informaciones*, 11 de febrero de 1944; "El Ensanche, Madrid y su reorganización", en *Informaciones*, 11 y 22 de julio de 1944, p. 5; "El Plan de Ordenación en Madrid", en *Informaciones*, n.º 2, 12 y 17 de junio de 1944; "Aspectos económicos del mejoramiento de la vivienda humilde", en *Las Ciencias*, n.º 4, 1944, pp. 3-29; "La necesidad de actuar en el Extrarradio y los suburbios", en *Informaciones*, 11 de noviembre de 1944; "El futuro Madrid: Comunicaciones por carretera", en *Informaciones*, 24 de mayo, 12 de junio y 8 de noviembre de 1944; "Plan de ordenación de Madrid. La ciudad antigua y el interior", en *Informaciones*, 27 de junio de 1924 (citado por S. Diéguez, *op. cit.*, p. 225); "El Ensanche de Madrid y su reorganización", en *Revista Nacional de Arquitectura*, n.º 32, 1944 (citado por S. Diéguez, *op. cit.*, p. 225); "Ciudad Satélite en el Nuevo Madrid", en *Informaciones*, 20 de mayo de 1944 y 15 de enero y 7 de marzo de 1945; "El futuro Madrid. Los poblados satélites", en *Informaciones*, 1 de febrero de 1945; "El problema de la vivienda en los suburbios", en *Informaciones*, 24 de marzo, 20 y 28 de abril de 1945, p. 4; "Ordenación Industrial de Madrid", en *Informaciones*, 25 de enero de 1945; "La urbanización del Extrarradio de Madrid", en *Informaciones*, 2 de enero de 1945; "Plan de ordenación de Madrid", en *Informaciones*, 2 de enero de 1945. El 14 de marzo de 1946 Prieto Moreno tomaba posesión como Director General de Arquitectura sustituyendo a Muguruza por una grave enfermedad que éste padecía. Sobre su actividad profesional como arquitecto, ver la noticia publicada en *Gran Madrid*, n.º 16, pp. 2-3 a modo de necrológica, donde aparece una completa relación de sus proyectos y trabajos completados.

El primer enfrentamiento entre Muguruza y Zuazo se produjo al cesar el segundo como director de las obras de la Gran Vía y asumir el primero tal papel. Este choque quedó reflejado en el Acta de la Sesión Ordinaria celebrada por el Ayuntamiento el 27 de noviembre de 1929, donde Muguruza figura como representante de Echevarrieta. Sobre el financiero Horacio Echevarrieta, ver lo señalado en la nota 13: conviene destacar cómo su figura fue especialmente importante en el Bilbao de 1917 y en el Madrid de los años veinte. En Bilbao fue presidente de la Cámara de Comercio y, como tal, estuvo enfrentado a Santiago Alba cuando éste buscó, en 1918, formalizar las nonatas leyes fiscales sobre beneficios de guerra. Venido a Madrid en 1920, su presencia supuso incentivar la economía local en un momento de crisis en la construcción, gesto valorado por la prensa local al destacar (*La Construcción Moderna*, 15 de enero de 1926, p. 1) como: "[...] no solo en Madrid, sino en toda España, se construye poco, consecuencia de la honda crisis nacional que causa estragos en las industrias. El retraimiento en la construcción se acentúa y solo se construyen en la Gran Vía, hoteles y cines". La actitud emprendedora de Echevarrieta fue alabada por Moreno Villa en *El Sol*, 9 de febrero de 1928, p. 1, en su artículo "Los inicios de la arquitectura". Sobre la aportación de Echevarrieta al urbanismo madrileño y sobre su imposición de un "estilo retórico" en la Gran Vía, *El Sol*, 7 de septiembre de 1929, p. 3, donde en un largo artículo (con dibujos de Sancha) se señala cómo Muguruza, portavoz de Echevarrieta, era quien definía formalmente aquel nuevo Madrid. Y aquella crítica sería retomada por AC, n.º 2, segundo trimestre de 1931, p. 33 (retomando un artículo publicado en *El Sol*) cuando censuraba el Monumento a Cervantes proyectado por Muguruza, criticando la falta de criterio del Gobierno ante lo que calificaban de disparate. Recordar que Muguruza y Zuazo volvieron a chocar en 1932, y luego también en 1934, al diferir sobre cómo afrontar la reforma interior de Madrid.

Sobre el edificio del Palacio de la Prensa conviene tener presente que fue proyectado entre 1924 y 1925, si bien fue inaugurado en 1928; ver el artículo publicado por Franco Rodríguez en *ABC*, 5 de febrero de 1925, p. 7, donde da breve historia de la Casa de la Prensa, describiendo posteriormente el proyecto de Muguruza. Además, *La Construcción Moderna*, 1925, p. 3; *El Sol*, 9 de febrero de 1928, p. 1; *La Construcción Moderna*, 1928, p. 201; *Arquitectura*, n.º 117, 1929, p. 2, y *ABC*, 8 de abril de 1930.

Muguruza edificó la casa que el propio Echevarrieta construyó para sí mismo en Tres Cantos: ver, al respecto, *Cortijos y Rascacielos*, n.º 15, 1934, pp. 18-21.

Sobre el edificio de Telefónica, fundamentalmente el trabajo publicado por P. Navascués en *El edificio de la Compañía Telefónica*, Madrid, 1984, reeditado en *Rehabilitación del edificio de la Telefónica en la Gran Vía de Madrid*, Madrid, 1992. Ver *La Construcción Moderna*, 1925, p. 253, donde se daba cuenta de la intención de la compañía de edificar el nuevo edificio y, en la misma revista, 1928, p. 333. También *Arquitectura*, febrero de 1928, pp. 42-64, y luego en n.º 132, abril de 1930, p. 113. Sobre la construcción del edificio, ver *ABC*, 18 de diciembre de 1927; en la Biblioteca Nacional, Sala Goya, existe documentación fotográfica sobre el tema, destacando la correspondiente a sig. 17-109; también en el Museo Municipal hay otra documentación, destacando las fotografías n.º IN 9333 y 0334.

Sobre el hundimiento del Palacio de la Música, ver *ABC*, 5 de diciembre de 1925, así como *El Socialista*, 5 de diciembre de 1925, p. 2; sobre el edificio restaurado, ver *El Constructor*, n.º 17, marzo de 1925, pp. 226-227; *La Construcción Moderna*, 1926, p. 331; *Arquitectura*, n.º 92, diciembre de 1926, pp. 462-469; *Ingeniería y Construcción*, 1927, p. 47; *ABC*, diciembre de 1932, portada; *Obras*, 1933, pp. 96-101; *Nuevas Formas*, 1935-36, p. 337.

¹³ Debo agradecer a Ana Azpíri cuantos datos tengo sobre Manuel Mañas. Ha sido ella, en su tesis doctoral (publicada luego como *Urbanismo en Bilbao, 1900-1930*, Vitoria, 2000) quien por vez primera se ha detenido (pp. 479 y siguientes) en la figura de este singular personaje. Mañas tuvo, tras el Congreso de la Edificación de 1923, una significativa intervención al polemizar con Mauricio Jalvo sobre la necesidad de establecer un Banco municipal con capital adelantado por asociación pública de emisión de obligaciones (*Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos*, n.º 153, 15 de mayo de 1923). La idea de Jalvo era que el Municipio fuese dueño del suelo para que así la plusvalía beneficiase las arcas municipales y no a particulares.

Sobre las críticas a la construcción del segundo tramo de la Gran Vía, destacando la necesidad de construir viviendas para los desahuciados, ver *El Globo*, 1 de abril de 1920, p. 3.

¹⁴ En 1914 el Monte de Piedad de Sevilla había abierto concurso entre arquitectos para estudiar soluciones de casas económicas (ver *La Construcción Moderna*, 1914, pp. 2, 35 y 37). Sobre los proyectos de casas baratas proyectados por Traver para Sevilla, ver *La Construcción Moderna*, 15 de junio de 1915, pp. 161-169, así como el folleto publicado por la Comisaría Regia del Turismo y el Real Patronato de Casas Baratas de Sevilla, en el mismo año.

Sobre las reformas llevadas a cabo en Sevilla ver siempre A. González Córdón, *Vivienda y ciudad. Sevilla 1849-1929*, Sevilla, 1984. Consultar, además, L. Lerdo de Tejada, *Sevilla, estación de invierno y plan de reforma y mejoras*, Sevilla, 1900; V. Narbona, *Sevilla, ciudad de invierno. Plan de mejoras y reformas necesarias para la construcción de este fin*, Sevilla, 1901, así como A. Gómez Millán, *Criterio que debe seguir el arquitecto para la urbanización y ensanche de poblaciones históricas y modo de enlazar las partes antiguas y modernas*, Sevilla, 1917.

Sobre las primeras reformas en el interior tener presente los proyectos para comunicar la Campana y el Mercado de la Encarnación, así como los trazados para enlazar el ferrocarril de Cádiz con el centro. En 1920 García Revenga presentó en Madrid un estudio sobre la reforma interior y ensanche para Sevilla de Zuazo y Mañas (así como un comentario sobre la re-

forma parcial de Bilbao), planteando ambos como modelo a seguir en Madrid. Sobre las reformas presentadas ver *Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos*, n.º 141, 15 de noviembre de 1922, pp. 7-8; *El Liberal*, 9 de febrero de 1923, comentó la prolongación de la calle Almirante Apodaca y el mismo periódico, de 11 de marzo de 1923, destacó el proyecto de Gran Vía que debía unir el centro con el entorno de Santo Tomás (valorado como eje de la reforma interior). Ver también *El Liberal*, 26 de abril de 1923 así como 20 de enero de 1924, p. 1; 16 de enero de 1924, p. 1; 24 de marzo del mismo año, p. 1; 28 de marzo de 1924, p. 1; 19 de mayo de 1925, p. 1; 11 de septiembre de 1925; 2 de junio de 1925, p. 1; 9 de diciembre de 1925, p. 1, y 9 de diciembre de 1925.

En 1925 Zuazo comentó en *ABC*, 30 de abril (pp. 3 y 12) las características que debía cumplir cualquier proyecto de reforma interior. Tras señalar cómo: "[...] el Estatuto Municipal estaba poco meditado y lo financiero mal enfocado", Zuazo expuso sus ideas sobre cómo intervenir en Sevilla, Bilbao y Barcelona.

Sobre las propuestas urbanas concebidas para la Exposición Iberoamericana, ver Marqués de Colomby, *Sevilla, ante la Exposición Iberoamericana. Las reformas de la ciudad y sus tres factores enunciados*, Sevilla, 1915. Tras el proyecto de Zuazo y Mañas fue Aníbal González quien propuso levantar junto a la Avenida de María Luisa una Universidad Americana: ver, al respecto, *El Liberal*, 17 de noviembre de 1923, así como 20 de noviembre del mismo año. Sobre los proyectos llevados a cabo en la zona, ver J. Torres, "Las reformas de Sevilla y la Exposición Iberoamericana", en *La Unión*, 22 de enero de 1924.

El ensanche propuesto por Zuazo y Mañas tuvo un antecedente en la propuesta de M. Sánchez-Dalp, *Memoria general de urbanización de los alrededores de Sevilla*, Sevilla, 1912. En respuesta a la solicitud de Mañas para presentar anteproyecto, por R. O. en 1923 se autorizaba plantear plan de mejoras, saneamiento y ensanche interior, proyecto que tenía como base de emplazamiento la huerta de "Los Remedios" en Triana. Ver *El Liberal*, 11 de septiembre de 1923. Sobre el retraso en la ejecución del proyecto, ver *El Liberal*, 19 de diciembre de 1924, p. 1. Un comentario sobre la propuesta de Zuazo se planteó en *La Construcción Moderna*, 1925, p. 320. Ver, siempre sobre el ensanche exterior de Sevilla, *El Liberal*, 3 de agosto de 1923; "Iniciativas para una nueva Sevilla", en *El Liberal*, 5 de enero de 1924, p. 1; "Proyecto de Ensanche en el barrio de Triana", en *La Construcción Moderna*, 1925, p. 320; "Ensanche del Barrio de Triana. Proyecto de Zuazo. De 120.000m² que abarca el ensanche, 40.000 corresponden a vías públicas", en *La Construcción Moderna*, 1928, p. 304.

Al poco de presentarse la propuesta de Mañas se formularon otras similares, firmadas por González del Castillo, Carlos Mendoza (junto con Otamendi) o Joaquín Guichot; González del Castillo propuso construir una Ciudad Lineal en Sevilla: ver "Proyecto de construcción de una Ciudad Lineal en Sevilla", en *Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos*, n.º 110, 30 de julio de 1921, p. 3, así como "Concurso Internacional de proyectos para la reforma de la actual Sevilla", en *El Liberal*, 16 de enero de 1924, p. 4. Sobre la propuesta de Carlos Mendoza (y la CUM) de canalizar el Guadalquivir, ver *La Unión*, 11 de enero de 1924, donde se daba fotografía del Canal de Alfonso XIII y las obras llevadas a cabo. También, *Revista de Obras Públicas*, 1 de noviembre de 1926, pp. 461-465, así como 15 de noviembre del mismo año, pp. 481-484, y *El Liberal*, 18 de diciembre de 1924, p. 4; *El Liberal*, 19 de diciembre, p. 1; "Un croquis del proyecto" apareció en *ABC*, 1 de noviembre de 1924, pp. 19-20, y J. Delgado publicó numerosos artículos sobre el tema (*Revista de Obras Públicas*, 15 de agosto de 1926, pp. 353 y 373-377) del mismo modo que en *La Unión*, 26 de marzo de 1927 se comentaron las obras llevadas a cabo en el Puerto, así como para la construcción de un nuevo cauce del río, desarrollando el proyecto que el ministro de Fomento presentó: ver *La Unión*, 18 de febrero de 1927, y *El Sol*, 19 de febrero de 1927, p.

8, y *El Liberal*, 26 de febrero de 1927, p. 1, y luego 2 de marzo de 1927, p. 1; 4 de marzo de 1927, p. 1, y 6 de julio de 1927, p. 1.

Para conocer la realidad de aquella Sevilla, ver las fotografías aéreas publicadas en *El Liberal*, 7 de octubre de 1926, así como 8, 9 y 10 del mismo mes y año, en el mismo periódico. Sobre el barrio de la Macarena, ver igual periódico de 16 de octubre de 1926.

¹⁵ *Estatuto Municipal. Decreto Ley de 8 de marzo de 1924*, Madrid, 1924; "Sobre las ventajas y beneficios para la construcción de viviendas", ver *La Construcción Moderna*, 1924, pp. 17-18, así como *El Eco Patronal*, 15 de marzo de 1924, pp. 12-13; *Ingeniería y Construcción*, 1924, p. 191; *El Constructor*, 1926, pp. 245-256. López Valencia, en folleto editado en 1929 por el Ministerio de Trabajo, estudió tanto el Estatuto como el Decreto de Casas Baratas, analizando quiénes podían ser los posibles beneficiarios de las mismas y detallando cuáles fueron los préstamos del Estado. Ver, sobre el tema, J. Casáis: "Lo que ha invertido el Estado en la construcción de casas baratas entre 1913-1924", en *El Constructor*, n.º 20, junio de 1925, pp. 440-452, donde daba un cuadro estadístico con la relación de las ayudas concedidas.

Varias veces se publicaron, en la prensa diaria de la época, artículos sobre las llamadas "casas a diario", en las que había que pagar diariamente la habitación. Ver, por ejemplo, *El Liberal*, 28 de julio de 1924, p. 2, así como el del 31 del mismo mes, y luego 2, 6, 10, 18, 21, 28 y 30 de agosto, junto con el 6 y 18 de septiembre del mismo año. Sobre las chabolas y chozas existentes en Triana y la preocupación de los propietarios del suelo sobre la ocupación ilegal del mismo, ver *El Liberal*, 6 de enero de 1923; 31 de enero de 1923; 4 de febrero de 1923; 13 de febrero de 1923, y 7 de junio de 1923. Sobre las chozas del Juncal y de Ranilla, ver *El Liberal*, 22 de diciembre de 1927.

¹⁶ Sobre el proyecto de ensanche concebido por Talavera, ver *El Liberal*, 3 de agosto de 1923. La propuesta de Mañas apareció publicada en *El Liberal*, 11 de septiembre de 1923. Sobre el Plan de Mañas y Zuazo como solución al problema de la vivienda (edificación mediante guil-das y casas populares), ver *El Liberal*, 19 de septiembre de 1923.

Respecto al estado en que se encontraba Triana, ver *El Liberal*, 7 de junio de 1923. Sobre los tranvías de Sevilla a los pueblos próximos, ver *El Liberal*, 15 de noviembre de 1923, así como *El Liberal*, 2 de marzo y 4 de junio de 1924. Sobre el tranvía con San Juan de Aznalfarache, ver *La Unión*, 26 de febrero de 1924, y *El Liberal*, 2 de enero de 1924; sobre la necesidad de un tranvía desde Sevilla a Alcalá del Río, ver *El Liberal*, 18 de julio y 22 de julio de 1924, así como 10 de julio de 1924, p. 1, y 22 de julio del mismo año, p. 5, donde se señalaba cómo, gracias al citado tranvía, sería posible alojar a los visitantes de Sevilla en Alcalá, población "dotada de todos los servicios". Sobre nuevas líneas, ver *El Liberal*, 4 de septiembre de 1924, p. 1, así como *El Liberal*, 21 de diciembre de 1924, p. 4, donde se señalaba cómo, a corto plazo, el citado tranvía llegaría a Camas. Poco después se pidió que el tranvía llegara al barrio de San Jerónimo, en el extrarradio (ver *El Liberal*, 19 de julio de 1925, p. 4, así como *El Liberal*, 23 de junio de 1927, p. 1).

¹⁷ Sobre las dimensiones del proyecto para Triana, ver *La Construcción Moderna*, 1928, p. 304.

Respecto al urbanismo belga, ver M. Smets, *Charles Buls. Les principes de l'art urbain*, Liege, 1995, p. 85. En aquellos años hubo numerosas las referencias a Buls en las revistas españolas, y entiendo que éste sería un importante tema a tratar: ver, por ejemplo, *La Construcción Moderna*, 1914, pp. 292-235, donde Anasagasti cita, refiriéndose a las viviendas obreras, textos del Buls. Entiendo que el conocimiento de Buls llegó a Zuazo a través de Mañas, quien en 1910 había asistido al *Congrés International des Sciences Administratives* y pudo conocer la comunicación presentada por aquél. Por otra parte, su actividad como alcalde de Bruselas fue difundida tanto desde el Museo Social de Barcelona a través de su *Boletín* (en concreto, n.º 12,

de febrero de 1912, p. 4) como por quienes participaron en el Congreso de Gante de 1913 y luego en Bruselas, en 1919.

¹⁸ Sobre las casas baratas en Sevilla, ver *Boletín de la Sociedad Central Arquitectos*, n.º 122, 30 de enero de 1922, pp. 3-10. Una relación de las viviendas que se construyeron a lo largo de la década figura en el mismo *Boletín*, n.º 265, enero de 1928.

Sobre la construcción en aquellos años en Sevilla, comparada con la llevada a cabo en Madrid, Barcelona o Valencia, ver la estadística publicada en *La Construcción Moderna*, 1925, p. 159. Respecto a la falta de vivienda en la Sevilla de aquel momento, ver *La Unión*, 3 de enero de 1923, y 17 de enero de 1924, y *El Liberal*, 16 de mayo de 1924 y 7 de mayo de 1925; "Escrito de la Cámara de Inquilinos sobre el problema de la vivienda", en *El Liberal*, 20 de julio de 1924, p. 1.

Sobre la construcción de una barriada de casas baratas en lo que se llamó Barrio Nervión, ver *Ingeniería y Construcción*, diciembre de 1927, pp. 623-624, así como *La Construcción Moderna*, 30 de agosto de 1920. En 1927 se propuso incrementar las viviendas existentes (apenas 150) con otras 1.500, de las cuales una parte serían casas baratas y el resto se destinarían a las necesidades de la exposición: ver *El Liberal*, 20 de mayo de 1927, p. 1.

¹⁹ Sobre el Decreto-Ley de 29 de julio de 1925, ver A. Cotorruelo, *La política económica de la vivienda en España*, Madrid, 1960, p. 5.

La frase de Mercadal aparece en *La Construcción Moderna*, 1927, pp. 65-66. La referencia a Cort se basa en el texto de su conferencia "El urbanismo como doctrina política", reseñada y comentada en el *Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos*, n.º 196, 28 de febrero de 1925, p. 6.

²⁰ El comentario de Fullaondo apareció en el artículo dedicado a Zuazo y que se publicó en *Arquitectura*, n.º 141, p. 36. Sobre el proyecto ver *La reforma viaria parcial del Interior de Bilbao*, Madrid, 1922 (reeditado en Bilbao, 1987), así como el trabajo de Zuazo en *Arquitectura*, n.º 56, 1923, pp. 389-402. Sabemos del impacto que produjo el proyecto en Bilbao por *La Tarde*, 27 de abril de 1920, p. 5. Sobre la situación de abandono en que, se decía, se encontraba Bilbao, ver *La Gaceta del Norte*, 27 de febrero de 1920, p. 1.

En *El Liberal*, 1 de julio de 1920, se publicó censo detallando número de pisos existentes en cada casa, número de cuartos en cada una de ellas y número de personas por vivienda. Sobre el número de habitantes por barrio, ver *La Tarde*, 30 de junio de 1921, p. 2. El citado Congreso de Londres de 1920 fue comentado en la prensa de la época (*La Tarde*, 16 de diciembre de 1920) y, desde esta nueva sensibilidad frente a los problemas urbanos, en un principio la propuesta de Zuazo fue, tras presentarse el proyecto, bien recibida de forma casi unánime. Se produjo, sin embargo, una singular polémica entre *El Pueblo Vasco* y *La Gaceta del Norte* sobre el plan de vivienda y el proyecto de urbanización aprobado por el Ayuntamiento: ver *El Pueblo Vasco*, 3 de diciembre de 1920, p. 1, y 4 de diciembre de 1920, p. 1. En mayo de 1922 Zuazo explicó en Bilbao personalmente su propuesta (*El Liberal*, 3 de mayo de 1922, p. 2).

Paralelamente, García Revenga explicaba la propuesta de Bilbao (*Anteproyecto de reforma viaria parcial del interior y Ensanche de la ciudad de Sevilla y de la reforma parcial del interior de la villa de Bilbao*, Madrid, 1920) en momentos en que Bastida llevaba a cabo —como arquitecto municipal— una importante actuación al proyectar distintos grupos de casas baratas. Sobre la voluntad por desarrollar "El Bilbao del porvenir. Cómo debe ser. Cómo realizar las grandes reformas urbanas", ver *La Tarde*, 28 de diciembre de 1923, p. 1.

²¹ Sobre la modificación del ensanche de Bilbao, ver *El Liberal*, 8 de enero de 1922, p. 4, citando el *Boletín Oficial* de 7 de enero de 1922. Igualmente, la Disposición Oficial por la que se

modifica el ensanche de Bilbao, en *Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos*, n.º 120, 30 de diciembre de 1921, p. 6, y "La construcción en Bilbao: obras con cargo al empréstito", en *La Construcción Moderna*, 28 de febrero de 1921, p. 25, así como "La construcción de un nuevo ensanche", en *El Liberal*, 11 de junio de 1921.

En 1922 las Comisiones de Hacienda y Fomento del Ayuntamiento de Bilbao informaron sobre las cifras presentadas por Mañas y sobre la viabilidad del proyecto de Zuazo: ver *El Pueblo Vasco*, 19 de julio de 1922, pp. 1-2. Sobre las críticas de la Asociación General de Empleados de Oficinas, ver *La Gaceta del Norte*, 11 de junio de 1922, p. 1; en esta línea, el mismo periódico de 15 de junio de 1922, p. 1, señalaba cómo la propuesta "[...] era perturbadora, ruinosa e inoportuna". Otros comentarios negativos se publicaron en *La Gaceta del Norte*, 16 de junio de 1922, p. 1 (con las quejas de tenderos y comerciantes del casco viejo a la propuesta de Zuazo) y el mismo periódico, un día más tarde, pedía una encuesta sobre la conveniencia o no de llevar a cabo el proyecto. Durante los días siguientes fueron constantes las críticas (20 de junio, 23 de junio, 24 de junio de 1922).

Hubo quienes aceptaron la propuesta de Zuazo, seducidos con la imagen de modernidad que ofrecía la construcción en la ciudad de rascacielos ("El problema de la vivienda: como solución se propone el rascacielos", en *La Tarde*, 27 de diciembre de 1922, p. 4), pero una de las dificultades al plan se planteó al incrementarse de forma descontrolada (como consecuencia de la inflación de 1921, estudiada por García Delgado) los precios en los materiales de construcción: ver *La Tarde*, 2 de noviembre de 1921, p. 3, así como *El Liberal*, 25 de noviembre de 1921. Sobre el rechazo del Ayuntamiento al proyecto de reforma viaria del casco, ver *El Pueblo Vasco*, 14 de julio de 1922, p. 1, así como *El Pueblo Vasco*, 19 de julio de 1922, pp. 1-2.

En 1925 Gallego comentó la necesidad de modificar el entorno de Zorroza (*La Construcción Moderna*, 1925, p. 5). El Concurso Internacional de Anteproyectos se convocó en 1926 y, entre otros, al mismo se presentaron Stübgen, Bünz, Ammán, Mercadal, Seguírola, Cort y Ugalde: sobre la convocatoria y las bases, ver *Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos*, n.º 225, 15 de febrero de 1926, p. 39, o *La Construcción Moderna*, 30 de mayo de 1926, pp. 158-160, así como el folleto publicado por el Ayuntamiento en dicho año. Además, *La Gaceta del Norte*, 28 de octubre de 1926, p. 1; *El Pueblo Vasco*, 28 de octubre de 1926, p. 5; *La Gaceta del Norte*, 28 de octubre de 1926, p. 1; *Revista de Obras Públicas*, 1926, p. 500; *El Sol*, 14 de noviembre de 1926, p. 1; *El Liberal*, 30 de diciembre de 1927, p. 6, donde se informaba sobre el primer premio concedido a Stübgen; igualmente, *Arquitectura*, n.º 98, 1927, pp. 228-229, donde Bastida expresaba su oposición al mismo.

²² Zuazo publicó un artículo en *El Sol* (15 de abril de 1923, p. 4) comentando qué debía ser el Congreso. Sobre las opiniones de Mañas respecto al Banco Municipal, ver *Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos*, n.º 153, 15 de mayo de 1923.

²³ La *Exposición de la Construcción y la Habitación* se celebró en Madrid, del 17 de enero a 2 de febrero, en el Palacio de Hielo (hoy sede del CSIC, en Duque de Medinaceli) organizada por *El Eco Patronal*. Ver dicha publicación del 15 de febrero, 1 de marzo, 1 de junio y 15 de junio de 1925, y *El Constructor*, n.º 17, marzo de 1925, pp. 226-227, 232 y 267. Su objeto, como señaló *Ingeniería y Construcción*, 1925, p. 72, fue "[...] poner en íntimo contacto a las clases productoras, técnicas, profesionales y obreras [...] agrupando los más variados aspectos y materiales". *La Construcción Moderna*, 1925, pp. 44-45, dio relación de los stands presentes, así como en *ABC*, 3 y 19 de febrero de 1925, p. 15; *El Sol*, 3 y 17 de febrero de 1925; *Revista de Obras Públicas*, 1925, p. 95; *El Socialista*, 12 de febrero de 1925, p. 4; *Ingeniería y Construcción*, 1925, p. 131. También González del Castillo comentó la Exposición en *La Ciudad Lineal*, n.º 766, 10 de julio de 1925, pp. 257-258. Además de los stands, hubo conferencias:

sobre la que pronunció Peña Bocuf sobre el hormigón armado, ver *La Construcción Moderna*, 1925, pp. 279-285.

Hubo quienes, como Gallego a través de *La Construcción Moderna*, se quejaron de la pobreza y el reducido tamaño de la exposición, destacando los proyectos de Zuazo (1925, pp. 65-67). Sobre la obra de Zuazo en ese año, ver *Arquitectura*, 1925, p. 16, donde se publicaba un proyecto de Casa de Campo en Tres Cantos que quizá fuera para el empresario Echevarrieta, proyecto luego desarrollado por Muguruza (ver nota 15, *Cortijos y Rascacielos*, n.º 15, 1934, pp. 18-21).

³⁴ El anuncio publicitario sobre la Sociedad de Estudios de Secundino Zuazo apareció en *Arquitectura*, 1924, p. 89.

³⁵ Sobre el Túnel de Gibraltar, destacar que desde 1923 se venían realizando trabajos geológicos y oceanográficos, como señala *Ingeniería y Construcción*, julio de 1934, pp. 469-470. Tras los mismos, *La Construcción Moderna* (n.º 3, 1931, p. 48) informaba cómo Pedro Jevenois había recibido una ayuda para promover los trabajos experimentales y teóricos sobre el tema. Rafael de Buén, subdirector del Instituto Oceanográfico, comentó (*Ingeniería y Construcción*, abril de 1934, p. 308) no sólo cómo la construcción del Túnel podía durar cuatro años (con apoyo económico de capital francés), sino que también destacó la importancia dentro del marco internacional que el mismo daría a España. Igualmente, refiriendo las distintas opiniones sobre el tema y los trabajos realizados por la Comisión, E. Jiménez publicó en *Ingeniería y Construcción* (julio de 1934, pp. 468-469) un largo artículo planteando los problemas existentes. Proyecto concebido en época de recesión económica y promovido por quienes defendían la idea de incrementar el déficit público para así incentivar la economía, las revistas de ingeniería comentaron y destacaron la importancia que podía tener el proyecto; tomando el libro publicado por el propio Jevenois (*El Túnel Submarino del Estrecho de Gibraltar*) *Ingeniería y Construcción*, julio de 1934, dio una larga nota y una de la revista del PSOE: *Tiempos Nuevos*, n.º 24-25, 10 de abril de 1935, pp. 48-52, y destacó no sólo el origen de la idea y la evolución del proyecto o los fundamentos básicos del mismo, sino que también informó cómo en Tarifa incluso llegaron a realizarse explosiones con cargas experimentales. Alfonso Peña Boeuf, en sus *Memorias de un ingeniero político* (Madrid, 1954, pp. 36-41) cuenta cómo Carlos Mendoza le encargó el estudio del proyecto, planteando como solución un tubo flotante sustentado por pilas, también flotantes, ancladas en el fondo.

Desde Alemania e Italia (*Ingeniería y Construcción*, agosto de 1934, p. 532) se planteó una campaña adversa al proyecto. A pesar de ello el capital privado buscó aprovechar la propuesta, como señaló Hilarión González del Castillo, al destacar la importancia que suponía resolver la embocadura del túnel en ambos continentes: por ellos sugería tanto construir dos ciudades-jardín en los puntos de emboquillamiento como iniciar la colonización integral en las zonas inmediatas al mismo. Ver *La Construcción Moderna*, n.º 1, enero de 1935, pp. 4-5.

³⁶ C. Martín Gaité, *El Conde de Guadalhorce, su época y su labor*, Madrid, 1977, p. 93, comentó los objetivos del Decreto sobre Firms Especiales de 9 de febrero de 1926, texto que reprodujo en pp. 191-194. Ver, igualmente, "El problema ¿es de firms especiales o de industrialización de las carreteras?", en *Las Provincias*, 7 de agosto de 1927, p. 1, o "Las carreteras de cemento armado. Comentario sobre el cemento, su génesis, utilidad y éxito en la época moderna", en *Diario de Barcelona*, 1 de julio de 1923.

Sobre los precios de los materiales, ver *La Construcción Moderna*, 1926, pp. 33-35 y 126, así como el "Anuario de la Construcción", publicado por El Eco Patronal en *La Construcción Moderna*, t. II, 1927, pp. 203-204, 222 y 250. Recordar que en el Congreso de Arquitectos celebrado en Madrid en 1904 Ribera había presentado una ponencia sobre nuevos materiales,

y la polémica suscitada por el uso de los nuevos materiales en aquel congreso fue recogida en su día por Collins en su trabajo sobre Sitte.

²⁷ En la relación de proyectos de Zuazo dada por Fullaondo (lista, imagino, que correspondía al orden existente en el archivo del estudio) la documentación correspondiente a la reforma viaria de Bilbao se identificaba como "proyecto VII"; la relativa a la urbanización del barrio de Triana era "proyecto XVIII"; el proyecto de Monumento a M.^a Cristina venía como "proyecto XXXI" y el edificio para la Sociedad Francesa Le Phenix tenía el n.º 11.

²⁸ C. Sambricio, "Cuatro edificios madrileños entre 1921 y 1940". En *Arquitectura, Madrid, siglo XX*. Fundación Antonio Camuñas, Madrid, 1999, pp. 38-71.

²⁹ Sobre la Casa de las Flores, consultar *Arquitectura*, 1929, p. 33; *Arquitectura*, 1933, pp. 11-22; *La Construcción Moderna*, 1930, p. 302; *La Construcción Moderna*, 1936, p. 59; *El Sol*, 24 de mayo de 1936. En *Quaderns d'Arquitectes de Catalunya*, n.º 150, enero-febrero de 1982, se publicó, p. 87, una importante selección de textos sobre la Casa de las Flores.

Por documento fechado el 30 de septiembre de 1931 el Instituto Nacional de Previsión se comprometió a entregar a la Compañía Inmobiliaria de España (propietaria de la finca, por aportación del Banco Hispano Colonial) un préstamo de 5.013.960 de pesetas. Entre las condiciones que se exigían se especificaba que los edificios deberían terminarse en dos años; la empresa contratista fue Fomento de Obras y Construcciones; la superficie edificada fue de 7.259 m² sobre un total de 10.712 m². Las rentas que debían pagar las viviendas se calcularon en base a 2,50 ptas./m², lo que daba unos alquileres en torno a las 280 ptas./mes. Tras la guerra, el INP (propietario ahora del conjunto) nombró arquitecto a Enrique García Ormaechea, arquitecto del Ministerio de Gobernación. El informe final sobre los daños sufridos en guerra por el edificio fue firmado por el arquitecto José María Ribas y Casas. Entiendo que el estudio de la documentación global del edificio permitiría comprender (tras contrastar la renta mensual con las propuestas por la OTM para las viviendas en Castellana, por ejemplo) quiénes eran los destinatarios de aquel conjunto.

³⁰ Ver mi introducción al facsímil *L'Habitation Minimum*. *Actas del II Congreso del CIAM*, publicado por el Colegio de Arquitectos de Aragón, Zaragoza, pp. 13-50, donde se señala cuáles fueron los cambios y cuáles las transformaciones.

³¹ Jacinto Ortiz Suárez colaboró en el estudio de Zuazo. En 1932 participó en el Concurso de proyectos para un grupo de casas en Bilbao, publicado en *Arquitectura*, julio de 1932, p. 217. Compañero de promoción de Pérez Mínguez, en 1933 participó en el concurso para un jardín en las Caballerizas del Palacio Real, publicando, junto con M. Fleischer, un trabajo sobre "Los jardines de caballerizas con motivo de la Exposición celebrada en el antiguo Hospicio"; sobre su propuesta, ver *Arquitectura*, febrero de 1933, p. 55, y *ABC*, 4 de febrero de 1933, p. 8. Participó igualmente en la reforma y ampliación del café Negresco, en Madrid. Ver *Arquitectura*, 1934, p. 234; *Informaciones*, 3 de octubre de 1934, p. 6, y *Nuevas Formas*, n.º 8. 1934, p. 393. En ese mismo año participó, junto con Lino Vaamonde y Pérez Mínguez en el concurso para construcción de poblados en las zonas regables del Guadalquivir y el Guadalmellato. *Arquitectura*, diciembre de 1934, p. 289.

Pérez Mínguez marchó a Alemania, junto a Prieto Moreno, en 1932, permaneciendo durante dos años en Berlín. En 1933—antes, por tanto, de ingresar en el estudio de Zuazo— consiguió el segundo premio, en 1933, en el Concurso de urbanización de Badajoz (*Administración y Progreso*, febrero de 1933, p. 30). A su vuelta publicó en *Nuevas Formas*, n.º 7, 1934, pp. 353-358, un artículo considerado clave por muchos en aquel tiempo ("Urbanismo y legislación. Las ordenanzas municipales en la urbanización"), en el que criticaba la excesiva

valoración de la edificación de las ordenanzas municipales y donde, tras tomar el ejemplo de Berlín, estudiaba la evolución de la tipología de vivienda.

Desgraciadamente todavía no existe una monografía sobre la obra de estos dos arquitectos. Sobre la colaboración de Arniches y Domínguez con Zuazo, recordar que en 1930 había proyectado el café Zahara (*Arquitectura*, n.º 133-134, 1930, pp. 176-179, y 1935, p. 255). El proyecto realizado por Arniches y Domínguez para el apeadero de la Estación de Nuevos Ministerios se expuso al público, y sobre el mismo *El Sol*, 30 de noviembre de 1934, p. 2, dio nota.

³² Además de la cita señalada en nota anterior sobre los Jardines de Caballerizas, ver M. Fleischer, "Spanischer Stadtebau aus vorrevolutionärer zeit", en *Der Stadtebau*, año XXVII, enero de 1932, pp. 499-504. Fleischer colaboró, en el estudio de Zuazo, en un importante número de proyectos, entre los que cabría destacar el de Gamonal (Burgos); Goya-Fernán González-Alcalá; Reforma en Diego de León y Francisco Silveira; Fernández de la Hoz, 23; Segura; V.E.C.S.A. (Anteproyecto de reforma); Bilbao (Deusto); Córdoba (Puerta del Puente y Jardines); O'Donnell; Los Peñascales; Las Palmas (Internado S. Antonio y Patio S. Blas); playa de Chiclana; Valencia, plaza de la Reina; Las Palmas (edificio comercial en R. Franco) e I.N.C.L.A.M.E.

³³ C. Sambricio, "La normalización de la arquitectura vernácula. Un debate en la España de los años veinte", en *Revista de Occidente*, diciembre de 2000, pp. 21-44.

³⁴ La figura de Paul Bonatz, emblemática de la arquitectura de Stuttgart en los años veinte, fue determinante tanto en el Madrid de preguerra como en el de la posguerra. J. Petsch, en su estudio sobre el *Deutsche Werkbund 1907-33*, p. 89, señala cómo en 1910 Bonatz ya colaboraba con el Werkbund y figuraba (junto a G. Bestelmeyer, Th. Fischer, K. Frick o W. Kreis) entre los arquitectos de tendencia conservadora. En aquel DW, que al poco pasó a ser caja de resonancia de quienes preconizaban la política Mitteleuropa propugnada por Naumann, colaboró en 1916 en el concurso organizado para la Casa de la Amistad en Constantinopla junto a Behrens, Bestelmeyer, Eberhardt, Elsesser, Fischer, Bruno Paul, Poelzig, Riemerschmidt, Taut y Gropius.

Tras la Guerra Mundial, Bonatz ingresó en 1919 en el SPD, si bien un año después abandonó el partido y su política, formando, junto con Schultze-Naumburg, Bestelmeyer y Schmitthenner el *Nationaler Block*, optando por posiciones ligadas al regionalismo y a la tradición y desarrollando trabajos similares a los que plantean F. Högger y Schumacher; E. Asplund en Suecia; y K. Fiesker en Dinamarca. En 1926 recibió el encargo de organizar la Weissenhof que debía celebrarse un año más tarde en su ciudad y sabemos que, debido al punto de partida adoptado, el encargo le fue retirado, nombrándose en su lugar a Mies van der Rohe como responsable del mismo. Surgía así el debate entre quienes optaban por continuar una reflexión ligada al pasado (que no a la tradición) y quienes, por el contrario, buscaron investigar sobre las posibilidades de la nueva arquitectura. Aquella aparente derrota tuvo un extraño efecto, por cuanto que aquellos que rechazaban la nueva moda buscaron entender cuáles eran las pautas de la posible "revolución conservadora". En este sentido, la imagen de la estación de Stuttgart se convirtió en paradigma de quienes, en una composición clásica, empleaban una distribución asimétrica que no tenía correspondencia alguna en la tradición de los edificios de carácter representativo.

En 1928 Giménez Caballero publicó su "Estación en Stuttgart" (*La Gaceta Literaria*, n.º 44, 1928, p. 6). En 1929 envió a Madrid, a colaborar en el estudio de Zuazo, a su alumno M. Fleischer, quien se daría a conocer dictando una conferencia sobre "Esencia y desarrollo de la nueva arquitectura" donde se cuestionó si aquello era sólo una moda o también un estilo (*Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos*, 15 de marzo de 1929, pp. 293-294).

Sabemos de la participación de Bonatz en el concurso por una nota aparecida en *El Sol* (30 de agosto de 1930, p. 3), donde se señala cómo "tras el recuento de los votos emitidos en el

concurso fueron elegidos Peña y Landecho arquitecto de Madrid y como representante extranjero Bonatz" y tras el concurso publicó su informe (*Arquitectura*, 1930, p. 404) titulándolo "Intereses de Madrid".

Tras la guerra, Bonatz volvió a Madrid (ver *Arriba*, 13 de junio de 1943, p. 2, según dato de Sofía Diéguez Patao en *Un nuevo orden urbano*, p. 211) publicando Chueca un breve comentario sobre él en *Revista de Ideas Estéticas*, n.º 2, abril de 1943. El comentario más interesante sobre esta nueva presencia lo daría años después Gutiérrez Soto en la sesión Crítica de *Arquitectura* celebrada en el COAM al atribuir a Bonatz la gran portada del Ministerio del Aire. Ver *Revista Nacional de Arquitectura*, n.º 112, abril de 1951. En *Informaciones*, 23 de noviembre de 1944 se comentaba cómo Bonatz fue uno de los tres urbanistas que asesoró, junto con Sir C. R., presidente del Comité de Ordenación de Londres, y Daniel Bouttet, vicepresidente del Comité de Reconstrucción de Francia, al ministro de Gobernación sobre la urbanización de Madrid.

³⁵ La propuesta sobre la ordenación de la zona del Hipódromo había aparecido simultáneamente en varias revistas de la época (*Ingeniería y Construcción*, 1925, p. 33; *La Construcción Moderna*, 1925, pp. 217-218). La intención, al prolongar la Castellana, era llevar el nuevo Hipódromo al kilómetro 6,9 de la carretera de Francia y al kilómetro 4,5 de la de Alcobendas. Sobre el Decreto y su alcance, ver tanto *El Sol*, 12 de agosto de 1925, p. 8, como *La Construcción Moderna*, 1925, pp. 286-287. Tras el decreto de agosto de 1925, Casuso propuso establecer, donde estuviera el Hipódromo, una gran plaza a la que daba dimensiones (365 m x 160 m). De ésta debían salir dos vías: una, buscando unir aquel nuevo espacio con la carretera de Castellón; y la otra, desde la misma plaza debía enlazar con la carretera de Francia; y de ese modo, se establecía una vía de penetración que atravesaba Madrid de norte a sur. Ver *Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos*, n.º 228, 30 de junio de 1926.

³⁶ Gascón y Marín en 1923 fue ponente en el Congreso de la Edificación; en 1926 asistió al Congreso Nacional de Urbanismo y en 1928 fue nombrado ponente español en el IV Congreso Internacional de Ciudades y Organismos Locales, celebrado en 1928 en Sevilla. Cateadrático de Derecho Administrativo y con formación bien distinta a la que tuviera Adolfo Posada, políticamente se identificaba con Calvo Sotelo en la Unión de Municipios Españoles. Buen conocedor de la experiencia alemana e inglesa, antes de la guerra ya había colaborado con Muguruza en distintos proyectos.

³⁷ Conviene tener presente, sobre el tema, el Informe de Bonatz. Igualmente, sobre el Plan Comarcal, ver *La Construcción Moderna*, 30 de diciembre de 1932, p. 285; *Administración y Progreso*, n.º 21, febrero de 1934, pp. 56-61, y n.º 22, marzo de 1934, pp. 100-135.

³⁸ Sobre el debate entre los técnicos del Ayuntamiento ver la "Carta abierta" que el alcalde, Ruiz Giménez remitió a Primo de Rivera, exponiendo la situación del extrarradio: ver *El Sol*, 13, 14 y 17 de junio de 1928; igualmente, ver los comentarios o declaraciones del mismo Ruiz Giménez en *La Vanguardia*, 1 de noviembre de 1930, p. 25; *El Sol*, 22 de julio de 1932, p. 3, y *ABC*, 6 de marzo de 1930, p. 21.

³⁹ Aspecto singular de la historia de la arquitectura española contemporánea es conocer cuál fue la cultura del exilio. Porque no sólo consiste en saber quiénes optaron por marchar sino en valorar cómo se incorporaron culturalmente a los países que los acogieron o cuánto influyeron en ellos. Significa comprender cuánto su marcha condicionó y lastró la cultura española, produciendo una significativa ruptura epistemológica, y significa también valorar cuánto y hasta cuándo su ausencia fue añorada. Desgraciadamente, los datos sobre los arquitectos que partieron no aparecen en documentos tan singulares como el publicado por Beatriz García Paz: "El

exilio republicano en los archivos y bibliotecas españolas", en *Cincuenta Aniversario del exilio español: De la España en conflicto a la España de la Paz*, Madrid, 1989.

Poco o nada sabemos de Arnós Salvador, Ruiz Senén, Azorín o Pfitz: de Francisco Azorín, por ejemplo, sólo tenemos datos dispersos. Arquitecto del PSOE, llegó a ser Parlamentario en las Cortes de la República. Había colaborado con Barral en el monumento a Pablo Iglesias, en el Cementerio Civil (*El Socialista*, 20 de enero de 1929, p. 1) y en la Institución Pablo Iglesias (*Tiempos Nuevos*, n.º 40, 1935, p. 25). Como arquitecto comprometido, sus primeros trabajos fueron los artículos publicados en *El Socialista* (18 de febrero de 1919) sobre "Derecho a la vivienda" y luego sobre "La socialización de las viviendas", en *Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos*, n.º 84, 30 de junio de 1920, pp. 3-4, así como "En la Casa del Pueblo. Las Conferencias de los arquitectos para los gremios de la construcción", en *Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos*, n.º 50, 30 de enero de 1919, pp. 5-9. Detenido en aquellos días por su actividad política (el mismo *Boletín*, n.º 59, 15 de junio de 1919) en 1929 sería nombrado director de la Cooperativa Española de Casas Baratas Pablo Iglesias, constituyéndose para su difusión la revista *Hogar Obrero*. La vivienda que se tomó como referencia era la unifamiliar y la primera ciudad-jardín que llevó a término fue la realizada en Peñarroya (*Anales del Instituto Nacional de Previsión*, n.º 86, julio-agosto 1930, p. 495). Trabajó además en el proyecto de reforma interior de Córdoba (*Tiempos Nuevos*, n.º 33, 1935, pp. 2-15).

⁴⁰ En los *Cuadernos Robados, Diarios 1932-1933* de Manuel Azaña editados por Santos Juliá (Madrid, 1997) se reproduce este comentario fechado el 14 de diciembre de 1932 y con el que se da noticia de la aprobación del Comité de Accesos y Extrarradio. No fue ésta la única vez que Azaña expuso sus proyectos, porque incluso en 1936 buscó el contacto con el alcalde de Madrid planteando la posibilidad de "un plan magno, análogo al que se puso en práctica durante el Segundo Imperio francés para el engrandecimiento de París" (ver *El Sol*, 24 de mayo de 1936, p. 4). En las *Memorias Íntimas de Azaña*, publicadas por Joaquín Arrarás (Madrid, 1939), el comentario del plan de Madrid (p. 85) da pie a una pequeña maldad: "Quedaba a Prieto la satisfacción de haber sido el autor de los planes de ensanche y reforma de Madrid, pero Azaña le despoja de esta gloria en sus impresiones de 2 de diciembre de 1932".

⁴¹ M. Azaña, *Cuadernos Robados*, 24 de marzo de 1933, *op. cit.*, p. 226.

⁴² Las opiniones de Azaña sobre Madrid aparecen tanto en la edición de Santos Juliá de los *Cuadernos Robados* como en las *Memorias* publicadas por Arrarás. La referencia a cuanto sucedió el 3 de diciembre de 1932 aparecen en la página 86 de la primera y en la 85 de la segunda. Aquella situación se reflejó en *El Sol*, 15 de diciembre de 1932, p. 3, y *Gaceta de Madrid*, 14 de diciembre de 1932. El Decreto de creación del Gabinete Técnico de Accesos y Extrarradio se publicó en la *Gaceta* de 30 de diciembre de 1932: en él se señalaba cómo el comité dependería del Ministerio de Obras Públicas y se daba, además, su composición. Ver *La Construcción Moderna*, 30 de diciembre de 1932, p. 285.

⁴³ Santos Juliá, *op. cit.*, p. 86, 3 de diciembre de 1932. Arrarás, *op. cit.*, p. 24.

⁴⁴ Santos Juliá, *op. cit.*, p. 101, 11 de diciembre de 1932.

⁴⁵ Santos Juliá, *op. cit.*, p. 127, 4 de enero de 1933. Fue Luis Lacasa (y no Bellido) quien explicó aquellos proyectos en el Patio de Cristal del Ayuntamiento. Ver *ABC*, 5 de enero de 1933, p. 29.

⁴⁶ I. Prieto, *Dentro y fuera del Gobierno*, México, 1975. Los dos discursos citados se reproducen en el texto: el primero en pp. 87-126, mientras que el segundo se reproduce en pp. 127-153. La preocupación fundamental de Prieto, como se refleja en sus declaraciones a *El Socialista* de

12 de enero de 1932, p. 6, era procurar solventar el paro generalizado entonces existente. En este sentido buscó incluir la provincia de Madrid en el ámbito de la Ley de 28 de agosto de 1931, para la realización urgente de obras públicas (ver *la Vanguardia*, 14 de diciembre de 1932, p. 21). La interpelación parlamentaria a Prieto la formuló E. Ortega y Gasset y una importante referencia de la misma aparece en el *Diario de Barcelona*, 8 y 9 de febrero de 1933. Prieto estuvo interesado en potenciar la posible autopista del Guadarrama: su idea era posibilitar bien una red de autobuses (o tranvías) que uniesen El Escorial, Guadarrama, S. Rafael, Villalba, Navacerrada y El Páular con la capital (ver *Revista de Obras Públicas*, 1933, p. 473), bien los enlaces ferroviarios, buscando terminar el túnel de la Castellana y unir el sur de la ciudad al ferrocarril del norte (ver *Revista de Obras Públicas*, 1933, pp. 50, 95, 146, 174, 286, 407, 432, 523 y 546).

⁴⁷ De los contactos entre Lerroux y Zuazo tenemos testimonio gráfico en la imagen publicada en *ABC*, 2 de octubre de 1933, cuando el arquitecto presentó al político su propuesta de Plan.

⁴⁸ En 1931 el Comité Técnico del Ayuntamiento dictó informe prohibiendo la circulación por el viejo viaducto, recomendando celebrar un concurso para la construcción de un nuevo viaducto (*Ingeniería y Construcción*, septiembre de 1931, p. 586) aprobándose las bases del mismo un año más tarde (*El Sol*, 29 de julio de 1932, p. 2). Sabemos de las ocho propuestas presentadas (*Blanco y Negro*, 1932, n.º 2165, y 1933, n.º 2170, n.º 2180, así como *La Construcción Moderna*, 1 de abril de 1933, pp. 24-26; *Revista de Obras Públicas*, 1932, p. 564, y 1933, pp. 18, 46, 70 y 147; *ABC*, 2 de diciembre de 1932, p. 35, 19 de agosto y 25 de septiembre de 1933; *Administración y Progreso*, diciembre de 1932, pp. 41-42; *Ingeniería y Construcción*, 1932, p. 703, y 1933, pp. 22-34; *El Sol*, 30 de julio, p. 4, y 25 de octubre de 1933, o *Arquitectura*, 1933, pp. 166-167). La propuesta de Saborit consistió en aprovechar las obras y buscar dignificar la zona. Un primer proyecto fue el presentado por Pons con intención de construir en las inmediaciones de la Casa de Campo una barriada de casas baratas (ver *El Debate*, 27 de mayo de 1932, p. 5) y fue desde esta idea como Saborit, Madariaga y García Moro presentaron su propuesta (*El Sol*, 5 de junio, p. 7; 11 de junio, p. 3, 1932).

Sobre la reforma interior propuesta por Zuazo en la zona, ver *El Sol*, 26 de enero de 1932, p. 8. Las noticias sobre la vivienda próxima a Ronda de Segovia y Toledo (alcance de la demolición; trazado de red viaria; tipo de vivienda a edificar; plan general de extensión y reforma de la zona afectada) aparecen en *El Sol*, 31 de enero de 1932, p. 5.

⁴⁹ *El Socialista*, 8 de septiembre de 1931, p. 4. Los comentarios de Zuazo al plan de Muíño aparecen en *El Sol*, 13 de marzo, p. 3, y 20 de marzo de 1932, p. 3. Su ambicioso proyecto de reforma y extensión (ensanche de carretera de La Coruña; ensanche del puente de San Fernando; nuevo Hipódromo; prolongación de la Castellana; Nuevos Ministerios...) se publicaron en *Informaciones*, 2 de enero de 1933, p. 2. En *Blanco y Negro*, n.º 2169, enero de 1933, se publicó una singular entrevista entre el ministro de Obras Públicas sobre los planes de ampliación de Madrid.

⁵⁰ Sobre la crítica de la OTM a la propuesta de Zuazo, ver *El Sol*, 22 de julio de 1933, p. 3. Sobre la disolución del Comité de enlace, ver *El Debate*, 10 de diciembre de 1933, p. 7, donde se comentaba cómo a pesar de ello las obras del túnel no serían suspendidas, si bien los servicios técnicos se "reorganizarían". Del comienzo de las obras en los Nuevos Ministerios, *La Construcción Moderna* dio la referencia el 1 de mayo de 1933, p. 11.

⁵¹ En el Archivo de la Secretaría del Ayuntamiento de Madrid se encuentra una más que interesante documentación sobre el convenio entre la Corporación y la Sociedad *Obras Públicas, Mejoras y Construcciones, S.A.*, que se quiso llevar a término entre el Ayuntamiento y

Chapaprieta. Fracasada la operación, el 7 de julio de 1933 dicha sociedad vendió los derechos sobre los proyectos de reforma interior de Zuazo y Muguruza a una sociedad francesa por 599.772 pesetas.

En las *Memorias* se comenta cómo, en conversación que Zuazo mantuvo con Muíño sobre la reforma interior de Puerta de Toledo, éste le comentó: "Vamos, Zuazo, lo que Ud. quiere es que se beneficie el Capital", a lo que el arquitecto le respondió, terminante: "No, Muíño, no me entiende Ud. Hablamos lenguajes distintos: el mío es el que se habla en Europa, en las urbes modernas, y el de ustedes..."

⁵² El proyecto inicial de Fernando Reyes se publicó en *Administración y Progreso*, 15 de agosto de 1924, p. 27, así como *El Sol*, 5, 7, 8 y 20 de febrero de 1925, *Revista de Obras Públicas*, 1 de julio de 1927, pp. 257-258. Igualmente, ver, sobre el tema, el trabajo de Emilio Gutiérrez: "Reforma de la entrada de la ciudad: la estación del Norte", en *Arquitectura*, marzo de 1925, p. 65, y "Estudio sobre la Estación Central de Madrid", en *El Eco Patronal*, 1 de marzo de 1925, p. 5. Para la estación del Norte, Alberto del Palacio propuso, en 1926, un singular proyecto de ampliación (ver *la Construcción Moderna*, 1926, p. 333) retomando el tema en *ABC*, 19 de agosto de 1927, p. 18.

El artículo de Reyes, sin citar ni procedencia ni fecha, fue publicado de nuevo en *El Socialista*, 24 de noviembre de 1932, p. 6. Extraña que Zuazo se hiciese el sorprendido ante la propuesta, y parece haber olvidado los artículos publicados en la década de los veinte, máxime cuando sabemos que conocía el tema perfectamente, entre otras cosas por haber publicado él mismo un trabajo sobre un proyecto de estación en Madrid en *Arquitectura*, enero de 1926, p. 15. Lo que no explica en las *Memorias* es por qué *El Socialista* retoma el asunto precisamente cuando el debía presentar su propuesta a Prieto, aunque intuyo que conocía perfectamente la maniobra de Muguruza.

⁵³ Son tres los *Cuadernos de París* que forman parte del legado actualmente custodiado en la Biblioteca Nacional de Madrid. En uno de ellos Zuazo estudió, bajo el genérico encabezamiento de "Urbanismo", tanto ejemplos del pasado como propuestas y alternativas. Es en este cuaderno donde se esboza una primera reflexión escrita sobre El Escorial y el sentido de la lonja como elemento articulador de un espacio. El segundo cuaderno contiene notas sobre cuál fue la reconstrucción en Francia, tras la Gran Guerra: el tercero, sin duda el más importante, es un cuaderno en folio donde Zuazo trazó, con lápices de colores, tanto posibles soluciones para el conjunto de los Nuevos Ministerios (las tres plazas definidas en las *Memorias*) como el edificio en altura que Fullaondo y Carlos de Miguel publicaran en la portada del n.º 141 de la revista *Arquitectura* o detalles de arcadas, lienzos de muro y diversos adornos. Pero lo más singular de este cuaderno es el proyecto que Zuazo plantea para Caracas, demostrando en este sentido cuánto la oferta del embajador venezolano no fue un simple brindis al sol. Agradezco a la responsable de la Sección de Bellas Artes de esta biblioteca, mi buena amiga Elena de Santiago, las facilidades que en todo momento me ha prestado para cotejar y comparar el ejemplar de las *Memorias* que llegaron a mi poder con el manuscrito custodiado en dicho servicio, del mismo modo que quiero agradecer su gentileza al permitirme consultar los tres cuadernos señalados".

⁵⁴ Francisco Pérez Martínez ha publicado recientemente en *El Cultural* (suplemento del diario *El Mundo*) de 4-10 de abril de 2001 unas palabras cruzadas sobre la tragedia española, correspondencia entre José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala. En carta de este último a Marañón, con fecha 13 de diciembre de 1939, se comenta: "Respecto a las cosas de España, salgo poco y apenas veo a nadie. Según, que esta ahora conmigo, se mezcla con la gente y me trae abundancia de comida. No ignoras que soy temporalmente escép-

tico hacia este género de información difusa... sobre todo tratándose de emigrados; y señaladamente de Secún. Todos ofrecen psicología de confinamiento; imaginación dirigida y racionalización del deseo. Secún, repito, es un caso típico. Se ha construido un mundo propio, suyo, hermético, acorazado, impermeable, cuyo centro de gravedad es él mismo. Está en el eje de lo pretérito y no del porvenir. A mi juicio no es que la batalla de Lérida no debió perderse sino que se perdió. Para él no existen los hechos consumados ni la incógnita del futuro. ¡Que español! Él y los suyos lo están pasando muy mal; muy apurados, en todos los órdenes. A él le vienen tratando con rigor excesivo. Cierzo que él no hace nada por mitigarlo, antes al contrario, se crece en el castigo. Me da mucha pena. Pero tiene una ciega confianza en sí mismo, que uno no puede menos de admirar y aún envidiar”.

⁵⁵ La actitud política de Zuazo no era la asumida por muchos otros intelectuales madrileños: la correspondencia entre José Ortega y Gasset, Gregorio Marañoñ y Ramón Pérez de Ayala refleja tanto cuál era su opinión respecto a Prieto, Azaña o Negrín, como su desprecio a las actitudes mantenidas por Sebastián Miranda, Sánchez Román o Zuazo. Como comenta Marañoñ en carta a Pérez de Ayala de 24 de noviembre de 1937: “Estos días han sido de gran emoción, por la caída de Asturias; más importante por ser índice de la debilidad de la retaguardia que por la inferioridad militar, ya evidente, de los rojos. Las impresiones de las gentes que vienen del lado blanco son de magnífico optimismo. Los del otro lado, desoladoras, aunque envueltas de esa constante mentira, comunista, que es lo más irritante de los rojos. Por no someterme a esa servidumbre estúpida de la credulidad, que ha ganado tantas gentes como Sánchez Román, Zuazo y tantos más, es por lo que estoy contento de mi actitud”.

⁵⁶ Francisco Pérez Martínez (ver nota 65) ha señalado cómo entre julio y agosto de 1937 un emisario del Gobierno, el comandante Arias Paz visitó tanto a Marañoñ como a Pérez de Ayala proponiéndoles colaborar en un libro en el que expusiesen (por supuesto, apunta, con absoluta libertad) sus puntos de vista sobre la Guerra Civil. A cambio, recibirían una importante cantidad, señalando cómo: “Franco está muy interesado por las personas que él cree representativas de España y que viven en el extranjero. Está seguro que en cuanto se pase la fase de organización y de guerra, su sentimiento de consideración y admisión hacia estas personas será compartido por todos. Por el momento, cree un deber suyo que no estén en mala situación económica, porque lo cree un deber de su Estado. No ofrece nada en compensación de una actitud; le basta saber que estos españoles pueden vivir con dificultad. Sé que con Ortega hizo alguna gestión. La hizo también conmigo [...]. Me habló mucho de ti y de que no era posible que vivieses sin una colaboración de ellos [...]. Me dijo si sería bastante de 800 a 1.000 libras anuales” (carta de Marañoñ a Pérez de Ayala de 29 de marzo de 1937, p. 7). Conviene resaltar cuánto esta actitud fue idéntica a la que planteó Muguruza, lo que evidencia la política de Burgos de comprar a los intelectuales liberales que le eran opuestos. El talón de 20.000 pesetas que, me insistió Mercadal, Muguruza dejó a Zuazo, nunca fue cobrado y entiendo que (de ser cierta la información facilitada por Mercadal) debería estar entre los papeles de su estudio que luego fueron a la Biblioteca Nacional.